

Todo por tu amor

BARBARA MCMAHON

Todo por tu amor
Barbara McMahon

Todo por tu amor (2003)
Pertenece a la Temática Novias de la alta sociedad
Título Original: The tycoon Prince (2003)
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Jazmín 1802
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Jean LeBlanc y Clarissa Dubonette

Argumento:

Entre el deber y el deseo

El príncipe Jean LeBlanc era el único heredero al trono de Marique, pero se negaba a tener nada que ver con la familia real. Así que el trabajo de Clarissa Dubonette era convencerlo de que su país necesitaba que se convirtiera en el nuevo rey.

Jean acabó por acceder a acompañar a Clarissa de vuelta a Marique, pero únicamente con la intención de cortar todos los lazos que lo unían a aquel país. Mientras tanto, ambos iban a tener que pasar muchas horas juntos y Jean no tardaría en sentirse atraído por la bella e inocente Clarissa. Aquello lo dejó en una encrucijada: convertirse en rey y hacer que ella fuera su reina, o abandonarla y dejar Marique para siempre.

Capítulo Uno

La limusina negra se detuvo entre los camiones abollados, los automóviles manchados de barro y los enormes baches. Clarissa Dubonette contempló perpleja la construcción que tenía delante.

Unas grandes vallas metálicas rodeaban la estructura de madera y cemento que pronto se convertiría en un centro comercial.

No era que esa zona de California necesitara más centros comerciales. Ella tenía la sensación de que desde que salió del hotel aquella mañana había pasado por cientos de ellos.

Respiró hondo. Le habían encomendado una misión y era el momento de llevarla a cabo. Se fijó en todos los obreros y buscó, en vano, a uno que se pareciera a Philippe. Pero aunque él se había mantenido en forma jugando al polo, buceando y bailando, su esbelta figura no podía compararse con el cuerpo musculoso de aquellos trabajadores de la construcción.

¿Cuál de todos era Jake White?

Clarissa había llamado a la empresa constructora por la mañana y le habían dicho que él estaba trabajando en ese lugar. Le había pedido al conductor que la llevara hasta allí, pensando que solo habría un puñado de hombres trabajando. Sin embargo, había más de cien. Algunos andaban sobre las vigas de lo que en su día sería el tejado, y otros echaban hormigón para reforzar la estructura o tendían el cableado para la maquinaria. ¿Cómo diablos iba a encontrarlo?

—¿Quiere que pregunte por el caballero? —le preguntó el chófer después de un momento de silencio.

—Si no le importa. Se llama Jake White. En la constructora me dijeron que lo encontraría aquí. Quizá aquel hombre que lleva una carpeta en la mano sepa quién es.

—Lo encontraré —dijo el chófer. Salió de la limusina y se acercó al capataz. Después de una corta conversación, el hombre de la carpeta se volvió y gritó a los hombres que estaban en lo alto de la estructura.

Clarissa miró hacia lo alto y vio cómo un hombre se ponía en pie, despacio, y saludaba. Ella contuvo la respiración mientras él caminaba por la viga para acercarse a una escalera. Se encontraba a

mucha altura, pero andaba como si estuviera en tierra firme.

Llevaba puesto el casco obligatorio y unos vaqueros, como el resto de los trabajadores. No llevaba camiseta, sino que la tenía colgada de la cinturilla de los pantalones. Clarissa tragó saliva. Miró a su alrededor y se fijó en que varios hombres se habían quitado la camiseta para soportar el fuerte sol de California; después, volvió a centrarse en el que estaba bajando por la escalera.

Le parecía que tenía la espalda más ancha y bronceada que los demás hombres. Sus músculos se movían con agilidad mientras bajaba por la escalera. El casco le cubría casi todo el cabello pero, por detrás, se le veía un mechón negro como el pecado. Era delgado y tenía las piernas largas y musculosas.

Cuando llegó al suelo, se dirigió hacia el chófer. «Oh, cielos», pensó Clarissa sin dejar de mirarlo. Era como una pantera al acecho, ágil, sinuoso, y muy peligroso. Tenía aspecto de hombre desenfadado, algo inapropiado para el papel que estaba a punto de adoptar. Puede que se hubiera criado en Estados Unidos, y que hubiera cambiado su nombre a la versión estadounidense, pero no había duda acerca de quién era.

Aquel hombre era Jean-Antoine Simon Hercules LeBlanc, el futuro rey de Marique.

Ella lo observó mientras caminaba por el barro. Parecía el típico actor de cine que volvía locas a las mujeres. Tragó saliva de nuevo e intentó centrarse en su objetivo. ¡No debía fantasear acerca de su futuro rey!

Manteniendo la compostura, abrió la puerta y salió de la limusina. No era él quien debía acercarse a ella, así que comenzó a caminar entre los escombros para llegar hasta él. Oyó algunos silbidos. Los ignoró y mantuvo la mirada fija en el hombre que estaba junto al chófer y el capataz. Era más alto de lo que ella pensaba. Más alto que Philippe.

Intentó borrar esa imagen de su cabeza. No podía pensar en Philippe. No cuando realizaba una misión importante para su país. Había sido elegida como emisaria del rey, y su función era llevar a su nieto a casa.

El rey creía que, puesto que ella había estado comprometida con el primo de Jake, y pertenecía a una generación más joven, era la adecuada para acercarse a su nieto sin provocar el tumulto que

provocaría un emisario más importante.

Clarissa sabía que el rey confiaba en ella, y que era un honor que la hubiera elegido para esa misión. ¡No podía decepcionarlo!

Los hombres dejaron de hablar y se volvieron para mirarla. Jake White la miró de arriba abajo, fijándose en su cabello color caoba y en los zapatos elegantes que llevaba. Ella agradeció los años de entrenamiento que había tenido para poder mantener la compostura cuando la observaban con la mirada sexy de unos ojos oscuros como aquellos. Intentó ignorar la respuesta de su cuerpo y se centró en su objetivo.

—Carl me ha dicho que deseaba verme —le dijo Jake.

—¿Es usted Jake White?

—Así es. ¿Y quién es usted?

—Clarissa Dubonette. Represento a Su Majestad Guilliam, rey de Marique. Su abuelo.

El rostro de Jake ensombreció.

—Yo no tengo abuelo —dijo, y se volvió para regresar a trabajar.

—¡Espere! —exclamó ella sorprendida por su respuesta. Las cosas no estaban saliendo como esperaba.

Él se volvió y arqueó una ceja.

—Creo que es usted el hombre que busco. ¿Su madre no se llamaba Margaret Lansing? ¿Y su padre el príncipe Joseph de Marique?

Él la miró durante un largo instante y después dio un paso adelante, la agarró por el codo y la separó un poco de los demás hombres. Cuando ellos ya no podían oír sus palabras, se detuvo.

—¿Qué quiere?

—Es usted el hijo…

—Sí, soy el hijo de Maggie y de Joe. ¿Y?

Hablaba con resentimiento. Y Clarissa se sorprendió. Pensaba que él iba a alegrarse de que, al fin, su familia paterna lo reconociera.

Tragó saliva, y al pensar en cómo le agarraba el codo, se esforzó para no estremecerse. Cuando lo miró a los ojos, experimentó un sentimiento que llevaba mucho tiempo dormido en su interior. El brillo de sus ojos hizo que el calor del sol no fuera nada comparado con la ola de calor que recorrió su cuerpo.

Le faltó poco para imaginarse que la obra desaparecía y que estaban los dos solos en el mundo… un hombre y una mujer. Estaba

en un lío.

Clarissa no podía soportar aquello. ¡Tenía una misión por delante! Alzó el rostro y miró fijamente a los ojos de Jake para no fijarse en su musculoso torso desnudo cubierto de un ligero vello oscuro. Pero no consiguió detener la respuesta de su cuerpo. Podía percibir su aroma varonil a pesar del olor a aceite de motor mezclado con serrín. Y todavía sentía cierto cosquilleo en el lugar donde él la había agarrado. Durante un instante, deseó acariciarlo…

Respiró hondo y se centró en la misión que le habían encargado.

—Su Majestad me ha pedido que lo represente en esta misión. Quiere invitarlo a visitar Marique. Estaré encantada de acompañarlo hasta allí —dijo, y sacó una carta de su bolso para entregársela a Jake.

—No tengo intención de ir a Marique. Si eso es todo por lo que ha venido, está perdiendo el tiempo —no agarró el sobre, y la miró otra vez de arriba abajo. Una vez más, Clarissa sintió que el calor invadía su cuerpo. Debía de ser el sol de Los Ángeles. O la mirada implacable del hombre que tenía delante. Estaba acostumbrada a que la trataran con un poco más de deferencia. Y no a que la miraran de tal manera.

—Pero él lo necesita. La corona…

—¿Me necesita? Eso es ridículo. Y aunque fuera verdad, no iría. ¿Dónde estaba él cuando nosotros lo necesitábamos?

—No sé a qué se refiere —aquella reunión no se parecía en nada a lo que Clarissa había esperado. Creía que iba a ser un mero encuentro formal. Un gesto de amabilidad que el rey le había otorgado para brindarle la oportunidad de que visitara Estados Unidos y continuara con su vida. Ella apenas conocía a ese hombre, ni su pasado. Solo los pequeños fragmentos que Philippe había compartido con ella.

—Me refiero a cuando mi padre murió y mi madre se quedó sola, al cuidado de un hijo y sin la ayuda de la familia de mi padre. Me refiero a cuando ella enfermó y yo le escribí para pedirle ayuda, solo para que me devolviera mi petición sin más. Así que puede tomar su invitación y…

Dejó la frase sin terminar, evidentemente por respeto hacia ella. Clarissa imaginó lo que le habría dicho a un hombre.

—No estoy segura de si lo ha comprendido. El príncipe heredero

y su hijo han fallecido. Ahora, usted es el heredero al trono. Ha llegado el momento de que regrese a Marique y asuma sus responsabilidades —intentó aclararle Clarissa.

Jake se quedó de piedra. Su madre le había contado que su padre había sido un príncipe *playboy* que se había casado con una corista de Las Vegas. Un hombre elegante. Salvaje. Romántico.

Un hombre muy joven que había fallecido a causa de un accidente durante una carrera de coches, pocos meses después de que naciera su único hijo.

Ella había contactado con el rey, pero solo había conseguido que éste se negara a escuchar cualquier cosa acerca de su nieto, argumentando que había desheredado a su hijo cuando éste se marchó de casa desobedeciendo sus órdenes expresas. También le había hablado de la familia de su padre, de su hermano mayor y del primo de Jake, que era uno o dos años mayor que él. Cuando le preguntó por qué no lo habían visitado, ella le explicó que vivían muy lejos. No fue hasta años después cuando Jake se enteró de la verdad.

Jake se había criado en la zona más deprimida de Las Vegas, y su madre había tenido que trabajar a doble turno para poder mantenerlo. A él no le gustaban las historias que ella le contaba… Saber que había sido rechazado por su familia hacía que su situación le pareciera mucho más triste.

Maggie había enfermado de cáncer de mama cuando Jake era un adolescente. Ni siquiera todo el dinero del mundo habría podido salvarla, pero al menos, un poco de dinero habría servido para que sus últimos meses de vida hubieran sido más agradables. Él había escrito a su abuelo en persona, solo para que éste le devolviera la carta sin abrir.

¿Y esa víbora sin sentimientos quería que Jake entrara en la línea de la monarquía?

—No me interesa —dijo él, y se volvió para marcharse.

¿Por qué aquel hombre creía que aceptaría entrar a formar parte de su familia y de la monarquía? Jake se había criado como un estadounidense y no tenía ningún sentimiento de lealtad hacia el país natal de su padre. Si el anciano pensaba que él iba a trasladarse a un pequeño principado situado en las montañas que separan España y Francia, solo porque, de pronto, su abuelo lo necesitaba, o

necesitaba lo que él representaba, se equivocaba.

Había repudiado a Jake durante treinta y dos años. Era hora de vengarse. Ya lo decía el refrán: «lo que siembres cosecharás».

—Por favor, permítame que le explique —ella hizo todo lo posible para alcanzarlo.

Él se detuvo y miró el reloj. El tiempo era dinero en su trabajo. No solía pasar el día entero en la construcción y todavía le quedaban algunas cosas por comprobar. Además, quería trabajar con algunos de los obreros nuevos para asegurarse de que reunían todos los requisitos. No tenía tiempo para discutir un asunto indiscutible con una mujer europea con clase.

—Tengo muchas cosas que hacer, aunque usted tenga todo el tiempo del mundo.

Ella se sonrojó.

—Por supuesto. Siento interrumpir su trabajo. ¿Podríamos hablar de esto más tarde, cuando termine? ¿A la hora de cenar?

Él miró los vaqueros desgastados y las cómodas botas de trabajo que llevaba y esbozó una sonrisa.

—¿Está segura de que quiere quedar para cenar? —le preguntó con ironía. Quizá pretendía descubrir hasta dónde estaba dispuesta a llegar esa mujer con tal de llevar a cabo su misión.

—Estaré encantada de invitarlo a cenar —dijo ella.

«¿Es que piensa que necesito que alguien me compre la comida?», pensó él. «Muy interesante». Él no tenía ninguna intención de obedecer las órdenes que le habían dado para que visitara Marique. Pero cenar con una bella mujer no era algo que pudiera rechazar. Y menos con ese cabello sedoso que brillaba al recibir los rayos del sol.

—Cenar estará bien. ¿Quiere que la recoja? —miró alrededor del aparcamiento y señaló hacia la camioneta más vieja que encontró. No sabía a quién pertenecía, pero tenía curiosidad por ver cuál era su reacción—. Por supuesto, no tengo una limusina, pero tengo vehículo.

Ella miró la camioneta y se contuvo para no estremecerse. Jake estuvo a punto de soltar una carcajada. ¿Quién hubiera pensado que enojar a una de las emisarias de su abuelo fuera a ser tan divertido? Quizá debería tirar del hilo un poco más para ver hasta dónde llegaba.

—No me importa recogerlo, si quiere —dijo ella con educación—. He contratado a un conductor que conoce bien la zona.

—O podemos quedar en el restaurante. ¿Le gustan las chuletas? —Ella pestañeó mostrando su desconcierto—. Ya sabe, chuletas a la barbacoa con salsa goteando. Conozco un sitio estupendo en Van Nuys.

—Si es un lugar tranquilo donde podamos hablar…

—No, es un lugar escandaloso y bullicioso. Hay música, baile, cerveza… pero es muy divertido —dio un paso adelante.

Ella alzó el rostro y Jake reconoció un gesto defensivo en su movimiento. Una vez más se sintió tentado a forzar el límite.

—Creo que sería preferible un lugar más tranquilo.

—Bueno, podemos ir a una hamburguesería o algo así. Estoy seguro de que encontraremos un rincón tranquilo en uno de esos sitios.

—Quizá será mejor que cenemos en uno de los restaurantes del hotel donde me alojo.

Al cabo de un instante, él aceptó, más por terminar la conversación que porque deseara cenar en el hotel. Jake se percató de que bromear con ella era más divertido de lo que había pensado, pero tenía que regresar al trabajo.

Clarissa le dio la dirección del hotel y quedaron en que se encontrarían a las siete. Jake la observó mientras ella regresaba hasta la limusina, abriéndose paso entre las tablas y los montones de cemento que se encontraban en el suelo irregular. Estaba seguro de que ella habría deseado llevar botas viejas en lugar de unos elegantes zapatos de tacón, aunque su manera de caminar con ellos hacía que todos los hombres de la obra la estuvieran mirando.

Después de que entrara en la limusina y de que el conductor cerrara la puerta, Jake se percató de que él tampoco había dejado de mirarla. Sin duda, la manera que tenía de mover las caderas alteraba la libido de cualquier hombre, pero ella estaba en la zona prohibida. Y especialmente para él. Tenía un plan a largo plazo para su vida, y en él no entraba la posibilidad de tener una relación con una mujer.

Además, cualquier representante de su abuelo estaría en zona prohibida para siempre.

Durante un instante, la rabia que sentía contra su familia estuvo a punto de emerger a la superficie. Pero Jake se contuvo para que no

sucediera. Con los años había aprendido que era inútil. Nada podía cambiar las cosas. Solo deseaba poder hacer algo para demostrarle al anciano lo mucho que había hecho sufrir a su madre. Devolverle el dolor y la angustia que le había causado durante años.

Jake se volvió para mirar a uno de los trabajadores nuevos. La construcción era un trabajo del día a día y se hacía bajo presupuesto. Y él quería asegurarse de que continuara así. Al día siguiente, iría a la oficina para trabajar en futuros proyectos, comprobar otras construcciones que se estaban llevando a cabo y finalizar el papeleo incesante. Pero ese día se sentía bien al estar al aire libre, golpeando con el martillo y disfrutando del compañerismo de los otros hombres, orgullosos de construir un edificio hasta el final. El momento de planear la venganza ya había pasado. Jake tenía otras cosas de las que encargarse.

* * *

Minutos antes de las siete, Jake entró en el lujoso vestíbulo del hotel donde se alojaba Clarissa. Había llegado temprano porque quería estar allí antes de que llegara ella. Se preguntaba si lo invitaría a su habitación si la llamaba para decirle que había llegado ya. Lo tentaba intentarlo.

Se sentó en un sitio desde el que podía ver los ascensores para esperarla. Había pasado más tiempo del que le habría gustado pensando en la visita de Clarissa y en su invitación. ¿Por qué su abuelo no lo había llamado o enviado una carta? ¿Por qué había enviado a una emisaria?

Probablemente fuera porque la tradición establecía la sucesión de la monarquía, y no por un deseo personal de contactar con Jake. El sabía que nunca habría recibido noticias de su abuelo si su tío o su primo hubieran estado vivos.

¿Había pensado que Jake aceptaría ir a visitarlo con más facilidad si le enviaba un delicioso cebo como Clarissa?

Cuando Clarissa salió del ascensor, Jake estuvo a punto de quedarse sin respiración. Se había puesto un vestido azul oscuro que dejaba al descubierto sus bonitos hombros y se ceñía a su cuerpo. Al verla, él se sintió atraído por ella. No debía olvidar, ni durante un instante, que era la emisaria de su abuelo.

En su cabello castaño rojizo brillaban algunos mechones dorados. Lucía un precioso collar de brillantes y zafiros y unos pendientes que

reflejaban la luz. Era preciosa.

Y peligrosa. Jake conocía muchos hombres que habían permitido que la belleza condicionara el rumbo de sus vidas. Él no podía perder la cabeza por esa mujer.

Quizá había cometido un error al vestirse de manera casual, pero no le gustaban las personas esnobs y tenía la sensación de que Clarissa era una de ellas. Los vaqueros que llevaba Jake estaban limpios, pero descoloridos. Vestía una camisa blanca, sin corbata, y una chaqueta de sport.

Ella estaba despampanante, él parecía un campesino. ¿Cómo iba a reaccionar ella al verlo?

Jake dio un paso adelante para descubrirlo.

—Estás preciosa —la saludó él.

Ella se volvió y sonrió con educación, pero su expresión no desvelaba gran cosa. Jake sabía que debía de estar sorprendida al verlo vestido de manera informal.

—Es un gran honor que haya aceptado venir a cenar conmigo —dijo ella—. He reservado una mesa en el restaurante principal. Espero que le parezca bien.

—Suena muy bien. Vamos.

Una vez sentados, Jake evaluó de nuevo a su acompañante. Quizá no fuera una esnob. Quizá era tan refinada y elegante como parecía. Sus modales eran excelentes. Si se había sentido incómoda durante un instante, nunca lo mostró. E ignoró las miradas que le echaron los otros comensales mientras él la seguía por el comedor.

Jake esperaba no encontrarse con nadie conocido. Nunca olvidaría esa situación… vestido de esa manera para asistir a un restaurante tan elegante como el que ella había elegido.

A medida que avanzaba la velada, él se arrepentía por haber tratado de ofenderla vistiéndose de esa manera. Parecía una mujer agradable, y muy interesada en todo lo que había visto en Los Angeles. Clarissa le hizo tantas preguntas que tuvieron conversación hasta que les sirvieron la comida.

—Tengo que explicarle el motivo por el que he venido a Los Angeles —dijo ella después de que el camarero se hubiera asegurado de que no necesitaban nada más.

Jake se puso tenso y sintió que la rabia comenzaba a emerger en su interior. Era la reacción que tenía siempre que oía hablar de su

abuelo.

—Es su jugada.

—¿Qué?

—Una expresión. Usted paga la cena, así que usted tiene la última palabra.

—Mmm —ella lo miró con inquietud—. Perdóneme, pero esta es una situación extraña para mí. En mi país, la Familia Real es la que hace las reglas, y puesto que estoy cenando con el heredero de la corona, no sé muy bien cómo comportarme.

—A mí me parece que no es así —Jake deseaba que dejara de referirse a él como «el heredero de la corona». Un hombre que había sido ignorado durante toda su vida no podía convertirse en rey de un país que no conocía.

Ella respiró hondo y dejó el tenedor.

—El príncipe Michael y su hijo Philippe sufrieron un accidente con una lancha motora el año pasado y perdieron la vida. Como puede imaginar, el rey quedó destrozado. De hecho, todos nos quedamos destrozados —comentó mirando al plato. Permaneció un instante en silencio y después alzó la mirada.

Jake la observó en silencio. Podía ver el dolor en su mirada. ¿Se había enterado de que su tío y su primo habían fallecido? No lo recordaba. Por supuesto, una vez que su padre había sido desheredado y después de que este cortara todos los lazos con su familia antes de que Jake naciera, él no tenía motivos para mantenerse al día de lo que le sucedía al otro lado del mundo a gente que nunca había conocido.

—Por ley, el siguiente heredero al trono es usted. Al rey le gustaría que fuera a Marique para ocupar su puesto.

Jake puso una sonrisa irónica.

—Claro. Y si está tan ansioso por tenerme allí, ¿por qué ha esperado un año? ¿Y por qué la ha enviado a usted en lugar de contactar conmigo directamente?

—Eso habría sido difícil. Habría sido difícil contactar con usted por *e-mail* o por teléfono. A la realeza las noticias hay que dárselas a través del Departamento de Estado, por motivos de seguridad. Así que no habría habido manera de que él hubiera podido hablar con usted sin que todo el país, y la prensa, se enteraran de lo que sucede. El rey prefiere una solución más reservada. Por eso me pidió que

viniera en su lugar.

—¿Y qué relación tiene usted con el rey?

Ella lo miró y frunció el ceño.

—Supongo que se puede decir que soy una amiga cercana de la familia. Hablo inglés, conozco bien a la familia, y puedo contestar a todas sus preguntas.

—¿Por eso la ha enviado?

Ella asintió.

—Por eso y porque yo paso más desapercibida que cualquier miembro de la Familia Real. ¿Usted habla francés?

Él negó con la cabeza.

—Español. Por aquí hay muchos trabajadores mexicanos, y es muy útil hablar su idioma. En Marique, ¿hablan inglés? Tiene un dominio excelente de esa lengua.

—Estudié en Inglaterra. Muchos de nuestros ciudadanos hablan un poco de inglés, sobre todo los más jóvenes, pero no todos. Gran parte de la población también habla español. Pero el francés es nuestra lengua materna —sonrió—. Quizá, el hecho de que aprendiera español sea algo profético.

—Lo dudo. Ya le he dicho que aquí es útil.

—Podrá utilizarlo en Marique.

—Si fuera a ir, cosa que no voy a hacer.

Clarissa empezaba a enojarse. No sabía como convencer a aquel hombre de que, al menos, debía visitar Marique. Conocer a su abuelo, y ver lo que significaría ser el rey de un pequeño país. En su opinión, ¡era mucho mejor que trabajar en una obra bajo el sol!

—Comprendo cómo se siente —dijo ella.

—¿Ah, sí? ¿Su padre murió cuando usted era un bebé?

—No, todavía está vivo y goza de buena salud.

—¿Y su abuelo los abandonó dejándolos desesperados y sin un centavo?

Ella negó con la cabeza. Cada vez estaba más disgustada. No debía haber empleado esa táctica. Pero estaba desesperada por encontrar alguna conexión con él, alguna manera de convencerlo para que al menos fuera a visitar Marique. No podía decirle al rey que había fracasado.

—Entonces no me diga que sabe cómo me siento. No tiene ni la más mínima idea.

—Reconozco mi error. Solo puedo imaginarme lo que es posible que sienta. Pero piense un instante lo que esto puede significar para usted. ¿No será mejor gobernar un país que pasarse el día golpeando con un martillo? En lugar de tener que conducir un auto viejo, tendrá dinero suficiente para comprarse el coche que desee. En lugar de vivir solo en California, vivirá rodeado de su familia.

Ella se fijó en la chaqueta que llevaba y decidió no decir nada. Era probable que aquella ropa fuera la mejor que tenía. ¿Cómo no se daba cuenta de las ventajas que tenía lo que ella le ofrecía?

—¿Y qué tendré que hacer a cambio de todo eso? Nada es gratuito.

Ella sonrió al oír sus palabras. Quizá esa fuera la táctica a seguir.

—Venga a visitarnos. El rey está dispuesto a recibirlo. Le enseñará nuestra historia, y cómo gobernar el país. Lo acogerá como el nuevo heredero.

—¿Me acogerá? ¿Después de haberme ignorado durante treinta y dos años?

Clarissa dejó de sonreír durante un segundo, pero sabía que estaba haciendo progresos.

—Habrá una ceremonia de investidura una vez que esté preparado… y lo coronarán como príncipe. El orden natural de sucesión estará asegurado.

—¿Y qué pasará si no voy?

Clarissa no quería ni pensar en ello. ¿Qué pasaría si Jean-Antoine rechazaba la corona? Tenía que haber una solución para ese tipo de contingencia, aunque en los seiscientos años de historia del país nunca había sucedido nada parecido.

—Si no va a visitar Marique, yo habré fracasado en mi misión. Pero no creo que yo sea la única que enviarán para convencerlo de que vaya a Marique. Estoy segura de que el rey enviará a un ministro, o quizá venga él en persona, a pesar de que se le dará publicidad.

—Lo que le afectará de forma negativa —Jake trató de imaginarse al séquito acosado por la prensa mientras él intentaba trabajar. Miró a Clarissa—. ¿Usted dejaría a su hijo de lado solo porque él quisiera vivir su propia vida, a su manera?

—No estoy casada, y no creo que me case. No tengo hijos, así que no puedo contestar. Pero no creo. No conozco toda la historia, así

que ¿cómo voy a contestar?

—¿Y por qué no?

—¿Por qué no qué?

—¿Por qué cree que no va a casarse?

El viejo dolor reapareció. Había pasado un año. Ella ya debería haber superado el dolor.

—Estaba comprometida con Philippe… su primo. Él murió con su padre. Dudo que en el resto de mi vida pueda encontrar un amor como el que tuve con él.

—¿De eso se trata todo esto? ¿De estar a mí alrededor el tiempo suficiente para que así, después de todo, pueda llegar a convertirse en princesa?

Clarissa palideció. No podía pronunciar palabra a causa de la rabia que invadía su interior. ¿Pensaba que había estado comprometida con Phillipe por el título? ¡Cómo se atrevía! Los buenos modales establecían que debía ignorar la ofensa, pero sus sentimientos no dejaban lugar para los buenos modales.

Se puso en pie, agarró su bolso y salió del restaurante con la cabeza bien alta y sin decir palabra. ¡No se fiaba de sí misma y tenía miedo de gritarle! Sus ojos se llenaron de lágrimas. Le daba igual lo que pensara el rey, ella no era la persona adecuada para convencer a su nieto de que regresara. Esa noche se lo había demostrado. Y ella era lo bastante inteligente como para saber cuándo debía abandonar.

Por la mañana, llamaría a Marique y le diría al rey que había fracasado. Con un poco de suerte, antes del mediodía podría tomar un vuelo a París.

Y nunca jamás intentaría ser amable con Jean-Antoine. Aquel hombre podía caerse de una viga y romperse el cráneo. Dejaría que pasara el resto de su vida trabajando bajo el sol implacable o la lluvia incesante, sin que aprendiera una sola cosa acerca del país de su padre. Que continuara su vida sin su familia, su pasado y sus costumbres.

—¡Clarissa, espera! —la llamó él. Ella apresuró el paso hasta que llegó al ascensor. Pulsó el botón una y otra vez, con nerviosismo. No quería estar allí—. Clarissa, lo siento —él se colocó a su lado. Ella se negaba a mirarlo, pestañeó para evitar que se le escaparan las lágrimas sin apartar la vista de las puertas del ascensor. ¿Por qué no se abrían?—. Lo que he dicho estaba fuera de lugar, no he tenido

tacto y he sido cruel. Lo siento. No quería decir eso —dijo Jake en voz baja.

Ansiaba llegar a su habitación. El trabajo de emisario no estaba hecho para ella. Si alguien se lo ofrecía otra vez…

—Clarissa, por favor, di algo. Retiraría las palabras en menos de un segundo, si pudiera. No tenía intención de herirte.

—Ha dejado clara su postura. No hay nada más que discutir. Por la mañana llamaré al rey para informarlo de su decisión —dijo, tratando de no mirarlo.

Él le tocó el hombro y ella se retiró. No quería tener nada que ver con aquel hombre. No se parecía en nada a su primo. La familia influía, pero también la educación y los buenos modales. Tenía la educación de un patán. ¿Pero los patanes tenían educación? Se lo contaría al rey. Él no tenía ni idea de cómo era ese hombre. ¡Ella no quería que ese hombre gobernara su país!

—Es más, si me perdonas por lo que he dicho, iré a Marique —dijo Jake, justo cuando se abrieron las puertas del ascensor—. ¡Puede que haya llegado el momento de que le diga a mi abuelo lo que pienso de él, y de cómo ha tratado a mi familia!

Capítulo Dos

La mañana siguiente, Clarissa colgó el teléfono sintiéndose un poco incómoda. Había hablado con el rey en persona para informarlo de que, unos días más tarde, Su Alteza Real iría a visitarlo con ella. Pero no era muy optimista acerca del resultado de la visita.

Jake había insistido en que necesitaba tiempo para organizar su trabajo antes de poder tomarse dos semanas libres para ir a visitar Marique. Clarissa no tenía ni idea de lo que eso significaba. ¿No podía decirle al capataz que se iba sin más? Puede que si lo hiciera de esa manera lo despidieran, pero tenía todo un reinado esperándolo. No necesitaba trabajar de carpintero en la construcción.

Él recalcó una y otra vez que su visita no era más que un viaje corto y que no lo comprometía a nada. Se negaba a discutir la posibilidad de mudarse allí.

Clarissa respiró hondo. No estaba dispuesta a preocuparse por ello. Eso era asunto del rey. Su misión solo era conseguir que su nieto regresara a Marique. No quería analizar por qué Jake había cambiado de opinión. La expresión de rabia que él había puesto la noche anterior le daba algunas pistas, pero debía ignorarlo. Él iba a visitar Marique. Su misión había sido un éxito. Fin de la historia.

Tenía algo más importante a lo que enfrentarse… decidir cómo iba a controlar sus sentimientos durante el tiempo que tenía que quedarse cerca de Jake antes de que fueran a Marique. La noche anterior, él había hablado con arrogancia y sin pensar. Sus palabras todavía le resultaban dolorosas.

Ella había amado a Philippe. Había llorado su muerte. Y no tenía nada que ver con convertirse en princesa. Estúpidos hombres. ¿Es que siempre lo veían todo de esa manera?

Inquieta, fue de un lado a otro del salón de su habitación. No tenía nada que hacer hasta la hora de cenar. Iba a reunirse con Jake otra vez, para concretar los planes de su viaje. Tenían dos pasajes abiertos para París, y cuando llegaran a Francia, se subirían a un jet de la Casa Real y regresarían a casa.

Clarissa consideraba que no tenían mucho que concretar, pero

Jake había insistido en invitarla a cenar. Durante un instante, ella no pudo evitar ponerse nerviosa con la idea. La cena de la noche anterior había terminado de forma poco propicia. Esperaba que todo terminara mejor esa noche.

Su nerviosismo estaba teñido de culpabilidad. No era que estuviera deseando ver a Jake, más bien que deseaba resolver todos los asuntos pendientes y establecer un día para regresar a casa.

Mirando por la ventana del hotel hacia los altos edificios de Los Angeles, recordó cada instante que había pasado con Jake. Nunca había experimentado una reacción tan fuerte como cuando vio su torso musculoso bajo la luz del sol. Apretó los puños y trató de ignorar el ansia que sentía por acariciar su cálida piel y notar la fuerza de sus músculos.

Intentó ignorar lo femenina que se sentía cuando él la acariciaba con la mirada. Era un hombre al que acá baba de conocer. Sí, era atractivo, pero había visto cientos como ellos en su vida.

< <Pero ninguno me había hecho sentir tan deliciosa mente femenina», le susurró una vocecita interior. Ni ser tan consciente de ser mujer, y desear algo más que solo hablar con un hombre.

«¡Maldita sea!», pensó. Necesitaba pensar en otra cosa.

Jean-Antoine, Jake, como lo llamaban allí, se merecía fidelidad y respeto por ser el futuro gobernador de su país. Su familia siempre había sido fiel a la Familia Real. Clarissa se sentía honrada de que la hubieran enviado como emisaria y haría todo lo posible para ayudar en la transición al trono si el rey solicitaba su ayuda. ¡Pero eso no incluía tener fantasías con el hombre más sexy que había visto nunca!

¿Y si se hubieran conocido en otras circunstancias?

A pesar de que sabía que no debía hacerlo, dejó que su imaginación se disparara.

Sonó el teléfono. Clarissa atravesó la habitación para contestar, avergonzada por sus pensamientos.

—¿Diga?

—Clarissa, soy Jake.

—Sí, Alteza.

Hubo un momento de silencio. Ella podía oír el ruido de fondo de la zona de construcción.

—Jake. Llámame Jake.

—No estoy segura de que sea lo adecuado —dijo ella. La noche anterior se había contenido para no llamarlo de ninguna manera. De algún modo, su atuendo no parecía el apropiado para su posición social, pero ella no podía ser tan informal como para llamarlo Jake.

—Eh, si un príncipe no puede ordenar a la gente que lo llame como él quiere, ¿qué tiene de bueno ser príncipe?

Clarissa se quedó callada. Después sonrió y dijo:

—De acuerdo, Jake. Tus deseos son órdenes para mí.

—Creo que este acuerdo me va a gustar. Respecto a la cena, ponte vaqueros. Te recogeré a las seis. Esta noche llevaremos mi coche.

Ella recordó la vieja camioneta que él le enseñó el día anterior. Se preguntaba cómo se mantenía entera. Respiró hondo y trató de hablar con entusiasmo.

—Muy bien. Pero no tengo vaqueros. ¿Te sirve un vestido informal? —trató de recordar la ropa que había llevado. Como no tenía intención de estar allí más de dos días se había llevado poco equipaje.

—¿No has traído ropa adecuada para California? Aquí vestimos de manera más informal que en otros sitios. Con vaqueros se va a cualquier sitio.

—De hecho, no tengo vaqueros, ni aquí ni en casa.

—Entonces, ve a comprarte unos hoy. Los necesitarás. Tengo que irme. A las seis nos vemos.

Ella colgó el teléfono. Se sentía un poco abrumada por la rápida conversación que habían mantenido. Al parecer, él estaba dispuesto a jugar a su manera. Primero no quería saber nada acerca de ser príncipe, después se aprovechaba de su autoridad para conseguir lo que quería. Clarissa creía que el rey iba a encontrarse con más de lo que esperaba cuando conociera a Jake.

Se mordió el labio inferior con indecisión. ¿Debía discutir la visita con Jake? ¿Él no pensaría hacer nada para disgustar al rey, verdad? Le había dicho que solo quería decirle al rey cómo se sentía. Ella no confiaba del todo en él. ¿Era eso todo lo que él planeaba? Una vez que se librara de sus sentimientos, ¿se asentaría y aprendería todo lo necesario para convertirse en rey?

Puntualmente, a la hora establecida, Clarissa salió del ascensor con timidez. Los vaqueros que se había comprado porque la dependienta de la tienda le había asegurado que le quedaban muy bien eran ceñidos. Aunque estaba cómoda con ellos, no estaba segura de querer mostrar cada curva de su cuerpo.

Dos hombres la miraron de arriba abajo y ella experimentó una pizca de placer femenino. Quizá, después de todo, no fuera tan malo. Y se sintió un poco más segura de sí misma.

Siguiendo los consejos de la dependienta, se había comprado un suéter amarillo de manga corta. Le parecía extraño llevar un color tan vivo después de haber estado todo un año vistiendo ropa oscura. Pero el tiempo de duelo ya había pasado. Además, no necesitaba llevar un color especial para llorar la muerte de Philippe. Siempre lo echaría de menos.

Y esa noche, por algún motivo extraño, no deseaba vestir un color oscuro para cenar con Jake.

Él estaba esperándola cerca de los ascensores. Iba vestido con unos pantalones vaqueros y un polo que resaltaban su físico, desde sus anchos hombros y brazos musculosos hasta su vientre plano y sus largas piernas. Al mirarlo a los ojos, Clarissa sintió que le daba un vuelco el corazón. Se había olvidado de lo atractivo que era. El corazón le latía con fuerza y sentía un nudo en el estómago.

Jake la miró de arriba abajo.

—Estás muy bien para salir a cenar. Los vaqueros te quedan muy bien.

—Puede ser.

—¿Estás lista?

—Más que nunca —se sentía como si estuviera adentrándose en lo desconocido, y no solo yéndose a cenar.

Le parecía extraño estar con el hombre que algún día gobernaría su país. Le resultaba difícil aceptar esa idea. El caminaba con tanta sensualidad que hacía que ella no pudiera concentrarse en el asunto que tenía entre manos y en cambio tuviera pensamientos licenciosos. Él destacaría sobre los otros miembros de la familia, y su altura hacía que ella se sintiera pequeña y femenina. La manera que tenía de mirarla hacía que Clarissa estuviera alerta, pero enojada a la vez. No le gustaba que se la comieran con los ojos, ¡tenía una misión que llevar a cabo! Pero él no había hecho ni dicho nada inoportuno.

Todo estaba en la imaginación de ella.

Deseaba marcharse y regresar a su habitación; sin embargo, continuó caminando junto a él, con el corazón acelerado y tratando de mantener una expresión lo más calmada posible.

Salieron a recibir el sol del atardecer. Clarissa miró a su alrededor pero no vio la vieja camioneta. Probablemente, el conserje del hotel le había pedido que la aparcara fuera de su vista.

Él le tocó el hombro y señaló hacia su izquierda. Ella miró hacía ese lado, consciente del roce de su mano, del calor que traspasaba su suéter y del hormigueo que sentía en el hombro donde la había tocado. Jake la había tocado más en los dos últimos días que nadie en todo el año. Roces casuales que probablemente no significaban nada para él. ¿Entonces por qué ella los sentía por todo el cuerpo?

Junto al bordillo había una motocicleta aparcada, con dos cascos colgados del manillar.

—¿Ése es tu medio de transporte? —preguntó ella asombrada.

Era peor que la vieja camioneta. ¿Una motocicleta? ¿Y esperaba que ella se montara? ¿Estaba loco?

—¿Has montado en una alguna vez?

Ella negó con la cabeza y miró la moto, horrorizada.

—No me parece segura. ¿Dónde está tu camioneta? Puedo llamar al conductor de la limusina. O podemos cenar aquí —dijo ella, tratando de buscar una alternativa.

Jake se encogió de hombros.

—Esto será más divertido. Conmigo estarás segura. La tengo desde hace mucho tiempo y nunca me he caído.

—Perfecto. Siempre hay una primera vez.

El día anterior, Clarissa había visto el tráfico de California y cómo el conductor de la limusina había tenido que maniobrar por las carreteras atestadas de coches circulando a gran velocidad. ¿Y Jake pretendía que se adentraran en ese tráfico sin más carrocería que el aire para protegerlos?

—Puede que siempre haya una primera vez, pero no será esta noche. Vamos —le indicó que se acercara a la motocicleta. Agarró uno de los cascos y se lo dio. Después se puso el otro y la miró.

Clarissa se puso el casco y trató de abrocharse la cincha. Jake le retiró las manos y la ayudó a abrochársela. Se volvió y se subió en la moto; después miró a Clarissa por encima del hombro.

—Sube.

Ella lo miró y después se fijó en el minúsculo espacio que quedaba tras él en el asiento. Tendría que pegarse mucho a Jake si quería caber.

—Quizá esto no sea una buena idea —¿pero cómo iba a desobedecer al futuro gobernante de su país?

—Venga, iremos a la playa. Te encantará.

¿Otro entusiasta del mar? A Philippe le encantaba el agua, algo que a ella siempre le había parecido curioso ya que él provenía de un país de tierra adentro.

Resignada, ella alzó la pierna y se sentó a horcajadas sobre el sillín de cuero. La forma del sillín hizo que tuviera que echarse hacia delante a pesar de que intentara mantenerse a una distancia respetable de Jake.

—Agárrate a mi cintura e inclínate conmigo cuando giremos —le dijo él por encima del hombro.

Ella tragó saliva y se acercó a él hasta que sus piernas se rozaron. Apoyó los pies en el reposapiés y rodeó a Jake por la cintura. Estuvo a punto de quedarse sin respiración. No había manera de mantener una distancia respetable en esa moto.

Jake era más grande de lo que ella esperaba. Clarissa tuvo que estirar bien los brazos para abrazarlo, y cuando él se movió para arrancar el motor sintió la fuerza de sus músculos abdominales. El calor de su cuerpo la hacía sentirse incómoda. El corazón le latía cada vez más rápido. Y al respirar, notaba cómo sus pechos rozaban la espalda de Jake. Su aroma era embriagador. Ella intentó retirarse un poco, pero le daba miedo. Sabía que él podía ser peligroso, y tenía que forjar alguna defensa.

Sin decir palabra, Jake metió la marcha y se alejó del hotel adentrándose en el tráfico fluido. De forma instintiva, Clarissa se agarró a él con más fuerza. ¡Estaba agarrada como una lapa al príncipe Jean-Antoine Simon Hercules LeBlanc! ¿Qué pensaría su madre si la viera?

Ni si quiera se atrevía a pensar cómo reaccionaría el rey.

Sorteando el tráfico se dirigieron hacia el oeste, donde se estaba poniendo el sol. Una vez superado el miedo inicial, Clarissa comenzó a disfrutar del viaje. El aire cálido y seco acariciaba su piel. La sensación de velocidad se acentuaba al no tener nada más que el aire

a su alrededor. Cuando tomaban una curva, ella se inclinaba a la vez que Jake y cada vez le gustaba más cómo él maniobraba entre los coches. ¿Quién iba a decirle que montar en moto podía ser tan divertido?

Percibió el olor a mar antes de poder verlo. La brisa era más fresca, más limpia. Durante largo rato circularon en paralelo a la costa y, al final, Jake se detuvo en un aparcamiento cerca del agua.

Apagó el motor y se quitó el casco. Miró a Clarissa por encima del hombro y sonrió.

—¿Te ha gustado?

Ella asintió despacio, intentando desentrelazar sus dedos. Se había agarrado con tanta fuerza que apenas podía soltarse. Cuando lo soltó, él se bajó de la moto y colgó el casco en el manillar.

Clarissa se puso en píe, se quitó el casco y movió la cabeza para ahuecar su cabello. Miró a su alrededor y no vio nada más que un chiringuito rodeado de tablas de *surf* y una docena de coches en toda la playa.

—¿La cena va a ser un *picnic*?

—No. Ese lugar tiene el mejor marisco de la playa —señaló hacia el chiringuito. Clarissa no quiso mostrar su asombro. Habría sido mejor si hubieran cenado en el hotel otra vez.

De pronto, se le ocurrió que quizá aquello era todo lo que Jake podía permitirse. Si era así, ella se sentiría fatal. Deberían haberlo llevado al palacio cuando su padre murió; así se habría criado allí, en lugar de que los abuelos lo abandonaran y tuviera que buscarse la vida solo en Estados Unidos.

Por primera vez, Clarissa se cuestionó si el rey había tomado la decisión correcta treinta años atrás.

El chiringuito tenía algunas mesas en el interior, y otras en la terraza. Jake se dirigió a una mesa situada en el borde de la terraza que tenía unas vistas espectaculares al Pacífico.

—El Captain's Platter es lo mejor del menú, pero pide lo que te apetezca —dijo él cuando se sentó y le dio una carta que estaba en el borde de la mesa.

Clarissa miró el menú. Todo era marisco, gambas, almejas, ostras y pescado fresco. También miró los precios, y enseguida calculó la conversión. No era un sitio caro para cenar.

De pronto, lo vio todo claro. Continuó mirando el menú para que

Jake no sospechara. Jake había mencionado lo difícil que habían sido las cosas para su madre y él. Conducía una motocicleta en lugar de un coche. Y la había llevado a un restaurante económico.

Las cosas iban a ser tan diferentes para él una vez que aceptara su papel… Era una lástima que el rey no hubiera tratado a su nieto de la manera correcta desde el principio. No era culpa de Jake que su padre no hubiera complacido al rey.

—Entonces tomaré el Captain's Platter —dijo ella.

—¿Sus deseos son órdenes para mí? —preguntó él arqueando las cejas.

Ella lo miró.

—Tiene buen aspecto y ofrece un poco de todo.

Él la miró fijamente con sus ojos oscuros y Clarissa deseó gritarle que no lo hiciera. ¿Podía ver que se había sonrojado? ¿O notar que se le había acelerado el pulso?

Aturullada, apartó la vista y miró cómo el sol se ocultaba en el horizonte. ¿Qué le estaba pasando?

Un camarero que parecía que acababa de regresar de hacer surf les tomó nota, y fue entonces cuando Clarissa se atrevió de nuevo a mirar a Jake.

—¿Lo has solucionado todo en el trabajo? ¿Ya estás preparado para volar a Marique? —¡tenía que mantener la conversación en tono de negocios!

—Lo estaré pasado mañana.

—¿Has tenido que dejar el trabajo?

Él negó con la cabeza y entornó los ojos.

—¿Qué sabes acerca de mi trabajo?

—Solo lo que el rey me contó. Al parecer, hace unos años un detective le dio un informe en el que se decía que estabas trabajando para una empresa constructora. Tengo entendido que eres carpintero.

—Entre otras cosas. Sé hacer un poco de todas las cosas de la construcción, excepto la fontanería. Nunca me interesó demasiado. ¿Hace cuánto tiempo hicieron el informe?

—No lo sé. Quizá cuando cumpliste veintiuno. ¿Es importante?

—No. Aunque aclararía muchas cosas.

—¿Qué cosas?

—No importa. Háblame más de Philippe.

Clarissa pestañeó.

—¿No quieres saber más acerca de tu abuelo, o de Marique?

—Todo a su tiempo. Quiero saber más sobre tu prometido.

—¿Por qué?

—Era mi primo, ¿no es así?

Clarissa se preguntaba qué era lo que Jake quería. ¿Por qué quería hablar de alguien que ya no estaba vivo?

—No era tan alto como tú, pero tenía el cabello y los ojos oscuros, como tú. Le encantaba el deporte… el polo, el esquí, y las regatas de barco. Así es como murió, debido a un fallo en una motora de gran potencia que estaba probando. Él y su padre habían salido a probarla. La motora no hizo uno de los giros, y volcó cuando navegaba a cientos de millas por hora, aplastando a ambos —se calló de golpe. Cuando pensaba en ello le dolía el corazón.

—Qué lástima.

—Sí. Y sobre todo que murieran por algo tan estúpido como una carrera —dijo ella con aspereza.

—Mi padre murió en una carrera de coches.

—A todos vosotros, los LeBlanc, os debe de encantar la velocidad… mira cómo hemos venido hasta aquí.

—No hemos superado el límite de velocidad ni una sola vez. Sí que me gusta la sensación de libertad que tengo cuando voy en moto, pero no me gusta correr por correr. ¿Y qué hacía mi primo cuando no estaba esquiando, jugando al polo o compitiendo? ¿Tenía un trabajo?

—Se consideraba a sí mismo como un embajador. Le encantaba viajar a París, o a Ginebra. Italia también era uno de sus lugares favoritos.

—¿Y tú ibas con él?

—A veces a París, cuando mi madre o mi tía podían ir de acompañantes.

—¿De acompañantes? Creía que habías dicho que estabais comprometidos.

—Lo estábamos. Más motivo para tener que llevar acompañante.

Él no dijo nada. En ese momento apareció el camarero con un plato lleno de marisco variado y patatas fritas.

—¿Qué hacía para ganarse la vida? Supongo que tendría algunas responsabilidades.

—No muchas. Su padre era el príncipe. Tenía más cosas que hacer, tantas como el rey delegara en él. Pero Philippe estaba contento con ser un embajador de la corona. Una vez que su padre ocupara el trono, a él lo habrían entrenado para que pudiera desempeñar el papel de rey en un futuro.

—Así que iba revoloteando por ahí, dejándote sola en casa. No parece una vida muy buena.

Clarissa se sintió ofendida.

—No estaba mal. Las cosas habrían cambiado en cuanto estuviéramos casados.

—¿Cómo?

Clarissa dudó un instante. Ella deseaba que las cosas hubieran cambiado, pero no tenía motivos para pensar que Philippe se habría quedado más tiempo en casa una vez que estuvieran casados.

—Habría tenido una esposa y un hogar para él solo.

Jake se encogió de hombros.

—Háblame de Marique.

—¿Sabes algo del país?

—Que es pequeño, más o menos del tamaño de nuestro Estado más pequeño. Está en los Pirineos, las montañas situadas entre Francia y España. Aparte de eso, no mucho. ¿Cómo está la economía?

—En lucha —dijo ella después de una pausa. No tenía sentido decorarle las cosas, iba a descubrir la realidad por sí mismo en muy poco tiempo.

—¿Por qué?

La lealtad a la corona hizo que se mordiera la lengua. Clarissa intentó buscar la manera de presentarle la situación y seguir hablando del rey de una manera positiva.

—Cuéntamelo. No saldrá de esta mesa.

—Tu abuelo tiene ochenta y cuatro años. Parece que se ha estancado en cómo se hacían las cosas cuando era más joven. La exportación de lana solía ser la fuente de ingresos del país. Pero en los últimos años, el mercado ha bajado mucho con la proliferación de fibras sintéticas.

—El país tiene una localización magnífica. ¿No tiene estaciones de esquí, balnearios, o algo para atraer al turismo?

—Tenemos una estación de esquí, pero nada sofisticado. Nada

comparado con Gstaad, por ejemplo. O con las estaciones norteamericanas. Al menos, eso es lo que decía Philippe. Él las conocía todas. Le encantaba ir a Suiza y a Estados Unidos.

—Eso es lo que decía Philippe… ¿tú nunca fuiste?

Clarissa negó con la cabeza. Ella había notado cierta inquietud en su prometido, y nunca le había gustado, pero lo había aceptado sin más.

—¿Y tú que haces en Marique? ¿O tampoco tienes trabajo?

Clarissa dejó el tenedor. La comida era excelente, tal y como le había dicho Jake. Pero ella ya estaba llena y aún le quedaba medio plato. Era evidente que él tenía mucho apetito, ya que seguía comiendo sin parar.

—Trabajo para Ambere Soaps, una fábrica de jabones.

—¿Jabones?

—Hay un pueblo situado a unos treinta kilómetros de la ciudad que fabrica jabones de tocador. Es una pequeña empresa; las mujeres hacen jabón para ganar un dinero extra en vista de que la industria de la lana ha decaído. Yo trabajo con ellos en el área de marketing y de exportación de productos. Es un excelente producto de belleza y espero que la pequeña industria pueda ampliarse.

—¿Habrías continuado con tu trabajo después del matrimonio?

—Probablemente no.

—¿Cuándo era el gran día?

—No habíamos establecido una fecha. ¿No quieres saber más cosas acerca de tu abuelo? —no le gustaba hablar sobre su pasado. Sobre todo porque se había enojado con Philippe por no querer establecer una fecha.

—Sé todo lo que necesito saber. Él está más centrado en el deber que en la lealtad a la familia. Le dio la espalda a uno de sus hijos porque no hacía las cosas como él creía que debía hacerlas. Negó cualquier ayuda a su nuera, incluso en difíciles circunstancias. E ignoró a su nieto hasta que el deber lo obligó a contactar con él para poder continuar la dinastía familiar. Esperó demasiado. ¿Me he olvidado de algo?

Clarissa permaneció en silencio. No podía criticar a la Familia Real. Pero la rabia que transmitía el tono de Jake le indicaba lo que él sentía sobre la situación. ¿Trataba de transmitirle esos sentimientos por ser la emisaria?

¿Y a ella qué le importaba? No había ido allí para hacerse amiga de aquel hombre.

No importaba lo mucho que él la intrigara.

—Entonces, ¿por qué vas a ir a visitarlo? —preguntó ella.

Jake se apoyó en el respaldo de la silla y miró hacia el océano. La brisa era fresca y olía a mar. Cuando se volvió hacia Clarissa, ella lo miró. ¿Qué esperaba? ¿Que él le confesara que quería volver para vengarse? ¿Para hacerle creer a su abuelo que pensaba quedarse, y después dejarle claro lo que podía hacer con sus tradiciones sobre la dinastía familiar?

Era evidente que Clarissa pensaba que él debería estar bailando de alegría porque su abuelo lo había llamado. Jake entornó los ojos al mirar la puesta del sol. Se preguntaba cómo sería el padre de su padre. ¿Cómo sería el país para que los hombres no se quedaran en él? Primero, su padre se había marchado en busca de aventuras, después, su primo y su tío.

¿Es que el rey gobernaba sin piedad? ¿Es que se negaba a ceder algunos deberes a su familia de forma que tenían que buscar una vida satisfactoria en otro lugar? ¿O es que era demasiado aburrido para soportarlo?

—¿Cuándo estarás listo para irte? —preguntó Clarissa.

El brillo del sol acentuaba los mechones dorados de su cabello rojizo. Su melena tenía aspecto sedoso y él deseaba acariciársela para sentir su suavidad y descubrir si atrapaba el calor del sol o si permanecía fría como el océano.

Se fijó en sus labios rosados y húmedos. ¿Era una mujer tranquila cuando la besaban o ardiente y feroz como su cabello?

No era su tipo de mujer, pero sentía interés por ella. ¿Solo le pasaba a él?

Normalmente no se involucraba con mujeres, a menos que conocieran sus objetivos. Jake llevaba años centrado en sacar adelante la empresa para pasar a la siguiente etapa. Una vez que consiguiera sus objetivos, tendría mucho tiempo para buscar pareja. Entretanto, tampoco estaba en contra de tener un devaneo de vez en cuando.

Todavía tenía la sensación de que Clarissa estaba en zona prohibida. Pero no había nada de malo en que tanteara el terreno.

—¿Quieres regresar a tu hotel, o a mi casa? —preguntó él, y le

acarició el antebrazo con un dedo.

Ella se sentó derecha y, con los ojos bien abiertos, retiró el brazo.

—Me refería a Marique. ¿Cuánto tiempo necesitas para decirle al capataz de tu trabajo que vas a marcharte?

—No quiero dejarlo en la estacada —le dolía que su abuelo pensara que era nada más que un carpintero. No era que hubiera nada de malo en ello, si ese hubiera sido el caso. Jake había iniciado por ese camino y aún le gustaba trabajar la madera. Pero eso había sucedido muchos años atrás. Después se había convertido en uno de los socios mayoritarios de una empresa constructora que se especializaba en la construcción de edificios de lujo, pequeños centros comerciales y edificios públicos.

Apenas tenía oportunidad de golpear con el martillo, y tenía suerte si conseguía pasar en la obra un par de días al trimestre.

Esos días habían sido el anterior y esa mañana.

Estuvo a punto de sonreír al pensar en la posibilidad de ir a Marique como carpintero. Iría en vaqueros y se dejaría los trajes en casa, para reforzar la idea que su abuelo tenía de él. Se ofrecería para reparar algunas cosas en el palacio familiar. ¿Le daría un ataque a su abuelo al ver a un príncipe arreglando una barandilla?

Miró a Clarissa a los ojos y reconsideró. Engañar no era algo que se le diera bien. Y para los otros era injusto que perpetuara la idea que tenían de él solo para enojar a su abuelo.

—No es tan sencillo como decirle al capataz que me marcho. La empresa es mía. Mi secretaria tiene que reorganizarlo todo y dejar algunos proyectos en manos de otros. Estoy intentando entrenar a todos los trabajadores para que puedan enfrentarse a una situación crítica en caso de necesidad, y así yo pueda marcharme dos o tres semanas a visitar Marique.

Clarissa lo miró incrédula.

—¿Eres el dueño de la empresa constructora? —Frunció el ceño —. Creía que eras un trabajador más. El informe no dice nada de que la empresa te pertenezca.

—Tu información es muy antigua. Soy el socio mayoritario, pero también hay más.

—¿La diriges tú? ¿Y qué hacías ayer en la obra?

—Empecé como carpintero cuando estaba en la universidad. Todavía me gusta ese trabajo… y cuando tengo la oportunidad voy a

visitar la obra.

—¿Has ido a la universidad? —preguntó ella estupefacta. Pero a Jake no le hacía gracia su asombro y comenzaba a enfadarse.

—Asistí a la Universidad de California en Los Angeles y me licencié en Dirección y Administración de Empresas —Clarissa lo miraba asombrada—. ¿Imagino que mi abuelo no sabe nada de esto? —preguntó él con ironía.

—No creo. Contrató a ese detective privado hace varios años. No sé si han actualizado la investigación durante los últimos años.

—No había necesidad de hacerlo —dijo él. Leo fastidiaba saber que mientras su abuelo tenía a su hijo mayor y a su otro nieto, no lo había necesitado a él. Ya no le quedaba nadie. Pero su tío y su primo habían fallecido hacía más de un año. ¿Por qué había esperado tanto tiempo para contactar con él?

—El jueves estaré listo para marchar. ¿Te parece bien?

—Sí. Lo arreglaré todo.

—Hazme un favor.

Clarissa lo miró con cautela.

—Si puedo…

—No le cuentes a mi abuelo lo que acabo de decirte. Se lo contaré yo a su debido tiempo.

Ella dudó un instante.

—No mentiré si él me pregunta.

—Dudo que lo haga, pero no se lo cuentes a propósito.

Ella asintió.

—De acuerdo.

—¿Has terminado?

Clarissa miró a su alrededor y se sorprendió al sentir lástima de que la tarde terminara.

—¿Quieres que vayamos a lo largo de la playa un rato? Ni siquiera ha oscurecido —le preguntó él.

—¿En moto?

—Hay que vivir peligrosamente.

—Ése es mi nuevo lema.

—¿Y cuál era el viejo?

—Creo que no tenía ninguno. Puede que me lo hayas contagiado.

—Yo no vivo de manera peligrosa.

—¿Y cómo calificas el hecho de ir sorteando el denso tráfico de

Los Ángeles? ¿O caminar por las vigas altas de la obra sin red de seguridad?

Él se rio.

—En las obras no hay redes de seguridad.

—Lo sé. A eso me refiero —tragó saliva. Cuando él sonreía se convertía en el hombre más atractivo que había visto nunca. Sintió que se le aceleraba el corazón y se preguntó, una vez más, lo que pensarían las mujeres de Marique cuando la vieran llegar con el príncipe.

—Caminar por las vigas no es tan peligroso. Solo añade un poquito de sabor a la vida. Lo peligroso sería enamorarse de una mujer como tú.

Capítulo Tres

Lo peligroso sería enamorarse de una mujer como tú». Dos días más tarde, mientras se subían al jet que los llevaría a París, Clarissa recordó una vez más lo que Jake le había dicho en el chiringuito de la playa. No había visto a Jake desde que él la llevó al hotel el martes por la noche. Pero eso no le había impedido que pensara en él. Y lo recordara.

Clarissa se debatía entre la indignación porque él le hubiera sugerido tan cosa y el miedo a que le gustara explorar esa posibilidad.

No era que deseara tener algo que ver con los hombres… especialmente con los LeBlanc. Había amado a Philippe. Lo echaba muchísimo de menos y no quería poner en peligro su corazón otra vez. Todavía recordaba el *shock* que sufrió cuando la informaron de su muerte. La sensación de que su vida terminaba. Los días que pasó aturdida tratando de aceptar los cambios que le había brindado la vida. No quería volver a sufrir.

Y menos con alguien como Jake.

No confiaba en que se comportara bien con su familia, ni con el rey ni con ella. Tenía esa actitud de «no me importa nada», que encantaba a Clarissa al mismo tiempo que la asustaba.

A ella le gustaban los hombres cariñosos, elegantes, educados y dulces. No los sexys, irónicos y fastidiosos.

Intentó recordarse a sí misma que él se había esforzado por salir adelante en un vecindario pobre de Las Vegas y ganarse el respeto de los otros. Pero no creía que cuando llegara a Marique encajara en el país. No había tenido años de entrenamiento para ese papel. No comprendía la política del país ni sabía nada de los protocolos internacionales. ¡Ni siquiera sabía el nombre real de su abuelo, aparte de rey Guilliam!

Y sin duda no tenía la deferencia y el respeto adecuado que ella creía que debía tener. El resentimiento que sentía hacia su abuelo no había variado nada.

Cuando el avión comenzó a desplazarse por el aeropuerto, Jake

se dio cuenta de que se dirigía a visitar al único familiar que le quedaba vivo a pesar de que había prometido que nunca lo haría. Antes de que terminara la visita pensaba decirle unas cuantas verdades. Su abuelo no lo había necesitado durante treinta y tantos años, así que Jake tampoco lo necesitaba a él.

Entretanto, se acomodó en primera clase y recordó cómo Clarissa frunció el ceño cuando lo vio aparecer vestido de traje. Por la expresión de su rostro supo que estaba recordando la primera vez que cenaron juntos. Era evidente que el dueño de una conocida empresa constructora tenía que tener ropa mejor que la que había llevado aquel día. ¿Le haría ella algún comentario al respecto?

Tan cortés como siempre, ella no dijo ni una palabra.

Él observó su atuendo sombrío y recordó los vaqueros ajustados y el suéter de color vivo que llevaba el martes por la noche. Recordó cómo el sol brillaba sobre su melena y resaltaba sus mechones dorados, y cómo lo intrigaba que se entusiasmara por cosas corrientes, cuando al mismo tiempo se comportaba con total formalidad cuando era consciente de que era la emisaria del rey. Especialmente le gustaba cómo le habían brillado los ojos cuando se había olvidado de que estaba triste. Y lo mucho que lo atraían sus labios.

Él no tenía intención de enamorarse de ella ni de ninguna otra mujer pronto. Y desde luego, no se enamoraría nunca de una mujer que perteneciera a un mundo tan diferente del suyo. Criada en la aristocracia, su educación, sus creencias y sus valores eran tan diferentes de los suyos como el día y la noche.

Pero seguía siendo divertido bromear con ella, y él no pensaba dejar de hacerlo.

—¿Pasas mucho tiempo en la corte? —le preguntó Jake a Clarissa.

Ella lo miró asombrada.

—No soy abogado. Ya te he dicho que trabajo en marketing.

—La corte. ¿No es así como se llama?

—No lo comprendo.

—En el palacio. Desempeñando asuntos de la realeza.

Ella soltó una carcajada.

—¿Asuntos de la realeza? ¿Qué es eso?

Él se acercó a ella como si fuera a contarle un secreto. Respiró

hondo y trató de ignorar el aroma a flores que invadía el ambiente y los pensamientos que inundaban su cabeza y que no tenían nada que ver con la realeza.

—Supongo que lo que hacen los miembros de la realeza. ¿Quieres explicármelo?

Clarissa se retiró un poco y lo miró con cautela.

—No tengo un puesto formal, si es a lo que te refieres. Cuando vivía Philippe, sí que participaba en algunos actos oficiales, como su prometida. Ahora, dudo que me incluyan en ellos.

—¿Y disfrutabas?

—A veces. ¿Estás preocupado sobre lo que te espera?

—¿Debería estarlo? Solo voy a visitar a mi abuelo.

—Eres el heredero al trono, y vas a conocer a tu pueblo —lo corrigió ella mirándolo con escepticismo.

—Entonces supongo que necesitaré un guía para comprender bien lo que se espera de mí. No me gustaría meter la pata en mi primera visita.

—¿Así que habrá otras? —era rápida respondiendo.

—Depende mucho de esta visita, ¿no crees? —él no tenía intención de contarle sus planes.

—Estoy seguro de que el rey tiene planes…

—Te elegiré a ti.

—¿Qué? —preguntó Clarissa sorprendida—. ¡No puedo ser tu guía!

—¿Por qué no?

—Estoy segura de que el rey tiene planes muy claros sobre lo que quiere que veas y hagas. Y yo no podré darte el entrenamiento que necesitas.

—No estamos hablando de un compromiso para toda la vida. Solo voy para dos o tres semanas.

—No.

—Entonces, olvidémoslo todo. Visitaré París unos días y después regresaré a casa —Jake se recostó en su butaca y trató de imaginarse lo que Clarissa iba a contestar.

—Dijiste que vendrías a Marique —dijo ella—. ¡No puedes faltar a tu palabra!

Él estuvo a punto de sonreír. Ella no debería jugar nunca al póquer porque perdería hasta la camiseta.

—De acuerdo, entonces, como príncipe de Marique, te ordeno que seas mi guía durante mi visita.

—¡No puedes ordenarme lo que quieras!

Durante un segundo se le ocurrió una orden de otro tipo. Una relacionada con habitaciones oscuras, puertas cerradas y una cama grande. Una lástima que el derecho de pernada ya no pudiera aplicarse.

—Creía que mis deseos eran órdenes para ti.

—Te estás divirtiendo, ¿verdad? —preguntó ella con suspicacia.

—Me dirás. No me divertía tanto hacía años —dijo él—. Imagínate tener a una nación entera a tu disposición.

—¡Los buenos gobernantes lideran, no explotan!

—¿Mi primera lección? ¿Y entonces cómo consigo convencerte de que seas mi guía?

—Por supuesto, tus deseos son órdenes para mí —dijo ella entre dientes—. A menos que el rey tenga otros planes. Él podría rebatir tus órdenes. El rey es él, no tú.

Satisfecho con la conformidad que mostraba Clarissa, habló en tono más serio.

—¿Y cuáles son los planes de contingencia si no hay heredero?

—Pero sí lo hay. Eres tú.

Jake negó con la cabeza. Cuando terminara con el anciano, lo último que querría el rey sería que fuera Jake su sucesor.

Clarissa estiró la mano y la posó sobre el brazo de Jake, como si él fuera a levantarse para marcharse.

—Por favor, Jake, dale una oportunidad, ¿no? Es un país pequeño maravilloso, lleno de gente que se gana la vida y forma familias. Nuestra monarquía ha durado seiscientos años. Al menos ve con una actitud abierta, por favor.

—Quizá sea mucho pedir. Cuéntame lo que creas que debo saber sobre ti.

—¿Sobre mí? Querrás decir sobre el país…

—Puedo enterarme de eso cuando llegue allí. Ahora siento curiosidad por mi nueva guía.

Clarissa lo miró. Discutir con aquel hombre podía volverla loca, pero era un tipo de locura buena. Una locura viva. Se sentía como si llevara demasiado tiempo dejándose llevar. No confiaba en que el rey quisiera que ella pasara mucho tiempo con Jake, pero aceptar

era más fácil que discutir sobre el tema.

Y durante un momento, ella intentó imaginarse cómo sería mostrarle el país a Jake, compartir su historia, las costumbres y las tradiciones con él. ¿Conversarían mientras paseaban por los jardines? ¿O querría recorrer el país en una motocicleta, asustando a la población con su imprudencia?

«No es justo», pensó Clarissa. Él no había sido imprudente en ningún momento. Había sido muy emocionante ir con él por las autopistas de California. Pero además de estar encantada, también se había sentido segura. Él había mantenido el control en todo momento. Y seguía manteniéndolo.

Quizá, ella había aceptado esa misión para ver qué podía hacer para que no fuera así.

—¿Quieres conocer al contrarío? —preguntó ella.

—¿Somos fuerzas contrarias? Prefiero pensar que somos aliados, que estamos unidos hacia una meta común.

—¿Y cuál es esa meta?

—Llevarnos bien mientras visito a mi abuelo.

—Creo que mi meta es algo más.

—No, Clarissa. Te enfrentarás al fracaso. Háblame de ti.

—Tus deseos son…

—Y si vuelves a decir eso, a menos que te ordene que lo hagas, tomaré medidas drásticas.

—¿Como cuáles?

—Como desterrarte a la zona más lejana del país —dijo él.

—¿Tan lejos? —abrió bien los ojos como fingiendo miedo—. ¿Y cómo me las arreglaré?

—O te besaré hasta que no puedas hablar.

El tono suave de su voz la cautivó. Una ola de calor recorrió su cuerpo y al fijarse en los labios de Jake deseó que la besara.

¿En qué estaba pensando? Él no podía bromear con ella de esa manera. «Lo peligroso sería enamorarse de una mujer como tú».

—¡Tu comportamiento deja mucho que desear! —espetó ella.

Él soltó una carcajada.

Clarissa quería bajarle los humos, pero sus palabras le fallaron.

Se enojó aún más cuando él se recostó en el asiento y cerró los ojos. ¿Pensaba ignorarla y dormir durante las doce horas que duraba el vuelo hasta París, porque no había contestado a su pregunta?

Clarissa lo miró fijamente. Le hervía la sangre. Estaba dispuesta a hablar del tema y él había cerrado los ojos como si se hubiera cerrado a todo lo demás. Su cabello moreno era espeso y estaba bien cortado. Tenía la piel bronceada tras largas horas bajo el sol. Y a pesar de que llevaba un traje gris, su cuerpo musculoso se hacía evidente. Era un hombre serio que construía casas y dirigía una empresa constructora importante.

Ella se preguntaba si él podría sucumbir al encanto de los ricos y al boato de la realeza y cambiar de opinión cuando viera el palacio de Marique. El orgullo tenía su sitio, pero no era aquel. Por lo poco que sabía de él, había tenido una vida dura. Seguramente, el bienestar económico que le ofrecería su abuelo lo atraería más que la vida de Los Angeles.

¿O no? Sospechaba que Su Alteza Real era un hombre con carácter. Había conseguido muchas cosas en treinta y dos años. Y no solo porque fuera amable.

¿Cómo reaccionarían el rey y él?

Clarissa no quería analizar su propia reacción puesto que se le estaba pasando el enfado. ¿Estaba dormido de verdad, o simplemente la ignoraba?

Al recordar que la había amenazado con besarla, le dio un vuelco el corazón. ¿Allí? ¿En el avión? ¡No se atrevería!

No era que pensara ponerlo a prueba. Ni allí ni en ningún sitio. Pero no podía evitar especular acerca de lo que sentiría si él la tomara entre sus brazos y le cubriera la boca con sus labios. ¿Lo haría de manera un poco brusca teniendo en cuenta cómo se había criado? ¿O de manera delicada tras la práctica de varios años? ¿Brusco y exigente, o delicado y persuasivo? Podía imaginarse el momento en que la tomara entre sus brazos y la hiciera perderse en el éxtasis del momento.

Frunció el ceño y se volvió para mirar por la ventana para intentar no pensar en ello. Aquel hombre hacía que se le acelerara el corazón. Era muy atractivo y probablemente tenía docenas de mujeres deseando pasar algún tiempo con él. ¿Ella era solo una de esas mujeres?

¿Tendría Jake alguna relación seria con una mujer?

«A lo mejor está casado».

La información que ella tenía no mencionaba nada de eso. Pero

el informe lo habían hecho muchos años atrás y en él ni siquiera se mentaba que pertenecía a una empresa constructora.

—¿Y ahora qué? —preguntó él.

Ella lo miró asombrada.

—Pensé que estabas dormido.

—Estabas tan callada que me preocupabas. Nunca juegues al póquer, Clarissa, tu rostro es demasiado expresivo. Hay algo que te molesta, ¿qué es?

—¿Estás casado?

Él se quedó estupefacto.

—No. No estoy casado, y nunca lo he estado.

—¿Por qué no? ¿No hay muchos hombres casados a tu edad?

—¿Y por qué no estás casada? ¿No hay muchas mujeres casadas a tu edad? —contestó él.

—Ya te dije que estuve comprometida y que él murió.

—De no haber sido así, ¿ahora estarías casada?

Clarissa deseaba decirle que sí con entusiasmo, pero en realidad no lo sabía. No habían fijado la fecha de la boda. Ella había sacado el tema varias veces, pero Philippe nunca quiso comprometerse a una fecha concreta. Se encogió de hombros.

—¿Cuántos años tienes, Clarissa?

—Veintisiete.

—Yo tengo treinta y dos. Seguro que ya lo sabías —ella asintió—. He estado desarrollándome profesionalmente, lo cual es más importante que el matrimonio. No sé si alguna vez voy a querer casarme después de ver el tipo de vida que tuvo mi madre después de que mi padre muriera. Ella era una chica de un pequeño pueblo de Nebraska que se mudó a Las Vegas en busca de una vida mejor. Allí es donde se conocieron. Después de un breve noviazgo, se casaron. Ambos eran jóvenes, inmaduros e irresponsables, por lo que yo sé. Él la dejó sin nada, y ella no tenía más recursos que el baile para sacar adelante a su hijo. Y la vida de las bailarinas de Las Vegas es como la de las modelos. Enseguida aparecen chicas más jóvenes y guapas que ocupan tu puesto.

—¿No piensas casarte por eso?

—Ése es uno de los motivos principales.

—Puedes cambiar las cosas. Lo normal es que uno viva una vida larga y no deje a una joven familia detrás. Y aunque uno muera

joven, puede asegurarse de que su familia tenga casi todo lo que necesita. Tú no eres tan joven como era tu padre cuando murió. Y no pareces para nada irresponsable.

Él se encogió de hombros.

—¿Y tú qué? ¿Estás dispuesta a intentarlo otra vez?

Ella se quedó en silencio un momento. ¿Deseaba enamorarse otra vez, y arriesgar su corazón por segunda vez? Creía que no.

—Me gusta la vida que llevo ahora. Tengo amigos, familia, y un trabajo que me encanta y que encuentro estimulante.

—Eso no contesta a mi pregunta.

—La respuesta es «no». No quiero arriesgarme otra vez.

—Entonces, tenemos algo en común.

—Para ti es diferente. Tú tienes la obligación de casarte.

—¿La obligación?

—Para asegurar la monarquía.

El sentimiento momentáneo de camaradería se evaporó.

—No tengo esa maldita obligación. Si no he querido casarme antes, no voy a hacerlo para que haya una sucesión dinástica en un país que no he pisado en mi vida.

—Pero pronto estarás allí. Estoy segura de que pensarás de otra manera cuando estés allí.

—¿Y eso por qué?

—Tendrás más de lo que nunca has imaginado.

Jake se preguntaba adonde lo llevaba esa conversación.

—¿Como qué?

—Familia.

—La tuve hasta que murió mi madre. A estas alturas no necesito un abuelo.

—Riqueza.

—Tengo suficiente.

A Jake lo molestaba que ella pensara que la riqueza fuera algo que pudiera hacer tambalear sus principios. ¿Era eso lo que todo el mundo pensaba? ¿Que él era el pariente pobre que saltaría de alegría ante la oportunidad de heredar un reinado?

¿Cómo terminaría aquello? ¿Sería mejor para él ver qué incentivos le ofrecían antes de rechazarlo todo y regresar a casa? Todavía se enfurecía cuando recordaba el trato displicente que su abuelo le había dado a su madre. La venganza sería dulce.

Jake deseaba que su madre hubiera estado viva. Le habría encantado visitar Marique. Dadas las circunstancias, Jake podría haberle dado todo lo que ella quisiera tener. Pero era demasiado tarde.

El largo viaje se hacía más agradable gracias a las películas que ponían en el avión, la comida de primera clase y lo cómodos que eran los asientos. Sin embargo, Jake estaba inquieto. Odiaba estar inactivo durante tanto tiempo.

El cambio de aviones en París transcurrió con rapidez y sin incidentes. Enseguida estaban sobrevolando el sur de Francia y rumbo a Marique. El jet de la Casa Real era mucho más pequeño que los aviones comerciales, pero lo suficiente espacioso para moverse por él con comodidad. Clarissa se había encargado de todo, en un francés ágil y fluido. Ella insistió en que Jake se sentara junto a la ventana para que pudiera ver Marique cuando se aproximaran.

Una vez que estuvieran en Marique no solo sería una guía… sería también traductora. ¿Confiaría Jake en ella? ¿O la lealtad que ella sentía hacia la Familia Real marcaría las traducciones de las conversaciones?

Cuando se disponían a aterrizar, Jake miró por la ventana para ver el terreno mientras descendían. Clarissa lo observó, preguntándose cómo se habría sentido ella si ese día hubiera llegado a Marique por primera vez.

Sabía que él sentía una profunda amargura. Y no podía culparlo. Había tenido una infancia muy dura, pero tenía que olvidarlo todo y quedarse allí. La estabilidad de ese pequeño país dependía de él.

Miró por encima del hombro de Jake y, al ver las montañas y los valles, se alegró. Le encantaba Marique. No podía esperar para ver a sus padres, o visitar a sus amigos. Para ver a sus sobrinos. Le parecía que había estado fuera más de una semana.

—Es un sitio bonito, ¿no crees? —le preguntó ella.

Jake se volvió para mirarla. Estaban tan cerca que ella podía sentir el calor de su respiración en la mejilla. Clarissa se retiró una pizca, tratando de ocultar lo incómodo que le resultaba estar tan cerca de él. El corazón se le aceleraba cada vez que él se acercaba. Se sentía como una adolescente con su primer amor. ¿Qué le estaba sucediendo? Ni siquiera estaba segura de que le gustara aquel hombre. Pero él conseguía que su cuerpo se revolucionara. ¡Cielos!

Tenía que conseguir distanciarse un poco de él.

—Es difícil decirlo desde el aire. ¿A qué distancia está la capital del aeropuerto?

—A unos veinte minutos. El palacio también está allí. Tu familia tiene una residencia de verano junto a un lago, al oeste del país. Pero normalmente residen en el palacio.

—¿Quién está allí ahora?

—Tu abuelo, por supuesto. Sabes que tu abuela murió poco después de que tu padre se marchara de casa. El rey ha estado solo mucho tiempo —Jake arqueó una ceja al ver que ella trataba de darle lástima. Clarissa no le hizo caso y continuó—: El príncipe Michael y tu tía Gustine tenían su residencia allí. Una de sus hijas, Marie, vive con Gustine, y la mayor, Claudine, está casada. Philippe también tenía su residencia en el palacio.

—Una gran familia feliz —dijo él con ironía.

—Cada uno tenía su espacio. A veces se juntaban para comer, pero no era lo habitual. La familia al completo solo se reunía para las comidas oficiales.

—¿Mi tía se quedó?

—¿Por qué no? Es su casa. Todavía vive, con tu prima Marie, en las habitaciones que ocupaba cuando vivía el príncipe Michael. Claudine vive con su marido, por supuesto.

—¿Así que hay otros herederos de la corona?

Clarissa negó con la cabeza.

—La sucesión está establecida por línea masculina, no por la femenina.

—No es una línea muy progresista.

Clarissa permaneció, prudentemente, en silencio.

—Entonces, ¿qué opinas? —le preguntó ella a medida que la limusina que había ido a recogerlos se aproximaba al palacio. El color rosado de las piedras que formaban la estructura se acentuaba con el sol de la tarde. Las torrecillas y las almenas siempre le recordaban a los románticos cuentos de hadas. Era un edificio fantástico, con figuras talladas y contrafuertes que añadían romanticismo al suave color de la piedra.

Unas verjas inmensas de hierro forjado se erguían a la entrada.

Despacio, entraron por el caminal flanqueado de bonitos jardines y praderas de césped recién cortado.

A Clarissa le encantaba ese lugar, no solo por lo que representaba, sino también por su espectacular belleza.

Se detuvieron frente a las puertas principales. Eran muy altas y tenían dragones y aves mitológicas tallados en la madera oscura.

Clarissa se preguntaba si el rey pensaba honrar a su nieto o si, por el contrario, trataba de intimidarlo.

Suprimió una sonrisa. Dudaba de que Jake White se intimidara por algo así.

Él no había dicho ni una palabra, pero ella notaba que estaba observándolo todo. Cuando un hombre de librea les abrió la puerta, ella se bajó del coche y esperó a Jake. A pesar de que él había insistido en que lo llamara Jake, era el príncipe y se merecía su respeto.

Jake se detuvo junto a los escalones y miró hacia arriba, estudiando el edificio durante largo rato antes de mirar a Clarissa.

—Bonito sitio. Un poco pretencioso, pero parece que está en buen estado.

—Se construyó en el esplendor del romanticismo. Siempre me ha encantado.

Un hombre distinguido, vestido de militar, se acercó para hablar con Clarissa. Después hizo una reverencia, se dirigió a Jake en francés y se retiró a un lado.

—El rey nos ha convocado. Pensé que iríamos directamente a las habitaciones familiares, pero al parecer, el rey quiere verte en uno de sus salones. Son muy bonitos —dijo ella.

Jake asintió con la cabeza y Clarissa se volvió dirigiéndose a una de las puertas. Él sabía lo que el anciano pretendía.

Clarissa presentó a Jake al Ministro du Rubine, y se percató de que Jake no se dejaba intimidar por el general. Enseguida, hizo de traductora entre ambos, y comenzó a sentirse frustrada. El general hablaba inglés. ¿Por qué fingía que no era así?

—Iremos a la habitación roja. Es una de las más formales —dijo ella mientras seguían al general. Jake caminaba en silencio, pero Clarissa podía sentir que estaba tenso.

Unos hombres uniformados los esperaban junto a la puerta de la habitación roja, y cuando llegaron, abrieron las puertas haciendo

una reverencia. Una alfombra roja formaba el pasillo que llevaba hasta los tronos de madera tallada que se encontraban al final de la habitación. El rey estaba sentado en uno de los tronos, y de pie, a su derecha, había otro hombre. El resto de la habitación se encontraba vacío.

—Tenía que haber venido en vaqueros —susurró Jake a Clarissa.

—¡No! ¡Vas muy bien con esa ropa! —lo miró ella. A pesar de haber viajado durante más de veinte horas, él tenía el mismo aspecto de frescura que cuando llegó al aeropuerto de Los Ángeles. Ella se sentía arrugada a su lado. Pero esa reunión no era para ella, sino para Jake y su abuelo.

Él dio un paso adelante y Clarissa permaneció donde estaba. Si el rey deseaba que se reuniera con ellos, la llamaría.

Jake dudó un instante y se volvió hacia ella.

—¿Vienes?

Clarissa negó con la cabeza.

Él se acercó y la agarró del brazo con fuerza.

—Claro que vienes. Como guía y traductora, irás a donde yo vaya.

—El rey habla inglés. No me necesitas.

—Sospecho que el general también habla inglés —dijo él—. Pero eso no significa que lo hiciera. Tú vienes conmigo.

Clarissa no se atrevía a protestar, pero se sentía incómoda. Y podía percibir la tensión y el nerviosismo del hombre que la tenía agarrada.

Se preguntaba si podría olvidar las sensaciones que ese hombre provocaba en ella. Se sentía radiante y excitante, y durante un momento, deseada por aquel hombre sexy. Se olvidó de la necesidad de ser cautelosa y caminó junto a él con orgullo.

El rey se puso en pie cuando Jake llegó al trono. Era un hombre alto, a pesar de que tenía ochenta y cuatro años. Tenía el cabello cano y lo llevaba muy corto. Vestía al estilo europeo y lucía la ropa elegante con naturalidad. Tenía los ojos menos oscuros que Jake, pero su mirada era seria y no mostraba ni una pizca de ternura.

—Bienvenido a Marique —dijo en inglés, con un tono formal—. Ha llegado el momento de que ocupes el lugar que te corresponde en nuestro país.

Jake inclinó ligeramente la cabeza.

—He venido de visita, nada más. Veremos cómo se desarrollan las cosas.

El rey frunció el ceño y miró a Clarissa.

—¿No le has comentado cuáles son mis expectativas?

—Sí, Majestad, lo he hecho.

El rey miró a Jake.

—Pensé que un carpintero saltaría de alegría ante la idea de prosperar.

Jake agarró a Clarissa con más fuerza al ver que ella se disponía a corregir el malentendido del rey. Ella se calló, recordando lo que él le había pedido el día que cenaron en la playa.

—No hay nada como dar golpes con un martillo para que un hombre se mantenga activo. Imagino que no habrá nada que reparar en el palacio mientras estoy de visita…

El rey frunció el ceño y se apoyó en el respaldo.

—Marchaos. Mostradle sus aposentos. Conocerá al resto de la familia durante la cena.

De pronto parecía más viejo, apagado. Clarissa se movió para que Jake la soltara y se volvió hacia la puerta. Atravesó la habitación tratando de disimular su furia.

Jake la alcanzó en el pasillo, la agarró y la giró para que lo mirara.

—¿Qué esperas obtener haciéndole creer que eres carpintero cuando los dos sabemos que diriges una empresa y que tienes una vida próspera? ¡Podías haber sido más educado, y no engañarlo! —exclamó casi gritando—. No se merece ese comportamiento tuyo. ¡Es nuestro rey!

—Ah, ¿y yo me merezco esto? La habitación más formal de todo el palacio. Nada de una bienvenida cariñosa, nada de: «Hola, nieto, ¡me alegro de verte al fin!» Puede que me gustase tener la oportunidad de que averiguase cosas sobre mí por sus propios medios, sin que tuviera que contratar a un detective o sin que nadie le cuente todo sobre mi vida. ¿Se te ha ocurrido pensar en ello? Ver si él es capaz de establecer una relación… ¡y no sentirme como el resultado final de un informe!

—¿Y si él no actúa de acuerdo con tus planes?

—Si él cree que no merece la pena llegar a conocerme, entonces, sabré cuál es mi sitio. Ha hecho las cosas a su manera durante toda

mi vida, Ya es hora de que yo tenga algo que decir —dijo Jake—. Ahora, mi pregunta es: ¿estás de mi parte o de la suya?

Capítulo Cuatro

Antes de que Clarissa pudiera responder, Jake oyó que alguien se aclaraba la garganta detrás de ellos. Se volvió y encontró a un hombre con librea de edad indeterminada. Estaba mirando al infinito, como si al no mirar a Jake y a Clarissa, fingiera que era invisible.

—¿Qué quieres? —le preguntó Jake.

El hombre pestañeó y miró a Clarissa. Ella le habló en francés y él contestó en el mismo idioma.

—Ha venido para mostrarte tus aposentos.

—¿Y no se da cuenta de cuándo la gente está manteniendo una conversación privada?

—Puesto que no habla inglés, no le importa lo que digamos, no nos entiende. Además, es un sirviente, y su función es no escuchar.

—Como si eso fuera a detenerlo —la intensidad de su tono de voz comenzó a desaparecer. Jake llevaba más de veinticuatro horas despierto. El cansancio comenzó a apoderarse de él, una vez que la reunión con su abuelo había terminado.

El hombre habló de nuevo, y Clarissa asintió.

—Tenía órdenes de mostrarte tus aposentos una vez que terminaras la reunión con el rey —dijo ella, y miró el reloj—. Ni siquiera son las cuatro. La cena es a las ocho. Tienes tiempo de dormir una siesta. No sé tú, pero yo estoy agotada.

—¿Estarás aquí para cenar?

—No me han invitado.

—Entonces, considera esto como una invitación. O como un mandato real, lo que prefieras. Supongo que la cena de esta noche no se parecerá en nada a la que compartimos en la playa.

Clarissa inclinó la cabeza ligeramente.

—Estaré aquí a las ocho.

Jake la observó marchar y después se volvió para seguir al sirviente. Doblaron por un largo pasillo y se fijó en la larga hilera de retratos que había colgados en la pared. Eran cuadros grandes, casi de tamaño natural. Se acercó para mirarlos mejor. Reflejaban épocas diferentes. Cada mujer vestía con un estilo distinto, y algunos hombres llevaban el pelo largo, aunque la mayoría tenían el cabello

corto. Algunos lucían grandes mostachos, otros iban bien afeitados.

Jake reconoció algunos rasgos, como los que él compartía con su padre. Ojos oscuros, mandíbula prominente. ¿La altura también era un rasgo común? Era difícil decirlo, ya que unos aparecían sentados y otros de pie.

Por primera vez, Jake experimentó un sentimiento de pertenencia. Él era la última generación de su familia. Si no se casaba y tenía hijos, el nombre de los LeBlanc terminaría para siempre.

Casi sentía lástima por el rey. No debía ser fácil perder a su hijo y a su nieto y saber que la única esperanza de que la familia continuara descansaba en un extraño de tierras desconocidas.

—*Ici* —el sirviente se detuvo y abrió la puerta haciendo una reverencia. Se echó a un lado y observó a Jake mientras entraba en la habitación. El sol de la tarde entraba por las grandes ventanas. Las cortinas eran pesadas, y de terciopelo de color burdeos. El mobiliario era recargado y parecía incómodo. Antigüedades, sin duda. Jake prefería los muebles cómodos, aunque no fueran tan elegantes.

La puerta se cerró tras de sí, con sigilo. Jake abrió las ventanas y miró los jardines que se extendían frente a su habitación. Los setos estaban cuidadosamente podados con forma de animales. Las flores desprendían un dulce perfume que invadía el ambiente.

—¿Señor?

Jake miró por encima del hombro. El lacayo de librea había sido sustituido por otro. El nuevo vestía un traje formal, y no un uniforme.

—Soy Jerome, su ayuda de cámara. Puedo mostrarle su dormitorio, si lo desea. Me he tomado la libertad de deshacer su maleta. Y he mandado planchar el traje adecuado para la cena de esta noche.

Jake se volvió despacio para mirarlo.

—No necesito un ayuda de cámara. No necesito que nadie me deshaga la maleta y soy capaz de elegir mi propia ropa —le dijo.

Jerome hizo una pequeña reverencia.

—He sido asignado por el rey. Antes de su muerte, servía al príncipe Michael. Le aseguro que conozco mis deberes.

Jake se quitó la chaqueta y la colgó sobre su hombro sujetándola con un dedo.

—No he dicho que no los conozca. Es solo que no necesito a nadie.

—Discúlpeme, Alteza, pero quizá puedo ofrecerle algunas sugerencias para facilitarle la vida aquí. Es solo una sugerencia, compréndalo.

—No viviré aquí. Solo estoy de visita.

Jerome arqueó las cejas con sorpresa. Jake estuvo a punto de soltar una carcajada. Ese hombre tenía un aspecto cómico. ¿Y era uno de los miembros de élite del palacio?

—Estoy seguro de que me han dicho que usted se trasladará a Marique. Que es el nuevo príncipe de la corona. ¿Puedo felicitarlo? Y por supuesto, le doy el pésame por la pérdida de su tío y de su primo.

—Lo que puede hacer es indicarme dónde está la cama más cercana. Estoy agotado.

—Por aquí. Estas son las habitaciones destinadas a altos dignatarios. Cuando vea las residencias familiares y elija la que más le guste, podrá mudarse a ella.

Jake decidió que no merecía la pena discutir más sobre ese asunto. Había ido allí para dos o tres semanas, como máximo.

El dormitorio era tan lujoso como el salón. En el centro había una gran cama, y junto a las paredes, armarios recargados. En el suelo, una alfombra de gran valor.

Jake dejó la chaqueta sobre una silla. Jerome frunció el ceño y se apresuró para recogerla y colgarla en el armario de la izquierda.

La habitación tenía las mismas vistas que el salón. ¿Era un laberinto lo que se veía a lo lejos?

El ayuda de cámara se acercó a la cama y retiró la colcha bordada. La dobló con cuidado y la guardó en una cómoda. Después retiró el edredón y ahuecó las almohadas.

—Ya lo hago yo —dijo Jake—. ¿Es un laberinto lo que hay al final de los jardines?

—Así es, señor. Un buen ejemplo de la obra de Paul Guilmont. Era un experto en cosas enrevesadas. No todo el mundo puede encontrar el camino hasta el centro.

—¿Y qué hay en el centro?

—He oído que hay un precioso cenador pequeño. Por desgracia, yo soy uno de esos que nunca ha llegado al centro. Su Majestad el

Rey permite que el servicio acceda a los jardines cuando la familia no está presente.

Jake se fijó en los altos arbustos desde la ventana. No podía distinguir los caminos desde la distancia. Los laberintos lo intrigaban. ¿Podría encontrar el centro? Si deseaba tranquilidad, quizá ese fuera el lugar adecuado para ir. Empezaba a sentir las diferencias de la vida a la que estaba acostumbrado, con tanto lacayo y ayuda de cámara.

Se volvió y miró a su alrededor.

—Las residencias que mencionaste, ¿están decoradas de manera tan formal? —preguntó él. Se quitó la corbata y se desabrochó la camisa. Si no dormía un poco, se quedaría dormido durante la cena. Y él tenía una opinión clara con la que no se ganaría a su abuelo.

Jake hizo una pausa. No había ido hasta allí para ganarse a su abuelo. Había ido con el deseo de que él corrigiera el daño que había hecho en el pasado. Para hacer que el anciano pagara por el daño que le había causado a su madre.

—Creo que están vacías, esperando a que los que las utilicen las decoren a su gusto —dijo Jerome—. Lo llamaré a tiempo para que se vista para la cena.

—De acuerdo, pero puedo vestirme yo solo.

Jerome hizo una reverencia y salió de la habitación.

Dos minutos más tarde, Jake se metió en la cama y se cubrió con el edredón de algodón. Lo último que pensó antes de quedarse dormido fue dónde estaría Clarissa. ¿Se habría desnudado y metido en una cama desnuda, tal y como él había hecho? Era una lástima que no se hubieran acostado juntos a dormir la siesta. Aunque dormir era lo último que habrían hecho.

Clarissa saludó a Gustine y le dio un beso en la mejilla.

—¿Qué tal el viaje? —preguntó la madre de Philippe. Ella parecía contenta de ver entrar a Clarissa.

—Cansado. No me acostumbré al cambio de horario antes de venir. Tengo la sensación de que ahora son las doce de la noche en lugar de las cuatro de la tarde.

—Pasa y tómate una taza de té. Cuéntame cosas de ese hombre.

—No puedo quedarme mucho rato. Tengo que irme a dormir.

—Solo un té.

Clarissa esperó a que le sirvieran el té en el salón. Había una bandeja con varios pedazos de pastel, pero ella no quiso tomar ninguno. Necesitaba echarse una siesta si quería ser congruente durante la cena.

Pero primero quería hacerle la visita a Gustine. Sabía que la mujer la había estado esperando para que le contara cosas sobre Jean-Antoine. Qué difícil era para ella. En lugar de su hijo, el heredero de la corona era un hombre que ni siquiera conocía.

—Es diferente a Philippe.

—Eso lo esperaba. Por supuesto, él no ha tenido educación. Su madre era la hija de un granjero. Y él se crió en unas circunstancias lamentables.

—Aunque eso no fue culpa suya —murmuró Clarissa en su defensa. La molestaba que la Familia Real actuara como si Jake hubiera elegido las circunstancias de su vida.

—Por supuesto que no. Fue culpa del príncipe Joseph por enfrentarse a su padre y abandonar sus responsabilidades —dijo Gustine.

Clarissa quería preguntarle sobre las responsabilidades que había abandonado el rey al no ocuparse del bienestar y la educación de su nieto, pero ella no podía criticar al rey delante de otro miembro de la Familia Real.

—Sus modales son impecables. No avergonzará a la familia.

—Ya lo ha hecho —dijo Gustine.

—¿Cómo?

—Solo por existir. Será un recuerdo constante del acto de rebeldía hacia su padre. Su falta de clase y la falta de educación estará presente en todo momento.

—Es un hombre muy especial. No piensa quedarse.

Gustine la miró sorprendida.

—Por supuesto que se quedará. Es el heredero de la corona.

Clarissa negó con la cabeza.

—Sus opiniones y convicciones no coinciden con las nuestras. Él insiste en que solo está aquí de visita.

—¡Tonterías! No me lo creo. En cuanto vea la riqueza que el rey puede ofrecerle, el sueldo que ganará, los tesoros de los que dispondrá, y el poder que acompaña al trono, se quedará.

Clarissa permaneció en silencio, bebiéndose el té. Era evidente que los otros pensaban como ella lo había hecho. Solo que en algún momento, ella había cambiado de opinión. No creía que Jake se dejara camelar por el poder o la riqueza.

Lo único que quizá hiciera que se quedara eran los lazos familiares, y eso era demasiado frágil para retenerlo.

Clarissa se terminó el té y dejó la taza sobre la mesa.

—Su Alteza Real me ha invitado a la cena de esta noche. Si no es conveniente, no iré —dijo ella.

Gustine frunció el ceño.

—Por supuesto que puedes venir. Eres casi un miembro de la familia. Si Philippe estuviera vivo, ahora estaríais casados —se fijó en el traje oscuro de Clarissa y en la blusa color plata.

—¿Sabes, Clarissa?, voy a vestir siempre de negro. Soy demasiado vieja para buscar a otro marido. Pero tú eres joven. Tu año de luto ha terminado. No deberías anclarte en el recuerdo. Te sentaría bien ponerte colores vivos otra vez —respiró hondo—. Incluso salir con algún hombre otra vez.

Clarissa sonrió con tristeza.

—Gracias, Gustine. Quizá cuando llegue el momento —no iba a contarle nada acerca de un suéter amarillo, ni de que había montado en motocicleta por las autopistas de Los Angeles. Tampoco que se sentía como si acabara de despertar de un largo sueño.

—Tengo que ir a casa para descansar un poco antes de cenar —dijo Clarissa.

—Duerme la siesta aquí. Mandaré que vayan a recoger tus maletas. Así te ahorrarás el tiempo de conducir hasta tu apartamento. Ya volverás a casa después de cenar.

Clarissa aceptó enseguida. Estaba tan cansada que le dolía el cuerpo. Podía ponerse el vestido azul oscuro. Jake ya se lo había visto, pero ¿y qué? Dudaba que fuera el tipo de hombre que se fijara en esas cosas.

Para el momento en que la cena estaba a punto de terminar, Clarissa se preguntaba si Jake duraría las dos semanas que había pensado quedarse de visita. Ella tenía que admirar su fortaleza. Desde que había aparecido en el salón donde les sirvieron los

aperitivos había soportado comportamientos que la mayoría de los hombres habría evitado.

Gustine se había metido sutilmente con su vestuario y había cuestionado sus modales. Incluso su falta de fluidez cuando hablaba francés era motivo de crítica.

No parecía que a él lo hubiera molestado. Había permanecido cordial, educado y distante. Pero por la frialdad de su mirada y la tensión de su mandíbula, Clarissa supo que Jake estaba cada vez más enfadado.

El rey no habló mucho durante la comida, y parecía contento de dejar que su nuera dirigiera la velada.

Clarissa también habló poco y se sintió un poco incómoda cuando el rey puso cara de sorpresa al verla entrar. Ella suponía que Jake lo habría informado de su asistencia antes de que llegara. O Gustine.

Estaban a punto de terminar el postre. Y los lacayos estaban sirviéndoles el café. Ya quedaba menos para poder escapar.

Jake la miró fijamente. ¿Podía leer su mente? Clarissa lo pensaba a veces. Se sorprendió al ver diversión en su mirada. Ella miró a la tía de Jake. Llevaba toda la tarde frunciendo el ceño. Su prima Marie había estado callada como un ratón, y no había pronunciado palabra a menos que se hubieran dirigido a ella directamente.

—¿Estás lista? —le preguntó él.

Clarissa se quedó asombrada. ¿Se había perdido algo? ¿Tenían alguna actividad pensada?

—Lista, ¿para qué? —preguntó Gustine.

Jake dobló su servilleta con cuidado y la dejó a la izquierda de su plato. Se puso en pie. Por las miradas de asombro de su tía y su prima, supo que había metido la pata.

Clarissa observó perpleja. ¡Nadie se levantaba de la mesa antes que el rey!

—Clarissa va a mostrarme los jardines —agarró el respaldo de su silla, y por la tensión de sus dedos, Clarissa supo que no estaba tan relajado como aparentaba.

—Eso es imposible. ¡Su Majestad no le ha dado permiso para marcharse! —Gustine estaba furiosa—. Además, afuera está oscuro.

—Creía que la cena había terminado. Y de donde yo vengo, nadie necesita permiso para levantarse de la mesa cuando se ha terminado

de comer.

—Todo forma parte de los horribles modales que has mostrado desde que has llegado —dijo Gustine—. Si hubieras recibido educación…

—Ah, pero no es mi culpa que no me hubieran educado a vuestro gusto, ¿no? —preguntó Jake.

Su tía cerró la boca y miró al rey con incertidumbre. Prudentemente, permaneció callada.

Su Majestad se puso en pie, y uno de los lacayos se acercó a él para retirarle la silla.

—Ninguno de nosotros puede cambiar el pasado. Solo podemos asegurar el futuro, siempre que esté en nuestras manos. Y es lo que queremos. Espero verte a las nueve en la sala de reuniones. Ya es hora de que comience tu educación sobre Marique.

Jake no dijo nada, y observó en silencio como el anciano salía del comedor.

—El futuro que ninguno de nosotros quería. Michael debería seguir siendo el príncipe heredero, Philippe debería ser el segundo en la línea sucesoria. Nadie quiere que un buscafortunas usurpe el trono —soltó Gustine dejándose llevar por la rabia.

—Madre —dijo Marie, percatándose de que se había pasado—. Jean-Antoine no tiene la culpa de que padre y Philippe hayan fallecido. Él no se está entrometiendo, el abuelo lo ha llamado. No se puede hacer nada al respecto.

Clarissa se puso en pie.

—Estoy lista —dijo ella, ansiosa por escapar de aquella situación antes de que empeorara.

—Descanse tranquila, señora, no tengo intención de usurpar nada, tal y como usted ha dicho con tan poco tacto. Solo he venido a hacerles una visita. Y empiezo a preguntarme por qué se me ocurrió venir.

Clarissa lo agarró del brazo.

—Vamos, Jake —dijo ella con suavidad, y tiró de él para que no siguiera enfrentándose a Gustine.

En muy poco tiempo, atravesaron los largos pasillos del palacio y bajaron los escalones que llevaban hasta los jardines del palacio. Los caminos estaban iluminados con luces tenues. Y algunos focos iluminaban la poda artística de los arbustos. Desde los escalones,

parecía que un dragón se erguía en el aire.

—Si eso es un ejemplo de la dicha familiar, resérvame un billete para Los Angeles para mañana mismo —dijo Jake una vez que se alejaron de los sirvientes. Se puso a andar por uno de los caminos ignorando la belleza de las flores que había a cada lado.

—Acabas de llegar —dijo Clarissa, intentando alcanzarlo.

Jake se detuvo y la miró de arriba abajo.

—Ese es el vestido que llevabas en Los Angeles. ¿No has ido a casa?

—No tuve oportunidad. Me eché una siesta corta, me vestí y asistí a la cena tal y como me habían ordenado.

—Debías haberme mandado a freír espárragos —él aminoró el paso y Clarissa caminó a su lado mientras paseaban por los caminos. Creía que él no quería ver los jardines, sino que simplemente buscaba una escapatoria.

—Con el debido respeto, tu tía se ha comportado fatal.

—¿Bromeas? Pensaba que era una muestra de los mejores modales. Desde luego, no ha dejado de insistir en mi falta de educación.

—Está disgustada.

—Es una barracuda.

—Su marido y su hijo estaban en la línea sucesoria y ahora, ver que alguien más va a subir al trono…

—No tengo ninguna intención de ocupar su puesto —se paró y miró a Clarissa—. Lee mis labios. No quiero ser rey.

—Gustine se casó con Michael sabiendo que él se convertiría en príncipe de la corona y después en rey. Su segundo hijo era un varón, el heredero al trono. Durante más de treinta años era lo que ella esperaba. No puede evitar esos sentimientos.

Clarissa tampoco podía evitar sus sentimientos. Consciente de la mirada de Jake, tenía problemas para continuar con la conversación. No podía evitar sentirse invencible. Ese sentimiento era cada vez más fuerte, y se preguntaba qué hacían hablando de la tía de Jake.

Los colores le parecían más vivos. El aroma que perfumaba la brisa nocturna parecía más fresco. La siesta le había sentado bien, pero estar con Jake había hecho que se le pasara el cansancio por completo. Se sentía al borde de algo muy emocionante.

—Puedo mostrarte los jardines —dijo ella—. Son preciosos,

aunque de día son mucho más bonitos. Siempre me ha encantado pasear por los senderos. Siempre hay algo inesperado.

Ella se estremeció. Deseaba estar en contacto con el cuerpo de Jake. Se volvió de pronto, para encubrir los sentimientos que estaban a punto de aflorar. Pasarían juntos esa noche, y después ella retomaría sus tareas habituales y Jake y su abuelo se dedicarían a dilucidar cómo continuar con aquello.

—La poda artística está hacia la izquierda. Hay algunos arbustos que tienen más de cien años. Los diseños no han cambiado desde hace generaciones, aunque en la esquina más alejada hay algunos nuevos.

—El laberinto —dijo Jake—. Enséñame el laberinto.

—¿Cómo sabes eso?

—¿Has llegado al centro alguna vez?

—Una. Philippe me llevó.

—¿Así que él sabía la clave?

—Se lo sonsacó al jardinero jefe cuando era pequeño. Él siempre quería hacer las cosas a su manera.

—¿Y por qué mi tía está horrorizada conmigo? Yo también quiero hacer las cosas a mi manera. No sé qué esperaba.

—No está horrorizada, solo le recuerdas que su marido y su hijo están muertos y que la vida no es como ella la esperaba.

—La vida no es siempre como la esperamos.

—Creo que por primera vez he visto cierto brillo de arrepentimiento por parte de tu abuelo. Me da la sensación de que le habría gustado haber hecho un esfuerzo por conocerte mejor —dijo ella con diplomacia.

—Puede, pero solo por cómo han sucedido las cosas, no porque quiera conocerme. Has debido de darte cuenta de que él no me ha hecho ni una sola pregunta durante la cena. Es más, si Gustine no hubiera estado hecha una furia, habría sido una comida silenciosa.

—Yo habría intervenido —dijo Clarissa, recordando las clases de buenos modales que había recibido.

—Clarissa al rescate, ¿eh?

—Dales un poco de tiempo, Jake. Se están esforzando.

—¡Yo sí que tengo que hacer un esfuerzo!

Ella reprimió otra sonrisa. Él no se parecía en nada a los hombres con los que ella solía pasar el tiempo. O con los que había salido.

No, ella no había salido con nadie desde hacía mucho tiempo… excepto con Philippe. Y una vez que se comprometieron, el tiempo que pasaban a solas disminuyó considerablemente.

Pensativa, recordó lo poco que se veían después de que ella aceptara su propuesta de matrimonio. Como si ella estuviera solo para lucirla en público y él la dejara a un lado cuando tenía otras cosas que hacer. ¿Cosas más importantes?

Llegaron a la entrada del laberinto. Los arbustos eran altos y frondosos, de forma que la luz no pasaba entre el ramaje.

Clarissa se detuvo y dudó un instante. El camino estaba iluminado, pero ella nunca había entrado de noche.

—No quiero pasarme toda la noche vagando por ahí dentro. Si te sientes aventurero, ¿por qué no vienes mañana y le pides a uno de los jardineros que te enseñe el camino?

—Eso no supone ningún reto.

—No veo nada de divertido en perderse y, quizá, pasarse toda la noche vagando por ahí dentro. En los jardines no hay nadie trabajando y no podrán oírnos si pedimos ayuda.

—¿Cuánto se tarda en llegar al centro?

—Unos diez minutos, creo. Fue hace mucho tiempo.

—Marcaremos nuestro recorrido, así podremos salir. Vamos a intentarlo.

Ella se rio.

—¿No creerás que vas a encontrar el centro la primera vez, y en diez minutos?

Él se encogió de hombros.

—No lo sabremos hasta que no probemos.

—Prueba tú, yo me vuelvo dentro.

—Gallina —dijo él en inglés, metiéndose con ella.

—¡Sé bastante inglés como para saber que estás metiéndote conmigo!

Él se rio.

—Me encantan tus salidas altaneras, Clarissa. ¿Estás dispuesta a aceptar el reto, o no?

—No.

—Me apuesto a que puedo hacerlo a la primera.

—Nunca.

—¿Y si lo hago?

—Me alegro por ti.
—Vamos a hacerlo más interesante.
—¿Eso que significa? —preguntó ella.
Jake se acercó un poco más y ella sintió que el calor de su cuerpo la envolvía. Estaban a solas en los grandes jardines, y su respiración le acariciaba las mejillas.
—Si gano, me darás un beso —dijo él, mirándola a los ojos. La luz tenue hacía que él pareciera misterioso, como un pirata.
Clarissa sintió que le flaqueaban las piernas. ¿Un beso? ¿El deseaba besarla?
—¿Y si no lo consigues? —preguntó con un susurro.
—Entonces, me esforzaré todo lo posible para agradar a mi tía Gustine la próxima vez que la vea.
—¡Trato hecho! —se adentró en el laberinto. Habría salido corriendo si no hubiera estado convencida de que no pasarían del primer camino sin salida. Pero las palabras de Jake retumbaban en su cabeza. Se preguntaba cómo serían sus besos. ¿Lo descubriría algún día?
—También cuenta si tú vas guiando el camino. Si llegamos al centro, me das un beso.
Clarissa se detuvo para mirarlo.
—Yo no guío a nadie. Solo me he metido en el laberinto para iniciar él proceso. Una vez que admitas que no puedes llegar al centro, puedes ir haciendo planes para ser amable con tu tía. ¡Y yo podré irme a casa a descansar!
Jake asintió y la agarró de la mano. Ella trató de zafarse pero él no la soltó.
—No tenemos que separarnos —murmuró él mientras observaba el camino. Después se volvió y clavó el tacón del zapato para hacer una marca en el suelo.
—¿Qué estás haciendo?
—Marcar el camino de salida. Creo que podría averiguarlo, pero lo hago por si acaso. No quiero pasarme toda la noche atrapado en el laberinto:
Ella sonrió.
—¿Cuánto tiempo tardarás en admitir tu derrota?
—Acabamos de empezar.
—De acuerdo. Diez minutos es muy poco tiempo para un

intrépido explorador como tú, pero yo tampoco quiero estar siguiéndote a medianoche. Necesitamos un tiempo límite.

—Treinta minutos.

—Eres muy arrogante. Nunca encontrarás la clave la primera vez, ¡y menos en treinta minutos!

—Dos besos si lo consigo.

—¡Puedes apostarte una docena! No va a suceder.

Jake se encogió de hombros, y continuó. Se encontraron con varios caminos sin salida, se dieron la vuelta y pasaron por algunas de las marcas que él había hecho.

Clarissa se quedó de piedra cuando doblaron una esquina y aparecieron en el centro del laberinto. Se detuvo en seco y observó el maravilloso cenador iluminado en la oscuridad.

Jake miró su reloj.

—Veinticuatro minutos.

Clarissa notó que su corazón latía cada vez más rápido. ¿De verdad quería besarla? ¿Allí? ¿Y en ese mismo instante?

—Por la noche es precioso —dijo ella. Trató de retirar la mano y, para su sorpresa, él la soltó.

—Supongo que es bonito en cualquier momento —Jake se metió en el cenador. Era como una casita de hadas.

—Ven a verlo.

—He estado aquí antes, ¿recuerdas? —se quejó ella mientras se acercaba despacio, sintiéndose como un prisionero condenado a muerte. Solo que la excitación que sentía no se parecía en nada a lo que sentiría un prisionero.

Cuando ella entró en el cenador, él la agarró de la mano y la atrajo hacia sí para estrecharla entre sus brazos como si fueran una pareja de baile.

Comenzó a moverse de un lado a otro, tarareando una bonita canción.

Clarissa dejó de preocuparse, dejó de pensar. Se entregó al momento más romántico de su vida. Se sentía ligera como una pluma.

Jake la miró a los ojos fijamente y, juntos, comenzaron a dar vueltas y vueltas.

Se detuvo junto a la puerta y apagó la luz.

—Me gusta más la oscuridad, ¿a ti no? —le preguntó él. La luz

tenue de los caminos iluminaba lo suficiente como para que ella pudiera verle la cara, la intensidad de su mirada, el contorno de sus labios…

Jake le acarició el cabello y, en respuesta, ella alzó el rostro hacia él.

—Deseaba tocarte el cabello desde el primer día que te vi. Es como la seda. Me preguntaba si sería como el fuego, pero es suave y fresco.

—Jake, no deberíamos estar aquí —dijo ella, y apoyó las manos sobre sus brazos. El corazón le latía tan deprisa que estaba segura de que él podía sentirlo. Respiraba de manera entrecortada, y solo podía pensar en él.

—Hicimos una apuesta.

—¿Alguien te contó la clave?

—No, pero me encantan los rompecabezas. He debido de hacer cientos de laberintos en mi vida. Aunque nunca me había metido en uno de verdad. Quizá me haga uno en el jardín cuando regrese a casa —Clarissa tenía miedo de que le fallaran las rodillas. Deseaba acariciarle el cabello y ver si era como el terciopelo—. Suponía que una chica como tú no querría que la besaran en su primera cita, pero esta es nuestra tercera cita, así que está bien —dijo él.

—No hemos tenido ninguna cita —protestó ella, sin comprender por qué él prolongaba el misterio. ¿Iba a besarla? ¿O solo estaba bromeando?

—No estoy de acuerdo. Cenamos en tu hotel de Los Angeles… primera cita. Cena en la playa… segunda cita. La cena de esta noche… tercera cita.

—¿Qué? ¿Citas? —eso no habían sido citas. Habían sido cenas de negocios—. Yo no he tenido una cita desde…

—También me has traído a casa para conocer a la familia… solo que es mi familia.

Cuando ella se disponía a quejarse, él le cubrió la boca con sus labios.

Capítulo Cinco

Clarissa no sabía que un beso podía hacerla sentirse de esa manera. Jake movió su boca contra la de ella, provocando que una ola de excitación y calor invadiera su cuerpo. Ella cerró los ojos para disfrutar más de esa explosiva sensación.

Cuando Jake introdujo la lengua en su boca, se sintió perdida. En menos de un segundo, los deberes y obligaciones desaparecieron de su mente. Por primera vez en muchos años, Clarissa estaba viviendo el momento… y para ella sola.

Era el mejor abrazo que había compartido nunca. Se sentía como si flotara, como si el tiempo se hubiera detenido y solo estuvieran los dos en el mundo. No quería que terminara. Jake la atrajo hacia sí y ella no protestó, sino que disfrutó al sentir su pecho fornido contra sus senos y la musculatura de sus piernas contra sus muslos. Le temblaron las rodillas.

Deseaba un contacto más íntimo. Deseaba más. Jake la besó con más pasión y ella se dejó llevar por un sinfín de sensaciones.

De pronto, se quedaron a oscuras.

—¡Maldita sea! —él se retiró y la soltó. Clarissa se tambaleó hacia la pared y se apoyó en ella, tratando de recuperar la respiración. Estaban completamente a oscuras y apenas podía adivinar dónde se encontraba Jake.

Pestañeó, confiando en acostumbrar la vista a la oscuridad con rapidez. No había ninguna luz, excepto el brillo de las estrellas. Los altos arbustos impedían el paso de la iluminación del palacio.

—No sabía que apagaban las luces tan temprano —dijo él.

—Yo ni siquiera sabía que las apagaban. Supongo que no tendrás una linterna… —sin luz, nunca encontrarían la salida del laberinto.

—¿Qué? Ah, lo siento, pero habría arruinado lo bien que me queda el traje —por supuesto, no tenía linterna. Nadie va a una cena con una linterna en el bolsillo—. Puesto que me has dicho que los jardineros no trabajan de noche, supongo que las luces se desactivan con un temporizador. Así que gritar no nos servirá de nada… nadie nos oirá —dijo Jake. Por la voz, Clarissa descubrió que se había movido hacia la puerta del cenador.

—Alguien nos echará de menos. Gustine y Marie sabían que

veníamos a los jardines —por mucho que se esforzara, solo podía ver la luz de las estrellas en el cielo. Ni siquiera veía dónde empezaba el camino de regreso.

—¿Y cuándo crees que nos echarán de menos? ¿Cuándo descubran que no he asistido a la reunión de las nueve con mi abuelo?

—¡Se hará de día antes de las nueve! No es que crea que vamos a pasar aquí la noche. Pensaba que se darán cuenta de que no has ido a acostarte. Tu ayuda de cámara se alarmará y dará aviso.

—Buena idea, solo que le he dicho muy claramente que no necesitaba sus servicios. Así que olvídate de esa posibilidad. ¿Ibas a quedarte a dormir en el palacio? ¿Gustine y Marie te echarán de menos antes del amanecer?

—Es posible que no. Pensaba regresar a mi casa —se alejó de la pared, tratando de recordar dónde estaban los bancos—. ¡Qué desastre! Nadie nos echará de menos hasta dentro de mucho.

—Oh, no pasa nada. Estoy seguro de que encontraremos algo que hacer para pasar la noche.

El tono sugerente de su voz hizo que a Clarissa se le acelerara el corazón. Comenzó a imaginarse diferentes maneras de pasar la noche con Jake. ¡Y la mayoría incluían otro beso!

Se chocó con uno de los bancos por casualidad. Se frotó la espinilla y se sentó. Trató de borrar la imagen que invadía su cabeza y en la que los dos aparecían besándose de manera apasionada. Ni siquiera estaba segura de que quisiera un segundo beso. Él no era para ella, y a ella no le gustaban los devaneos esporádicos.

Con lo sexy que era él, Clarissa desearía una relación seria. Y temía que Jake no pudiera ofrecérsela. Tampoco es que ella quisiera empezar una relación con un hombre. Había pasado poco tiempo desde la muerte de Philippe.

—Creo que nos ha cambiado el humor —dijo ella, tratando de evitar una discusión, o que él la retomara donde la habían dejado. Su corazón todavía no se había estabilizado.

—¿Así que estabas de humor? —preguntó él con voz sexy.

—Solo pagué mi deuda —contestó ella. Se negaba a examinar lo que había sentido con sus besos. Y desde luego, no pensaba discutirlo con Jake White. ¡Ya no se besarían más!—. ¿No tienes un teléfono móvil?

—Lo dejé en mi habitación. ¿Y tú?

—Está en mi bolso. En la habitación donde me cambié de ropa —Clarissa quería gritar de frustración—. Estupendo, vamos a estar aquí toda la noche. Nos congelaremos y, además, por la mañana, el escándalo se esparcirá con rapidez.

—¿Escándalo?

—¿No crees que la gente encontrará extraño que haya pasado la noche contigo, cuando acabas de llegar? No sé tu reputación, pero ¡la mía quedará arruinada!

—Pasar la noche es un poco exagerado, ¿no crees? No es como si estuviéramos en un dormitorio con la puerta cerrada.

—Como si lo fuera —murmuró ella. Tenía que haber una manera de salir del laberinto. ¿Podrían encontrar las marcas que había hecho Jake? ¿Cómo? ¿Gateando por los caminos? Dudaba de que pudieran conseguirlo.

—Si ese fuera el caso, la tía Gustine estaría encantada. Ya tiene un concepto malísimo de mí.

Clarissa soltó una carcajada. No parecía que a Jake le importara nada la opinión de su tía. Se le ocurrió que, si tenía que estar atrapada, se alegraba de que fuera con Jake.

De pronto, se puso seria. No se alegraba de estar con Jake. Debería echar de menos a Philippe, y no disfrutar de la compañía de su primo.

—¿Dónde estás? —preguntó él.

—Si tenemos que pasar toda la noche aquí, no quiero estar todo el rato de pie. He encontrado uno de los bancos —se frotó los brazos para calentarse.

«No tenía frío entre los brazos de Jake», pensó Clarissa. Pero enseguida intentó pensar en otra cosa.

Oyó que Jake se acercaba. En menos de un segundo él estaba sentado junto a ella. Clarissa se movió hacia el extremo del banco, y deseó que fuera más largo. Había más de un banco en el cenador, ¿no podía haberse sentado en otro?

—¿Tienes frío? —preguntó él al ver que ella se frotaba los brazos.

—Estoy bien —con Jake a su lado era como estar junto a una estufa. Se hubiera alejado más de él, pero habría terminado en el suelo. Se abrazó a sí misma y pensó en lo calentita que estaría si se

arrimaba más a él.

Necesitaba distraerse con algo.

—Cuéntame tus primeras impresiones acerca de Manque. ¿Has reconocido algo?

—Nunca había estado aquí, ¿cómo iba a reconocerlo?

—No lo sé, quizá has notado alguna atracción familiar hacia esta parte del mundo. Una sensación de pertenencia.

Jake dudó un instante y se encogió de hombros.

—Puede… cuando recorrí el pasillo donde están colgados los retratos de la familia. Todos los hombres tienen cierto parecido, como si fueran rasgos que pasaran de una generación a otra. No los he observado bien. ¿Hay retratos de Philippe y Michael?

—No en el pasillo que tú has visto. Ese pasillo es el de los jefes de Estado y sus esposas. El retrato de tu abuelo está allí… es de cuando era mucho más joven y acababa de convertirse en rey. Y el de tu abuela. Ella fue reina durante veinte años antes de su muerte. A Michael le habrían hecho el retrato oficial si hubiera llegado a rey. Pero hay más retratos suyos y de su familia, por si quieres verlos.

—¿Un acto oficial de mi guía?

—Si quieres. ¿Qué más te ha llamado la atención hoy? —si conseguía que él siguiera hablando tendría menos posibilidades de que la besara.

—Veamos… está claro que el rey no me quiere aquí. Al menos intenta ser cortés cuando estoy en la misma habitación que él. Gustine me odia. Marie es muy callada. El palacio es mucho más opulento de lo que esperaba. La capital parece una ciudad viva y próspera. ¿Tiene vida nocturna que merezca la pena?

—Hay algunos clubes y cabarets… suficientes como para poder elegir —dijo ella.

—Mañana puedes hacerme un tour. A lo mejor también me puedes llevar al pueblo donde hacen los jabones.

—Tienes que reunirte con el rey.

—No me llevará mucho tiempo, créeme. Podemos comer en algún sitio. Seguro que hacemos mejor la digestión que si comemos con la tía Gustine.

—Es posible que la reunión te lleve todo el día, durante varios días. Hay muchas cosas del pasado que debes aprender. Y nuestras costumbres y tradiciones.

—Clarissa, antes no me has escuchado. No voy a quedarme aquí. Mañana, el rey se enterará también. Si me echa del palacio, encontraré un hotel donde alojarme hasta que decida marcharme.

Ella no contestó. Él nunca había sugerido la posibilidad de quedarse en Marique, así que no debía sorprenderse por su comentario. Pero, de algún modo, había pensado que cambiaría de opinión cuando llegara a Marique y conociera a su abuelo.

Se preguntaba qué pensaba el rey de su nieto, en realidad. ¿Cómo se lo tomaría cuando Jake regresaran Estados Unidos?

¿Cómo se sentiría ella?

—Toma —Jake se quitó la chaqueta y se la puso a Clarissa sobre los hombros. Ella trató de absorber su calor.

—¿No vas a tener frío?

—No. Cuéntame más cosas sobre Marique.

Clarissa trató de presentarle el país como un sitio estupendo, confiando en que le llamaría la atención y se quedaría más tiempo. Sabía que si él llegaba a conocer el país, le encantaría. Y el pueblo se beneficiaría de un heredero de la misma sangre. No sabía qué podía pasar si él rechazaba la corona. ¿Cuál era el orden de sucesión si un descendiente del rey se negaba a ser el heredero?

Al inhalar el aroma del cuerpo de Jake, recordó el beso que habían compartido. Tenía que ignorar la atracción que sentía por él y concentrarse en lo que estaba contándole. Le había hablado de lo maravillosos que eran los veranos, de los inviernos nevados, y de cómo iba creciendo el turismo. Se preguntaba si conseguiría borrar su aroma. ¿Seguiría oliendo a él cuando llegara a su casa?

Después, le preguntó sobre su empresa constructora, y él le contó cómo había comenzado, junto a sus socios, a construir casas de lujo para millonarios. Clarissa estaba fascinada por el hecho de que Jake hubiera construido casas para actores de cine, presidentes de grandes compañías, y grandes magnates del mundo informático que se compraban casas en ruinas, pero muy bien situadas, y las reconstruían con mucha opulencia.

De pronto, se encendieron las luces.

Clarissa pestañeó y miró el reloj. Eran casi las dos de la madrugada.

—¿Qué diablos está pasando?

—No sé, pero si crees que estarán encendidas unos diez minutos,

arriesguémonos y tratemos de salir de aquí —Jake se puso en pie y le tendió la mano.

Salieron del cenador y se apresuraron a seguir las marcas que Jake había dejado en los caminos. Consiguieron salir del laberinto enseguida.

Jerome los esperaba en la entrada.

—Ah, está aquí Señor. Me preocupé al ver que no se había retirado a su habitación. Imaginé que había quedado atrapado en los jardines cuando se apagaron las luces.

—Retiro todo lo que le dije antes, Jerome. Tendrá trabajo mientras yo esté aquí. ¿Podemos llevar a la señorita Dubonette a su casa sin que se entere todo el mundo?

—Por supuesto, señor. Si me acompañan, me he tomado la libertad de pedir un coche para la señorita Dubonette.

Ambos siguieron a Jerome hasta una carretera de servicio donde los esperaba una limusina.

—Las cosas de la señorita Dubonette están en el coche —dijo Jerome, mientras el chófer abría la puerta trasera.

—Te veré mañana a la hora de comer —dijo Jake cuando ella se disponía a entrar en el coche—. Si me explican cómo llegar a tu casa, te recogeré hacia el mediodía.

Ella se quitó la chaqueta y se la devolvió.

—Estoy segura de que podrás encontrar el camino. Pero creo que estarás muy ocupado. Tienes que darle una oportunidad a tu abuelo.

—¿Como la que él nos dio a mi madre y a mí?

Clarissa se metió en el coche sin decir palabra. No había nada que pudiera decir para calmar el dolor que sentía Jake. Antes de que el chófer cerrara la puerta, Jake se asomó al interior del vehículo.

—Mañana comeremos juntos. Empezarás a hacer de guía para mí. Piensa en qué es lo que hay que visitar en la ciudad, y quizá podamos ir al lugar donde fabrican jabones, o a cualquier sitio que creas que merece la pena —se enderezó, asintió al chófer y se volvió para, regresar caminando al palacio.

Clarissa se apoyó en el respaldo del asiento. La siesta que había dormido no le había servido para aclarar sus ideas. El jet lag causaba estragos en sus sentidos, y por si fuera poco, además tenía el recuerdo de lo que había sentido al besar a Jake.

Cerró los ojos, y los abrió de golpe cuando la imagen de Jake

apareció en su cabeza. El beso que habían compartido había sido el más apasionado y abrasador que le habían dado nunca.

Frunció el ceño y trató de pensar en otra cosa. Solo una idiota pensaría en tener otra relación. Ella había estado comprometida, había perdido al hombre que amaba, y se negaba a exponerse ante el peligro que suponía enamorarse de nuevo. Sobre todo con un hombre que no pensaba quedarse.

Trató de pensar en todo lo que no le gustaba de Jake… era arrogante, e irreverente con respecto a su país y al rey, excesivamente desenvuelto, y decidido a hacer las cosas a su manera. Ella se temía que su manera no tenía nada que ver con hacer el bien a Marique.

Pero el aroma remanente del cuerpo de Jake la invadió de nuevo y Clarissa sintió que se le paraba el corazón. Puede que no le gustara él, pero desde luego, lo encontraba interesante.

Debía tener cuidado. Solo lo conocía desde hacía unos días y no sabía mucho de él. Le había dicho que no estaba interesado en el matrimonio. Entonces, si no tenía intenciones honradas, ¿cuáles eran sus intenciones?

Al mediodía del día siguiente, una limusina se detuvo frente a la casa de Clarissa. Ella llevaba un rato mirando por la ventana, sumida en sus pensamientos y esperando a que Jake la llamara para cancelar su cita. Ella sabía que el rey tendría una larga lista de temas que quería cubrir con Jake, y que la reunión de aquel día solo sería la primera de muchas.

De todos modos, cuando vio detenerse al vehículo no se sorprendió del todo. Aunque lo conocía desde hacía poco, ya se había dado cuenta de que era un hombre formal.

Se dirigió a la puerta y la abrió justo cuando llegaba Jake. Iba vestido con un pantalón color caqui y un polo azul oscuro. Los ojos ocultos tras unas gafas de aviador.

—¿Estás preparada? —preguntó él sin saludo previo. Por su tono de voz, ella sospechó que la mañana no le había ido del todo bien.

—¿Cómo te has conseguido escapar? —preguntó ella.

—¿Tienes coche?

—Sí.

—Iremos en él, en lugar de en la limusina —se volvió y despidió al chófer con la mano. El hombre dudó un instante, pero al final hizo una reverencia y se subió al coche para marcharse.

Al cabo de diez minutos, Clarissa estaba sentada en el asiento del copiloto de su propio coche, con Jake a su lado, conduciendo hacia las afueras de la ciudad. Iban por la carretera que llevaba a Chamblier y a la zona de Ambere Soap, algunos de los sitios más pintorescos de Marique.

Cuando ella se quejó porque condujera él, Jake le contestó que se conocería mejor la zona si iba conduciendo. Ella sospechaba que, de todos modos, habría conducido él con cualquier otra excusa.

A pesar de las promesas que se había hecho la noche anterior, ella no podía evitar fijarse en él. Abrió el bolso y sacó unas gafas de sol para poder mirarlo de reojo.

Tenía el cabello espeso, oscuro y un poco largo. Anchas espaldas que apenas cabían en el respaldo del asiento, y unas piernas largas que lo obligaban a echar el asiento muy atrás.

Volvió a fijarse en su rostro. Tenía una mandíbula prominente, quizá signo de su cabezonería, y a Clarissa le recordaba al rey. Sus pómulos bronceados le daban un aire de gran masculinidad. Ella había visto fotos de su padre y lo encontraba muy parecido a él. Sus labios…

Él la miró… o al menos, eso creía ella porque con las gafas que llevaba era difícil de saber.

—¿Qué?

—Me preguntaba cómo has conseguido escaparte de tu abuelo —murmuró ella.

Jake sonrió con ironía.

—Nos vimos a las nueve, tal y como quedamos. Lo primero que me dijo fue que había contratado a un tutor para que me refinara como a un príncipe.

Clarissa contuvo el aliento. Podía imaginarse la respuesta que le había dado Jake. Frunciendo el ceño, miró a otro lado. Quizá el rey debería ir más despacio. Ella no debía cuestionar al monarca, pero Jake no era un hombre que aceptara órdenes con facilidad.

No como Philippe. Ella frunció el ceño. Philippe asentía y aceptaba todo lo que le decían, aunque después salía y hacía lo que quería. Al menos, Jake era más honesto en ese tipo de cosas.

Durante un momento, esa idea le pareció desleal hacia Philippe.

—Le he dicho que no necesito que me refine nadie. Que no pienso quedarme, que la política me aburre y que no tengo intención de gobernar el país.

—Eso ha debido de sentarle muy mal —murmuró ella. No podía imaginarse a nadie negándose ante una petición del rey.

—Tiene el carácter de los White. Mi madre me contó que mi padre se enfadaba a veces… y se ponía hecho una furia.

—LeBlanc.

—¿Qué?

—Es la familia LeBlanc. White es la traducción americana.

—Lo sé. Mi madre se cambió el nombre cuando le negaron cualquier contacto con la familia de mi padre. Una venganza ridícula por su parte. No importa. ¿Y para qué se molesta a estas alturas?

—Eres el heredero al trono.

Jake se quedó en silencio durante largo rato.

—¿Así que la dinastía y el protocolo significan más que su opinión personal acerca de su hijo pequeño y su familia?

Ella se aclaró la garganta. Aquello era una bomba a punto de explotar. ¿Y por qué se metía Clarissa? Ella ya había cumplido su misión llevando a Jake a Marique. La noche anterior había llegado demasiado lejos. Debería haberle dicho que no cuando él le pidió quedar con ella al día siguiente.

¿Y por qué intentaba suavizar las cosas?

—Es muy importante tenerte aquí, no solo para el país, sino también para el pueblo.

—¿Cómo de importante?

—¿Qué quieres decir?

—Nada, solo estaba pensando.

—¿Y en qué estás pensando?

Él sonrió.

—En la realeza, ¿en qué más podía pensar? —Clarissa lo miró desconfiada—. Háblame de las montañas que veo en la distancia —le preguntó Jake.

Jake escuchó las explicaciones de Clarissa a la vez que pensaba en cómo vencer cada movimiento del rey. Quería que pensara que todo marchaba según sus planes, y después mostrarle lo que se sentía cuando a uno lo abandonaban. Dejarlo colgado igual que él

había dejado colgado a su madre. Pero discutir con él la primera mañana, echar su estrategia por los suelos, no era su forma de actuar.

Necesitaba mantener la cabeza clara y crear un clima de confianza para después, desmontarlo todo. A lo mejor, cuando él se marchara el rey se daría cuenta de cómo le había dolido a su madre que él la rechazara. Y no solo a su madre, sino a Jake también.

Quizá, cuando descubriera lo que Jake sentía, tendría más respeto por él y por todo lo que le había hecho a su madre todos esos años atrás.

No era que la venganza pudiera cambiar el pasado o resarcir a su madre. No había nada que pudiera arreglar eso.

La rabia estaba a punto de aflorar de nuevo. Jake deseaba conocer la manera de que el anciano pagara por el daño que había causado. Su madre nunca había pedido demasiado. Un poco de amabilidad, años atrás, podría haber aliviado mucho dolor.

La venganza cada vez sonaba mejor.

La voz de Clarissa penetró en sus pensamientos. El tono de su voz le parecía seductor. La manera en que lo miraba con disimulo lo intrigaba. ¿Estaba coqueteando con él?

La idea lo sobresaltó. No estaba seguro de estar interpretándola correctamente. ¿O era solo otro encargo del rey? Si no podía comprarlo con dinero, ¿qué tal con sexo?

Jake la miró, y ella se apresuró y volvió la cabeza para mirar por la ventana. Él estuvo a punto de sonreír. Ella parecía interesada, pero ¿sería todo una treta? ¿Cómo podría descubrirlo?

«Síguele el juego», le dijo una voz interior.

El beso de la noche anterior había sido inesperado. Emocionante y demasiado corto. A Jake no le importaba tratar de conocerla mejor. Empezando con otro beso.

—¿Hay algún lugar para comer por aquí? —preguntó él.

—Hay un café en el próximo pueblo, La Rouchere, que está bien. Hace buen tiempo como para comer fuera.

Veinte minutos más tarde estaban sentados a una pequeña mesa, a la sombra. La calle lateral de La Rouchere tenía más tráfico y gente de lo que Jake esperaba. Cuando él hizo un comentario al respecto, Clarissa asintió.

—Es día de mercado. Hay un mercado al aire libre en la siguiente

calle. Cierran el paso a los coches y los vendedores montan allí sus puestos. Así que ahora el tráfico de las dos calles se junta solo en esta. ¿Quieres visitar el mercado cuando terminemos de comer?

—Puede.

—Clarissa, ¡hola! No esperaba encontrarte aquí —una mujer alta, vestida de negro, se acercó a ellos y besó a Clarissa en la mejilla—. Lo último que supe de ti es que te habías marchado a Estados Unidos para convencer al príncipe heredero de que regresara a Marique.

Jake se apoyó en el respaldo de la silla, divertido al ver la cara de confusión que tenía Clarissa. ¿Estaría ella desempeñando una misión para el rey? ¿Tendría una misión encubierta? Si era así, él estaba interesado en ver adonde llegaba esa locura.

—Sí, fui a Estados Unidos. Ya he regresado. Jeannette, permíteme que te presente a Su Alteza, el príncipe Jean-Antoine.

Maldición. Él no esperaba eso. Se puso en pie y le tendió la mano a Jeannette. Cuando ella le entregó la suya, él se la llevó a los labios y dijo:

—*Enchanté, mademoiselle.*

—Ahhh —Jeannette retiró la mano y miró a Jake con asombro, y después a Clarissa con nerviosismo—. Yo… No esperaba que… Quiero decir… ¿éste es?

Clarissa asintió.

—Estoy enseñándole algunas zonas de Marique. Llegamos ayer mismo.

—Es un gran honor, Alteza. Oh, perdóneme, no quería interrumpir. Ha sido tan inesperado encontrarme con Clarissa aquí. Y con un hombre. Vaya, no quería decir eso. Es decir… Ah, quizá sea mejor que me vaya. Un honor, Alteza —hizo una reverencia y se marchó tambaleándose por la terraza del café.

Jake miró a Clarissa.

—¿Hay algún motivo por el que me hayas presentado así?

—¿Cómo? Eres el príncipe.

—No lo soy.

Ella asintió.

—Oh, sí. Puede que te niegues a aceptar el título, pero es lo mismo. Negarlo no cambia el hecho.

—¿Así que intentas manipular las consecuencias? Poniéndome el título delante de las narices.

—No dijiste nada de que querías ir de incógnito. Estamos aquí porque tú querías venir. Estoy haciéndolo lo mejor que puedo; si no te gusta, consíguete a otra guía.

Jake no conseguía descubrir cuál era su jugada, pero estaba dispuesto a seguir intentándolo.

—Hablar así puede considerarse traición.

El camarero se acercó e hizo una reverencia. Era evidente que estaba sorprendido y halagado de tener al príncipe de la corona en su establecimiento.

Tardó cinco minutos en tomarles nota. Cuando el hombre se alejaba, Jake se dirigió de nuevo a Clarissa.

—Nos has metido en otro buen lío, Stanley.

—¿Qué?

—Es una cita de una película antigua. A mi madre le encantaban las películas antiguas. Dime, ¿todo esto te gusta? ¿Todo eso del bombo y platillo, las reverencias y el cotilleo?

—Él no ha hecho nada de eso. Y la realeza tiene derecho a un poco de bombo y platillo.

—¿Te gusta? —insistió él. Quizá ese era el motivo, a ella le gustaba todo lo que conllevaba estar con un príncipe.

—No especialmente.

—¿Pero?

—No hay «pero» que valga. Estoy más cómoda sin todas esas cosas. Pero tuve que acostumbrarme a ellas con Philippe.

—No me lo cuentes… a él le encantaba.

Ella se encogió de hombros.

—No creo que ni siquiera pensara en ello. Lo tuvo desde que nació.

—Mientras que yo no. Dilo, yo me crié en Estados Unidos, donde ni siquiera existe la realeza. Me hace sentir muy incómodo.

—Hay cierto grado de protocolo…

Jake arqueó una ceja.

—A partir de ahora, cuando me enseñes el resto del país, iremos de incógnito. No le digas a nadie quién soy.

Ella se mordió el labio y lo miró durante largo rato.

Jake pensaba que había dejado clara su postura, pero ella lo sorprendió.

—Es cuestión de tiempo, y me refiero a poco tiempo, antes de

que tu foto esté en todos sitios. Te conocerá todo el país. Y allá adonde vayas te reconocerán.

Él iba a decirle que hiciera todo lo posible por mantener en secreto su identidad, pero recapacitó. Cuando se marchara del país, la humillación sería mayor si todo el mundo se hubiera enterado de su visita. Jake sonrió al imaginar la vergüenza que pasaría su familia cuando todo el mundo se enterara de que el había rechazado todo, incluido su abuelo.

Clarissa lo miró. Él todavía no había averiguado cuál era su papel en todo aquello. Pero ella todavía podía ayudarlo.

—Saldrá en los periódicos, supongo.

Ella asintió.

—Y la recepción que Su Majestad el Rey mencionó anoche. Esa noche conocerás a todos los oficiales que no hayas conocido hasta entonces. Ese acto te presentara a todo el país de manera oficial.

—¿Una presentación en sociedad?

—Más o menos. Te la habrían hecho a los dieciocho años si…

—Si mi abuelo me hubiera reconocido antes de verse obligado a hacerlo.

El camarero se acercó con las bebidas y las ensaladas. Una vez más, le dijo a Jake lo contento que estaba de tenerlo allí. Jake sonrió y felicitó al hombre por el local, la variedad de los menús y el hecho de que él y su acompañante pudieran comer en paz.

—Lo has hecho muy bien —dijo Clarissa cuando el camarero retiró las mesas que estaban servidas alrededor de la de ellos.

—Mis deseos son órdenes, ¿recuerdas?

—Sí, Alteza.

Él comenzó a comer.

—¿Hasta dónde llega todo esto de las órdenes y los deseos?

—¿Qué quieres decir?

—Si te digo, Clarissa, bésame como me besaste anoche, ¿lo harás?

Capítulo Seis

Clarissa tenía las mejillas coloradas. De no ser porque él sabía muchas cosas, habría pensado que ella era tímida y estaba avergonzada por lo que le había dicho. Pero durante todo el tiempo que había estado comprometida, Clarissa había estado expuesta a los ojos públicos. Su cinismo no le dejaba creer que ella estaba avergonzada. Por eso, se cuestionaba el porqué del color de sus mejillas.

—¿Y?

—No. No llega tan lejos —dijo muy seria.

—Qué lástima.

Pero curiosamente, no le daba lástima. Por algún motivo, a Jake lo complacía saber que Clarissa tenía límites. Por mucho que deseara más besos, era bueno saber que ella tenía criterio y voz propia.

Cuando terminaron de comer, él sugirió que dieran un paseo por el mercado. Nada más doblar la esquina, la calle estaba llena de gente. Los puestos estaban cubiertos con toldos de colores. Jake vio todo tipo de cosas a la venta, frutas y verduras frescas, cordero preparado para asar, ropa de todas las tallas, objetos de madera, pañuelos de colores y *souvenirs* de todo tipo para atraer a los turistas.

En un momento dado, donde el mercado se dividía en cuatro calles, Jake notó un cambio en el recibimiento que les daban los vendedores. Todos sonreían, pero además le hacían una reverencia al pasar. Y ninguno de ellos lo presionaba para que les comprara sus productos.

—¿Es que tu amiga Jeannette ha corrido la voz? —preguntó él.

—Alguien lo sabía —confirmó Clarissa—. ¿Es tan malo?

Él miró a su alrededor. Al menos había conseguido captar el ambiente del lugar antes de que la gente comenzara a tratarlo de forma diferente. El mercado era un lugar que a muchos estadounidenses les gustaría visitar.

Jake ya había decidido que le sugeriría a su amigo Hugh Cartier la posibilidad de construir un centro vacacional de lujo en Marique. Ya tenía algo más para sugerirle. Excursiones diurnas a La Rouchere para que los turistas experimentaran el verdadero sabor del país.

Se prometió que lo recordaría y se volvió para hablar con el

vendedor más cercano. Era el momento de poner en práctica el plan.

Al final de la tarde, Clarissa estaba agotada. Estaba convencida de que Jake había hablado con todas las personas que estaban en el mercado de La Rouchere. Les había hecho preguntas, había felicitado a algunos vendedores, e incluso les había sugerido algunas maneras de mejorar la estructura del puesto. Por un momento, Clarissa estuvo preocupada por si Jake sacaba un martillo y se ponía manos a la obra.

Todavía no estaba segura de qué había pasado, ni por qué, pero él había cautivado a todas las personas que estaban allí.

Era una pena que no pudiera contagiar parte de ese encanto a Gustine o al rey.

Cuando regresaron al coche, él se detuvo en un cruce y observó los edificios, y la vista de las montañas desde uno de los callejones.

—Es un pueblo bonito, ¿no crees? —preguntó ella.

—Arquitectura clásica europea. Muy atrayente —él la ayudó a subir al coche y después se sentó al volante—. ¿Es demasiado tarde para ir al sitio del jabón?

—Sí. Tardaríamos unos veinte minutos en llegar. Ya te dije que era una industria rural, y que las mujeres trabajan en casa. A estas horas estarán preparando la cena.

—Entonces, iremos otro día.

—Tus deseos…

—Mucho hablar y poco actuar.

—¿Perdona?

Él le acarició la mejilla con el dorso de la mano.

—¿Un beso?

Clarissa se mordió el labio inferior y, despacio, negó con la cabeza. Sabía que él estaba bromeando, pero le resultaba difícil resistirse. De repente, le dio la sensación de que el coche era cada vez más pequeño. Empezó a respirar más rápido. ¿Por qué jugaba con ella? Había conseguido confundirla. Tan pronto prometía que no tenía nada que ver con Marique, y al minuto se esforzaba para hablar con la gente y causarles una buena impresión, de manera mucho más exagerada de lo que en su día había hecho Philippe.

Cuando arrancó el motor, ella miró por la ventana. Debía dejar

de comparar a los dos hombres. Tenían muy poco en común. No era justo compararlos. Philippe se había criado entre la realeza, y esperaba que los ciudadanos lo trataran de cierta manera. Jake había sido criado de otra manera. Era más duro, y tenía más carácter.

Era un hombre que respetaba a aquellos que trabajaban para ganarse la vida.

Era algo que a ella la sorprendía. Y que la hacía sentirse incómoda cuando trataba de aplicárselo a Philippe. No era de extrañar que Jake hubiera preguntado un par de veces a qué se dedicaba su primo. No podía imaginarse que alguien no trabajara.

—Tendrás que darme indicaciones desde aquí —su comentario la hizo volver a la realidad. Levantó la vista y se dio cuenta de que ya estaban a las afueras de la ciudad.

Ella le explicó cómo ir hasta su casa. Estaba encantada de que la tarde hubiera llegado a su fin. Había habido mucha tensión. Pero al mismo tiempo no quería despedirse de él. ¿Sería su último día como guía? ¿O Jake la llamaría para solicitar sus servicios otra vez?

Se metió en el camino de la casa de Clarissa y paró el motor.

—Puedes utilizar el teléfono de dentro para llamar al palacio y que te vengan a recoger —dijo ella, mientras él le abría la puerta. Debía haberlo llevado primero y luego haberse ido a casa.

—No hace falta. Haré un poco de ejercicio y regresaré caminando. Así veré un poco más de la ciudad.

—¿Andando? ¡Son varias millas!

—Hay suficiente luz —sonrió Jake—. Además, aunque se ponga el sol, imagino que las calles estarán iluminadas. No será como estar en el laberinto a medianoche.

—No conoces el camino.

—Señálame la dirección adecuada. Siempre puedo pararme y preguntarle a alguien si me desoriento.

Clarissa dudó un instante. No le parecía bien. Aunque Jake era un hombre adulto. Y si quería ir caminando, era su decisión. Le dio unas breves indicaciones y lo observó marcharse. Todavía tenía ese modo de andar que le había llamado la atención el primer día que lo vio en la obra.

Al entrar en su apartamento, se sorprendió al ver el silencio que había. Estaba vacío. Como su vida había estado vacía en los últimos tiempos.

Excepto ese día. Se había sentido más viva ese día que en muchos meses. Y todo por un hombre irritante que estaba decidido a negar su patrimonio.

Durante los dos días siguientes, Jake se contuvo para no llamar a Clarissa. Si estaba equivocado, y en realidad ella solo estaba ofreciéndole su ayuda, por dos días no pasaría nada. Pero, si tal y como él sospechaba, el rey la estaba utilizando para conseguir que él se quedara, esperaba que ella apareciera de nuevo cualquier día. Dos días era un periodo de separación muy largo si se suponía que ella tenía que conseguir algo.

Pasó el tiempo tratando de aprender más sobre su familia. Haciéndole preguntas discretas a Jerome consiguió información sobre su tío y su familia. El ayuda de cámara era más reservado con respecto al rey, pero le dio a Jake suficientes datos como para que se formara la opinión de que era un hombre cabezota que había estado convencido de que había hecho lo correcto al repudiar a su hijo pequeño.

Guardando para sí sus pensamientos, Jake asistió a algunas de las reuniones que el rey le había preparado para el lunes por la mañana. Escuchó hablar sobre la situación económica del país, y las diversas opiniones de los ministros del rey sobre el futuro de Manque. Cuando empezaron a alzar la voz, prestó más atención. Tenía la teoría de que cuando se calentaban los ánimos era cuando se revelaban las verdades ocultas.

Tuvo que poner fin a los intentos del rey de pulir sus modales. Su madre había hecho su trabajo y Jake no necesitaba que nadie lo educara bajo petición del rey. Aunque sí que escuchó a Jerome cuando le explicó los protocolos a seguir durante las recepciones formales. Le parecían un montón de rituales que, en el siglo XXI, no significaban nada. ¿Habría visto las cosas de otra manera si se hubiera criado en Marique?

La tercera mañana desde que había visto a Clarissa por última vez, Jake desayunó en la terraza de su suite. Las comidas con su tía Gustine le parecían muy aburridas, así que solo, comía con la familia cuando era imprescindible. El resto del tiempo, lo dejaban tranquilo, algo que a Jake le parecía perfecto.

Jerome apareció en el balcón.

—Señor, su prima Marie está aquí y desea hablar con usted.

—Hágala salir. Y traiga café para ella.

Marie se detuvo junto a la puerta y miró a su alrededor con curiosidad. Sonrió a Jake con timidez y salió a la terraza.

—Siento molestarte a la hora del desayuno.

—No me molestas. Ven y siéntate.

Ella se acercó y se sentó en el borde de una silla. Parecía que fuera a escapar a la más mínima provocación.

Jerome apareció momentos más tarde cargado con una bandeja con una cafetera de plata y un juego de café de porcelana. La dejó sobre la mesa y le sirvió una taza a Marie.

Jake le ofreció un cruasán, pero ella lo rechazó.

—Hace un día bonito —dijo ella, y bebió un sorbo de café.

—Ha hecho un tiempo precioso desde que llegué. Supongo que en invierno será diferente.

Ella asintió.

Se hizo un silencio. Jake se terminó el café y se apoyó en el respaldo de la silla, mirando a su prima. Llevaban casi una semana en el mismo palacio y apenas sabía nada de ella. Marie apenas hablaba durante las cenas, y él no la había visto en ningún otro momento.

—¿Hay algo que pueda hacer por ti? —preguntó él para romper el silencio.

Ella negó con nerviosismo.

—No. ¿Debo irme? En realidad he venido a visitarte. Solo que no se me ocurre cómo iniciar una conversación sin parecer una auténtica cotilla.

—Cotillea. Si me preguntas algo que no quiero contestar, te lo diré.

—Oh. Muy bien. Cuéntame cosas sobre la vida en Estados Unidos. Siempre he deseado visitar ese país.

—Pues ve.

—Oh, no puedo.

—¿Por qué no? Tengo entendido que tu hermano viajaba mucho.

—Así es, pero él era un hombre. Para mí no sería apropiado viajar sin todo el séquito, y esa no es la manera en que quiero visitar Norteamérica.

—¿Cómo te gustaría visitar ese país?

Marie suspiró.

—Ir y hacer las cosas que hace una persona normal. Quizá, incluso conducir mi propio coche. Comer cuando y donde me apetezca. Probar la comida rápida, las hamburguesas y las pizzas. Ir a Disneyland.

Marie lo sorprendía. A medida que continuaban la conversación, Jake aprendía más sobre la vida restrictiva que había llevado su prima. Un gran contraste con los grandes viajes que había realizado su hermano. Jake le contó cosas sobre Los Angeles, y ella escuchó con atención. Algunos de sus comentarios hicieron reír a Jake… que veía todo de manera diferente a ella.

Un poco más tarde Jerome apareció de nuevo en la puerta de la terraza.

—Señor, el rey lo ha convocado para otra reunión.

—Ahora mismo voy.

—Oh, he estado demasiado tiempo —dijo Marie y se puso en pie.

Jake también se levantó.

—Vuelve mañana. Podemos desayunar juntos. Te contaré más cosas sobre California.

—Sería maravilloso. ¿No te molestaré?

—No —Jake no había desayunado con alguien desde hacía mucho tiempo. Quizá disfrutar de la novedad. Encontraba a su prima pequeña muy agradable. Y por lo que parecía, ella no hablaba con él con segundas intenciones. Solo era una joven mujer que deseaba conocer a su primo.

Al menos le caía bien a un miembro de su familia. Y a él le caía bien ella.

Mientras lo acompañaban a la sala de reuniones, Jake se percató de que empezaba a conocer bien el palacio. Sabía que la próxima vez no necesitaría un guía para encontrar el camino.

¿O era que no confiaban en él como para que recorriera el palacio solo?

Al entrar en la sala de reuniones se sorprendió al ver que solo estaba Clarissa Dubonette sentada junto al rey.

«Así que el juego continua», pensó él. Saludó inclinando la cabeza. ¿Cuál sería el siguiente paso entre el rey, Clarissa y él?

Ella sonrió con inquietud, como si se sintiera culpable por algo.

—Pasa, pasa —dijo el rey.

Jake se acercó a la mesa de caoba y se sentó frente a Clarissa. «Interesante», pensó. Él no la había llamado y, sin embargo, allí estaba otra vez. No era mera coincidencia. El rey y ella tramaban algo.

—Buenos días, Alteza —dijo ella.

Él miró al rey. Sin duda, tanta formalidad se debía a su presencia.

—Le he pedido a Clarissa que nos acompañe esta mañana. No parece que tu tía y tú os llevéis tan bien como yo esperaba —Jake tenía dificultad para mantener neutral la expresión de su rostro. ¿De verdad que su abuelo esperaba que se llevara bien con su tía? Ese hombre vivía en un mundo de fantasía—. Es tu culpa, por supuesto —dijo él rey mirándolo a los ojos.

—Por supuesto —murmuró Jake.

Al ver que no decía nada más, el rey miró a Clarissa.

—Le he pedido a Clarissa que te ayude en todo lo que necesites para amueblar tu residencia. Philippe y ella pensaban casarse, y habían empezado a amueblar sus aposentos en el palacio. Ella es prácticamente un miembro de la familia. Podrá ayudarte con los muebles, los decoradores, o lo que haga falta. Te he alojado en el ala oeste. Así tendrás la intimidad que parece deseas tener.

—En otras palabras, lo más lejos posible de los otros —dijo Jake.

—Son las habitaciones que utilizaba Joseph antes de marcharse a Estados Unidos.

Jake se quedó asombrado. ¿Las habitaciones de su padre? Nunca hubiera pensado que el rey fuera tan sentimental.

Miró a Clarissa. Ella tenía los ojos clavados en él. Casi se podía apostar que estaba muy enfadada. ¿Con él? ¿Con el rey? ¿Con el cometido que le habían encargado?

—No hay prisa. Los cuartos que tengo ahora están bien —dijo Jake. No iba a estar allí el tiempo suficiente como para amueblar una residencia. ¿Qué necesidad había de gastar el dinero y la energía?

—Esas son las habitaciones de invitados. Mientras te alojes allí, será como si estuvieras de visita.

—Estoy de visita —dijo Jake.

—Tonterías. Ésta es tu casa. Necesitas asentarte. Tendrás mucho

que hacer en los próximos meses —el rey se levantó y se dirigió a Clarissa—. Cuento contigo, Clarissa.

Cuando el rey se marchó, Jake se puso en pie. ¿Había interrumpido su conversación con Marie para eso? Se dirigió hacia la puerta.

—¡Jake, espera! —Clarissa se levantó de la silla y se dirigió hacia él.

—No voy a quedarme. Tú lo sabes. Yo lo sé. Y en pocos días, el rey lo sabrá también. No hay nada que hacer respecto a esa residencia.

—¿Harás que desobedezca las órdenes del rey?

—¿Sabes dónde está esa residencia?

—Sí.

—Entonces, vamos. Me gustaría ver dónde vivió mi padre.

Clarissa abrió la puerta y lo guió por el pasillo. Tuvieron que torcer varias veces y subir un tramo de escaleras antes de llegar a una puerta de madera tallada. Tras ella, había un pequeño recibidor que daba a una habitación grande y vacía. Los techos eran muy altos y de uno de ellos colgaba una lámpara de araña cubierta con una tela llena de polvo y telarañas. Las ventanas estaban cubiertas con cortinas oscuras. La alfombra estaba descolorida y vieja.

Jake se quedó en la puerta y observó la habitación. No estaba amueblada. En una de las paredes había una chimenea con una moldura dorada en la repisa. Todo tenía un aire de abandono.

—Es una residencia que dispone de todos los servicios necesarios —dijo Clarissa. Cruzó hacia la izquierda y se metió en otra habitación. Jake la siguió.

Miró a su alrededor y trató de imaginar qué tipo de vida había llevado su padre allí. ¿Se habría llevado allí a las mujeres con las que salía? ¿Los príncipes salían con mujeres? ¿O sus relaciones estaban dictadas por la dinastía?

Al entrar en la otra habitación, percibió también cierto aire de abandono. Parecía que la habían utilizado como comedor. Se acercó a la ventana y corrió la cortina. La habitación tenía vistas a los jardines, y Jake trató de localizar su situación con respecto al resto del palacio.

—Hay una cocina ahí, y otra entrada, de forma que el cocinero y las doncellas no tienen que entrar por la puerta principal.

—Pareces una agente inmobiliaria mostrando todas las ventajas de un lugar a un comprador renuente.

—¿Quieres ver la cocina?

Él negó con la cabeza.

—¿Los dormitorios?

—Hay tres —ella regresó a la primera habitación y abrió una puerta. Jake la siguió con las manos en los bolsillos de su pantalón.

Por primera vez desde que era niño, se preguntaba cosas acerca de su padre. Su madre lo adoraba y nunca había hablado mal de él. Aun así, por las historias que ella contaba, Jake se había formado la imagen de un hombre egoísta y malcriado que pensaba que podía conseguir todo lo que deseaba sin importarle las consecuencias.

Jake no tenía ninguna duda de que Joseph había amado a su madre. Pero un hombre más responsable se habría asegurado de que ella y su hijo tuvieran de todo si alguna vez a él le sucedía algo.

—Creo que esta es la que utilizaba tu padre —dijo Clarissa, deteniéndose junto a una puerta—. Se marchó de casa a los veintidós años, y nunca regresó. Tu tía Gustine dijo una vez que la madre de Joseph tardó años en poder entrar a estas habitaciones. Las cerraron después de su muerte.

Jake se quedó en la entrada. Esa habitación también estaba vacía. Habían retirado todas las cosas de su padre. ¿Habría sido su abuelo quien ordenara tal cosa?

Se dio la vuelta y se dirigió a la puerta principal. Ya había tenido bastante.

—Tendrás que pensar alguna manera de distraer al rey durante un par de semanas. Cuando me vaya, la orden será revocada.

—¿Qué se supone que tengo que hacer entretanto?

Él se detuvo y la miró.

—Buscar todo lo que puedas acerca de esta residencia. Habla con Gustine o con el rey. Entérate de qué ha pasado con las pertenencias de mi padre.

—¿Y después?

—Después, cuéntamelo —añadió él, y se dirigió hacia su habitación.

Tenía que asistir a una reunión con el Ministro de Educación. En su país, los días pasaban de la misma manera, tenía más reuniones que trabajo en la zona de obras.

A pesar de sus intenciones, estaba interesado en aprender más acerca del país. En cierto modo, era parecido a dirigir un gran negocio. Siempre que el director adecuado se encargara del trabajo adecuado, todo transcurría sin percances.

Pero ese día, en lugar de concentrarse en la reunión, Jake no podía dejar de pensar en Clarissa. Él había esperado verla otra vez. Y lo asombraban las maquinaciones del rey. Era evidente que este buscaba alguna excusa para juntarlos. ¿Amueblar una residencia? ¿No era demasiado descarado?

—¿Alguna pregunta, Alteza?

Jake trató de centrarse en la reunión.

—Ha hecho una presentación estupenda. Si me dieran unos días para estudiar la información que ha preparado, estaría más capacitado para preguntar sobre todo aquello que no me ha quedado claro.

El ministro sonrió y miró a los demás asistentes. Jake se preguntaba si aquel hombre se imaginaba que él no había oído ni una sola palabra.

Cuando se dio por terminada la reunión, Jake cerró la carpeta y se despidió del resto. Regresó a su habitación, sintiéndose inquieto. Lo que realmente le gustaría hacer era subirse a una motocicleta y dirigirse a las montañas. Deseaba conocer las zonas rurales del país.

Abrió la puerta de su habitación y se detuvo en seco al ver que Clarissa estaba sentada en el sofá.

—¿Ya ha terminado la reunión? —preguntó ella, y se puso en pie.

Él le mostró la carpeta.

—Lo que no haya aprendido en la reunión, estará aquí —dejó la carpeta sobre la mesa y se acercó a ella.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Tengo la información que me pediste.

—¿Qué información?

—Sobre las cosas de tu padre. Y sobre su vida aquí antes de que marchara a Estados Unidos —señaló un álbum de fotos que estaba sobre la mesa de café—. Hablé con Gustine, tal y como me sugeriste. Me dio muchos detalles sobre tu padre y me entregó este álbum familiar.

Jake la miró un instante, y después se fijó en el álbum. Se sentía

como debió de sentirse Pandora… lleno de curiosidad. ¿Se atrevería a abrir una página del pasado?

Capítulo Siete

Clarissa se puso en pie despacio, preguntándose si debía dejarlo a solas con el álbum, o contarle primero las cosas que Gustine le había revelado.

Lo observó mientras iba de un lado a otro. Llevaba un traje que le quedaba perfecto. Parecía el exitoso hombre de negocios que era. ¿Cómo era que el rey y sus otros parientes no se daban cuenta? ¿Cómo podían seguir pensando que era un mero trabajador sin educación?

El rey le había dicho a Clarissa que se asegurara de que la residencia de Jake se amueblaba con gusto y acorde con su rango. Ella se sentía incómoda por saber la verdad sin que el abuelo de Jake la supiera. Pero le había dado su palabra de honor y no rompería su promesa.

Jake se detuvo y la miró.

—¿Has comido ya?

Clarissa negó con la cabeza y sintió que se le aceleraba el corazón. El la estaba mirando fijamente, sin transmitirle hada pero consiguiendo que se sintiera vulnerable.

Esperaba que no pudiera leer su mente, porque si no se daría cuenta de lo enojada que estaba.

Le disgustaban los planes de venganza que tenía Jake. Y que ni siquiera intentara llevarse bien con su abuelo y su tía. No le pasaría nada si tratara de conocerlos un poco. Aunque quizá le resultara difícil, ya que ellos tampoco parecían dispuestos.

Por otro lado, su comportamiento la dejaba perpleja. El sábado anterior había paseado por el mercado interesándose por los vendedores y su trabajo. Les había hecho preguntas inteligentes. Había regresado al palacio caminando para conocer mejor la ciudad. Y ella estaba segura de que había hablado con la gente que se encontró por el camino tratando de causarles buena impresión.

Había asistido a las reuniones con su abuelo. Aunque siguiera pensando en marcharse en poco más de una semana.

No quería saber nada del rey, pero quería saberlo todo sobre su padre.

—Entonces, ven conmigo —dijo él.

—¿Dónde? —era mejor que Clarissa pasara el menor tiempo posible con él. ¿Cómo iba a enfrentarse al rey si más tarde le preguntaba si conocía los planes de Jake? ¿Cómo iba a contestarle que sí, y que no había hecho nada para advertirle? ¿Cómo había pasado a serle fiel a Jake y no al rey?

—No sé. Primero tengo que ver si puedo conseguir un vehículo —Jake se acercó a uno de los timbres y lo pulsó.

Clarissa recordó cuál era su vehículo en California… una motocicleta negra. No creía que el palacio tuviera motocicletas.

Él le sonrió.

—Hay algunos aspectos de todo esto que parecen sacados del Rey Arturo y los Caballeros de la Mesa Redonda. ¿Hay algún caballero en el país?

—No, pero hay otros miembros de la aristocracia. Nunca hemos tenido ejército, y los caballeros eran los hombres armados del rey.

Jerome apareció en la puerta.

—¿Puedo ayudarlo en algo?

—¿Estás esperando en el pasillo por si lo necesito? —preguntó Jake.

—Espero conocer mis obligaciones, señor. Y son no hacerlo esperar.

Jake le guiñó un ojo a Clarissa. Después se dirigió a Jerome.

—Necesito un vehículo. Quiero ir a comer y después ver un poco más de Marique. La señorita Dubonette ha aceptado a hacer de guía para mí.

—Puedo pedir una limusina.

—No. Queremos nuestro propio coche. Algo que tome bien las curvas y que nos permita ver el paisaje.

—En el garaje hay varios coches —dijo Jerome—. Tenemos un bonito Mercedes descapotable que les permitirá ver el paisaje muy bien.

Clarissa sintió que se le encogía el corazón. ¿Hablaba del coche que había pertenecido a Philippe? Ella creía que lo habían vendido después de su muerte. Se le hacía extraño pensar que el coche todavía estaba allí.

—¿No hay una motocicleta? —preguntó Jake.

Jerome negó con la cabeza.

—Entonces, el descapotable. Hágalo traer, nos iremos dentro de

cinco minutos.

—Muy bien, señor —Jerome hizo una reverencia y salió de la habitación.

—Hoy iremos a ver el pueblo de los jabones. Y mientras vamos, puedes contarme lo que mi tía te ha dicho.

Cinco minutos más tarde, estaban sentados en el coche. Nada más verlo, Clarissa pensó en Philippe, pero a medida que Jake comenzó a sortear el tráfico, los pensamientos de su antiguo prometido, se desvanecieron. No podía ignorar al hombre que tenía al lado.

Había conocido a su primo durante la mayor parte de su vida adulta. Pero de alguna manera, Philippe se había convertido en una figura oscura. Jake era real.

¿Por qué se sentía tan atraída por él?

No quería enamorarse de otro hombre. Y menos de uno que había dejado claro desde el principio que no tenía intención de quedarse en Marique. No tenían nada en común. Su familia vivía en Marique. Y sus raíces estaban en el mismo lugar. Las de él, en Estados Unidos.

Ella se sentía leal al rey y a la corona, y él odiaba las dos cosas.

Si se decidía a poner en peligro su corazón otra vez, quería que fuera con alguien que compartiera sus orígenes. Alguien a quien amara y que la amara. No al bruto de Jake White.

Pero a veces, el corazón no escuchaba a la cabeza.

¡Lo mejor sería que hiciera todo lo posible por mantener las distancias! Cuando estaban separados, pasaba mucho tiempo pensando en los momentos que habían compartido. Y recordando el beso que se habían dado en el laberinto. Preguntándose qué pasaría si lo convenciera para que se quedara. Y si esa atracción se convertiría en algo más.

«Involucrándome en las historias familiares no conseguiré mantener las distancias», pensó ella. Jake debería haber hablado directamente con Gustine, o con su abuelo. A Clarissa no le gustaba su papel.

—El rey va a celebrar la recepción el próximo sábado. Supongo que serás mi acompañante —dijo Jake cuando salieron de la ciudad. No había necesidad de que ella le diera alguna indicación. ¿Había estado conduciendo él solo? ¿O se había estudiado los mapas antes

de salir?

—Dudo que esperen que lleves acompañante. Ese tipo de cosas suscitan comentarios.

—¿Cómo cuáles?

—Como si la mujer en cuestión se convertirá en la futura princesa del país.

—Estratagemas de la dinastía. Hasta el momento, tú pasas conmigo mucho rato. No veo por qué tiene que ser diferente el próximo sábado.

—Estoy segura de que estarás autorizado a invitar a quien quieras.

—Como si conociera muchas mujeres en Marique. Veamos, está mi tía Gustine, a quien no invitaría ni a cruzar la calle. Marie, que parece una mujer interesante, pero es mi prima. Y tú… que llevas las de ganar.

—Estoy convencida de que no es necesario que lleves acompañante —dijo ella. No estaba segura de si quería asistir al acto. Y acompañar al príncipe Jean-Antoine el día que lo presentaran en sociedad solo daría lugar a especulaciones que no quería ni imaginar. ¿Pensaría todo el mundo, tal y como había hecho Jake al principio, que ella había tratado de camelarse al siguiente heredero al trono para convertirse en reina?

—Creo que no tenemos elección. Bueno, ¿y qué te ha contado mi tía?

Clarissa dejó de pensar en la recepción y comenzó a contarle las historias que le había relatado Gustine. Consciente de que Gustine no hablaba de forma imparcial, Clarissa trató de equilibrar la historia con lo que ella había oído durante su infancia y con algunos comentarios que le había hecho Philippe.

Eran las dos pasadas cuando Jake aparcó el coche en una calle de Ambere. Clarissa sugirió que probaran un bonito restaurante que estaba a las afueras del pueblo. Estaba construido sobre un barranco y tenía unos ventanales enormes con espléndidas vistas.

El camarero los recibió con una reverencia, y hablando rápidamente en francés.

Jake miró a Clarissa.

Ella se apresuró para decirle al hombre que hablara en inglés, y él cambió de idioma inmediatamente.

—Es un honor tenerlo en nuestro establecimiento, Alteza. Si me acompañan, les mostraré la mejor mesa que tengo.

Jake dejó pasar a Clarissa primero, y le murmuró al oído:

—¿Le has dicho algo?

Ella negó con la cabeza.

Una vez que les entregaron el menú, con una reverencia, y que él camarero se retiró, Jake miró a Clarissa.

Ella no pudo evitar sonreír.

—Tu foto lleva tres días en el periódico, con una historia completa sobre cómo el rey se ha reunido con su nieto. Estoy segura de que no hay una sola persona en todo el país que no te reconozca.

—Como no sé leer en francés, no he leído el periódico. ¿De dónde han sacado la foto?

—No tengo ni idea, pero es un retrato formal. Sales muy serio —«y muy sexy», pensó ella. Se preguntaba qué pensarían las otras mujeres cuando lo vieran.

—¿Y cuál es el propósito de publicar mi foto en el periódico?

—Tranquilizar a la población de Marique acerca de que la continuidad de la monarquía está asegurada —contestó ella, con cierto dolor en el corazón. Deseaba que fuera así, pero tenía miedo de lo que podía pasar cuando Jake se marchara. Él miró la carta—. No parece que te hayas disgustado al enterarte de lo de los artículos —dijo ella, esperando a que reaccionara.

—¿Debería estarlo? —preguntó él encogiéndose de hombros.

—¿Todavía piensas marcharte?

Él asintió.

Clarissa bajó la vista hacia la carta, pero no pudo ver las palabras que había escritas. Empezaba a comprender la venganza que Jake había elegido. Quería hacerle creer al rey que iba a quedarse. El golpe sería devastador cuando se marchara. Sobre todo, después de los artículos y de la recepción formal.

—No lo hagas, Jake. No nos lo merecemos.

Él la miró a los ojos.

—¿Y yo me merecía el trato que me dio la familia de mi padre cuando solo era un niño?

—Olvídate del pasado. Nada puede cambiarlo. Pero sí se pueden corregir algunas cosas.

—Mi madre está muerta, ¿cómo podemos corregir lo que la

afectó a ella? No hizo nada malo. Excepto amar a un hombre que murió joven. La familia de él la ignoró, tachándola de buscafortunas. Nunca la conocieron, ni le dieron una oportunidad.

—Sé que es imposible compensar a tu madre. Pero tu abuelo es el único familiar que te queda, además de Marie. Intenta conocerlo. Perdónale los errores del pasado. Permite que el futuro os brinde algo diferente a los dos.

—¿Hablas como emisaria del rey?

Ella dudó un instante. Había algo más aparte de ser la representante del rey. Pero no pensaba darle ese argumento a Jake.

Llegó el camarero y ella se salvó de contestar.

En cuanto eligió el aperitivo, dejó el álbum de fotos sobre la mesa. Ya le había contado a Jake todo lo que Gustine le había dicho sobre su padre. Pasó las páginas y se paró en una en la que aparecía Joseph, poco antes de su último viaje a Estados Unidos. Empujó el álbum hacia él.

—Éste es tu padre. Os parecéis. Estoy seguro de que tu abuelo lo piensa cada vez que te mira.

Jake observó la foto durante un instante.

—Mi madre tenía un par de fotos de él sobre la mesilla de noche. Permanecieron allí hasta el día que ella murió.

—Ella debía de quererlo con locura —dijo Clarissa.

—Eso es lo que me decía cuando yo le preguntaba por qué no salía con otros hombres. Decía que solo había amado a un hombre.

—Nunca encontró a ningún hombre que le gustara lo suficiente como para salir con él más de una vez.

—El rey y tu tía juzgaron mal a tu madre.

—Basándose en ideas preconcebidas.

—No hagas lo mismo.

Él la miró un instante.

—Mantente al margen, Clarissa. No quiero que te hagan daño.

Ella asintió y lo miró. Tenía razón, no era asunto suyo.

Jake pasó las páginas del álbum, mirando las fotografías y deteniéndose de vez en cuando para observar alguna con detalle.

—Ese es tu tío, Michael. Joseph y él eran muy diferentes. Yo nunca conocí a tu padre, pero al príncipe Michael lo conocía bastante bien, o al menos, todo lo bien que una mujer puede conocer a su futuro suegro. Al parecer, no se parecían en nada. El tenía unos

cuarenta años cuando nos presentaron. Y por las historias que Philippe solía contar, no parecía que Michael tuviera el mismo carácter que tu padre.

—Quizá, él sabía sus deberes y actuaba como correspondía.

—Eso me temo. O quizá, el carácter fuerte depende de un gen. Philippe lo tenía. ¿Tú eres como ellos?

—Yo no, siempre he ido por el buen camino —el brillo de sus ojos traicionaba sus palabras.

En un principio, Clarissa no lo creyó. Pero Jake no mostraba ese nerviosismo que Philippe mostraba. O que ella sospechaba que el padre de él tenía.

—Sería interesante ver cómo saldrían mis hijos, si los tuviera algún día —dijo Jake, volviendo la página y mirando otras fotos.

Ella recordó la conversación que habían tenido en la playa. Ninguno de los dos pensaba casarse ni tener hijos. ¿Había algo que lo había hecho cambiar de opinión?

Clarissa sintió lástima al pensar que no llegaría a conocer a sus hijos… imaginaba a un niño moreno al que le encantaba construir cosas. O a una niña con rizos oscuros que mangonearía a su padre.

Le gustaría saber qué tipo de padre sería Jake, aunque sospechaba que sería uno estupendo. Les daría a sus hijos todo el amor que él no recibió de pequeño y se aseguraría de que tuvieran todo lo necesario si a él le pasase algo algún día. Si regresaba a Estados Unidos, ella no lo volvería a ver. Nunca se enteraría de m se nubla casado, o de si había tenido hijos.

—Tendrás que escribirme para contarme cosas sobre tus hijos y sobre el camino que eligen en la vida —dijo ella. Le gustaría poder seguir en contacto con él en el futuro.

El asintió, y la miró a los ojos.

—Trato hecho, si algún día tengo hijos. Pero no pienso tenerlos.

La comida se la sirvieron enseguida. La conversación giró en torno a las fotos del álbum y a la historia de la familia de Jake.

—Háblame de tu familia —le preguntó Jake después de escuchar una historia de varios años atrás, cuando Clarissa y Marie estuvieron en París—. No hablas mucho sobre ella.

—Solo porque trato de ponerte al día sobre la tuya. Tengo dos hermanas, las dos casadas. Tres sobrinas y un sobrino recién nacido —durante el resto de la comida, Clarissa lo entretuvo con historias

de su propia familia.

Jake escuchó atentamente. Estaba aprendiendo mucho más sobre esa mujer de lo que seguramente ella creía. La manera en que se le iluminaba la cara cuando hablaba de sus sobrinos, indicaba lo mucho que los quería, y cómo le gustaban los niños. El cálido tono de voz que utilizaba cuando hablaba de sus padres mostraba lo mucho que los apreciaba y cómo habían influido en su vida. La habían criado de manera estricta, pero no parecía que eso la irritara, como a Marie.

Él escuchó interesado cómo se había metido en la industria del jabón, y cuáles eran sus proyectos de expansión. No por ella misma, sino para que las mujeres que los fabricaban pudieran ganar más dinero para sus familias.

Para cuando cruzaron el pueblo con el fin de conocer a algunas de las productoras de jabón, Jake conocía mucho mejor a su acompañante. Y comenzaba a pensar que la habían elegido para esa tarea solo porque el rey confiaba en ella. Quizá, después de todo, no lo hacía con segundas intenciones. Estaba dispuesto a darle el beneficio de la duda.

Jake observó los labios de Clarissa mientras ella hablaba, y deseó besarla de nuevo. Al oír su risa, deseó oírla de noche, cuando estuvieran abrazados. Su voz era sexy y melódica. ¿Cómo sonaría en medio de la oscuridad?

Mientras caminaban, el brazo de Clarissa rozó el de Jake sin querer, y él tuvo que contenerse para no agarrarle la mano y entrelazar sus dedos, sentir la suavidad de su piel y acariciarle la palma de la mano.

¿No dejaría boquiabierto a los del pueblo? Durante un momento, estuvo tentado a hacerlo. Pero sabía que no iba a quedarse. Y no sería justo alimentar un rumor que podía herir a Clarissa y que él ni siquiera estuviera allí.

Él era muy consciente de sus actos y de sus consecuencias. Continuaría con su plan. Su abuelo sufriría por cómo había tratado a la madre de Jake, pero eso era justo, él había sido el que había causado problemas cuando murió su hijo.

Pero Clarissa no había hecho nada para merecerse ese trato. A pesar de que tenía la función de ser la emisaria del rey, había tratado bien a Jake, incluso cuando pensaba que era un trabajador

corriente.

Permitió que Clarissa se hiciera cargo del *tour*. Ella le explicó todos los pasos a seguir en la producción del jabón. Las mujeres la respetaban y estaban encantadas de recibir la visita del príncipe de su país.

Jake descubrió que la pequeña industria le interesaba más de lo que él esperaba. De regreso al coche, él le preguntó cómo podrían expandir el negocio.

—Cuando ahorremos dinero suficiente, podremos construir una planta de tratamiento. Hasta ahora, como has visto, todo lo hacen a mano en las casas particulares. Si tuviéramos una fábrica pequeña, podríamos producir más y probablemente a menor coste. No nos gustaría crecer demasiado para poder mantener el control de calidad. En cualquier caso, ese es nuestro sueño.

—¿Y tu marketing?

Ella explicó lo que estaba haciendo, y cómo trataba de vender los jabones a las boutiques de Europa, sobre todo en los pueblos turísticos donde la gente gastaba más dinero.

Llegaron al coche. Jake abrió la puerta, y se detuvo un instante.

—Tengo algunos amigos con capital de riesgo que a lo mejor estarían interesados en invertir en una empresa con potencial. ¿Quieres que los ponga en contacto contigo?

Clarissa pestañeó. A Jake le encantaban sus expresiones. Eran muy fáciles de interpretar.

Él sabía que ella estaba disgustada porque iba a marcharse. Que amaba a su familia y su país. Y que respetaba a las mujeres que trabajaban haciendo el jabón. ¿Qué más podía aprender sobre ella en los días que le quedaban?

—Eso sería estupendo. ¿Solo invertirían? ¿No querrán ser propietarios de parte del negocio?

—Podrás discutir las condiciones con ellos. Haré que te llamen algunos. Tú decides cuál te gusta más y si quieres tratar con ellos o no.

Cuando se sentó al volante, ella se volvió para mirarlo.

—¿Por qué vas a ayudarnos si piensas marcharte?

Él miró por la ventana durante largo rato antes de hablar.

—Lo que siento por mi abuelo es algo personal. Pero si puedo ayudar en otras áreas, ¿por qué no voy a hacerlo? No es más de lo

que mi primo habría hecho —ella se quedó en silencio y él la miró —. ¿Qué pasa?

—De hecho, Philippe pensaba que esto era una tontería. Hacer jabón. Él lo usaba en el palacio, pero decía que si no lo hacíamos, había montones de marcas que fabricaban jabón y que, por tanto, él seguiría igual de limpio.

—¿Eso era antes o después de que os comprometierais?

—Creo que lo pensaba desde el principio. Pero me lo dijo cuando empecé a encargarme del marketing.

—Háblame otra vez de ese maravilloso primo mío. ¿Qué hacía para ayudar al país? —le preguntó mientras arrancaba el coche y daba marcha atrás.

—Actuaba como embajador del país, ya te lo he dicho. Su padre era el siguiente en la línea sucesoria para el trono. Philippe habría hecho más cosas una vez que lo hubieran coronado.

—O no. Si era tan insensato como mi padre, no me extraña que se matara.

—¡Fue un accidente!

—Entonces, ¿qué veías en él? Parece como si estuviera fuera más tiempo que aquí. Y cuando estaba en casa, no hacía mucho por tu querido país. No os imagino casados, por lo que sé de ti y he oído de él. ¿Cuál era su atractivo?

Clarissa se quedó callada. Jake se preguntaba si ella se lo contaría alguna vez. Se concentró en la conducción, disfrutando del bonito paisaje de la carretera de montaña. Quería llegar más al oeste para ver cómo era esa parte del país. Pero no ese día.

Había hablado con Hugh Cartier y le había comentado la posibilidad de hacer un elegante centro vacacional en un país que conservaba su belleza natural. Hugh le había dicho que iría a final de semana para echar un vistazo. Era el director de la importante cadena Cartier Resorts, y siempre buscaba oportunidades de expansión.

Jake casi había olvidado la pregunta cuando Clarissa habló otra vez.

—Philippe siempre era muy divertido. Hacía que me sintiera especial. Era espontáneo, despreocupado y gallardo, y cuando me hacía caso, yo me sentía feliz. No hacía mucho por nuestro país excepto representarlo en los eventos que se hacían en el extranjero.

Pero no lo juzgues, Jake. Él no se crió como tú. No tuvo las dificultades que tú tuviste que superar. No tuvo tiempo de desarrollar su ética del trabajo. Pensándolo bien, estaba muy mimado, pero no era su culpa.

—Yo no he dicho ni una palabra.

—Se nota que no tienes muy buen concepto de él.

—Espontáneo, ¿no? ¿Cómo qué?

—No lo sé, venía de pronto a invitarme a cenar y a llevarme a bailar. O a conducir por ahí —acarició el asiento de cuero—. Éste era su coche.

Jake agarró el volante con más fuerza.

—Lo siento, Clarissa, no lo sabía. Si no, no lo habría aceptado.

—No importa. Solo me trae buenos recuerdos. Conducía por la autopista, muy deprisa, por supuesto. A Philippe le gustaba la velocidad. Quizá tampoco habría estado más satisfecho que tú quedándose aquí.

—O quizá solo era locura de juventud y se habría asentado cuando llegara el momento —Jake no quería alterar sus recuerdos, pero seguía preguntándose cómo ella había podido amar tanto a su primo.

—Crees que si hubiera tenido tiempo, ¿tu padre lo habría hecho?

—No tengo ni idea. Nunca lo conocí. Pero por lo que decía mi madre, él estaba mimadísimo y se creía inmune a las leyes de los hombres y de la física. Imagino que aunque no la hubiera conocido, se habría metido en problemas y habría muerto antes de tiempo.

—Pero quizá habría regresado a casa y habría solucionado las cosas con su padre primero.

—Puede. Pero si era tan cabezota como su padre, lo dudo.

Jake recordaba el camino hasta el apartamento de Clarissa y se dirigió allí directamente, en cuanto entraron a la ciudad.

Cuando paró el coche junto al bordillo, ella lo miró y preguntó:

—¿Quieres entrar?

—Hoy no, pero acepto la invitación para otro día —él quería conocer su casa, estar a solas con ella lejos del palacio, sin que Jerome u otro sirviente entraran silenciosamente en la habitación. Pero no era el día adecuado.

Jake todavía no estaba seguro de qué pensar sobre Clarissa. ¿Era una amiga o una espía? Deseaba besarla y abrazarla, y conseguir que

compartiera con él el entusiasmo que le había mostrado esa tarde.

Los dos habían dicho que no querían comprometerse con nadie. Él se aseguraría de no hacer nada que, la afectara a ella cuando él se marchara. Al día siguiente, le demostraría que un estadounidense podía ser tan emocionante como un príncipe de Marique.

Maldición, él era el príncipe de Marique. ¿Cómo podía haberse olvidado, aunque fuera por un minuto?

¿Y el motivo? ¿Demostrarle que podía ofrecerle lo mismo que su primo? No, había algo más que eso. Deseaba a Clarissa.

La acompañó hasta la puerta.

—Te llamaré más tarde —le dijo.

—Como desees.

Él sonrió.

—Acuérdate de eso.

—He dejado el álbum en el coche. Gustine dijo que podías quedártelo todo el tiempo que quisieras.

—¿Crees que se está tranquilizando?

—Lo dudo, sospecho que quiere enseñarte todo lo que te has perdido —Clarissa se calló de golpe—. Lo siento. No necesitas que nadie te lo recuerde.

—No. Pero hablar de ello no puede hacerme daño. No tengas miedo de decir algo delante de mí, Clarissa.

—Entonces, espero que pienses en la posibilidad de amueblar la residencia. Aunque regreses a Estados Unidos la semana que viene, a lo mejor podrías regresar de vez en cuando.

—¿Con qué fin? Todavía confías en que cambie de opinión.

—¿Me culpas por ello?

—No, puede que si yo estuviera en tu lugar también lo hiciera. Gracias por el tour. Les diré a Jason y a Harvey que te llamen. Tú decidirás cuál de ellos te hace la mejor oferta, pero no te apresures al tomar la decisión.

La agarró de la barbilla y le dio un beso suave en los labios. Después se marchó.

Clarissa se quedó mirándolo, confundida por cómo la había besado, con naturalidad, como si tuviera derecho a hacerlo. Entonces, empezó a preguntarse qué habría hecho si él hubiera querido más que un beso casual.

Una hora más tarde, cuando sonó el teléfono, ella se apresuró a

contestar convencida de que era Jake.

—Haz la maleta y prepárate para volar a París por la mañana. Te recogeré sobre las diez —dijo él.

—¿A París?

—Quiero ver con lo que puedo amueblar la residencia, ¿no crees?

—¿Sí? —¿estaba pensando en volver? Su corazón latía con alegría.

—No, pero quedaba bien. Marie viene con nosotros.

—¿Oh?

—Eso ha contrariado a Gustine, así que pensé que era una buena causa. Y la chica necesita salir más. Quiere visitar Estados Unidos. Pero su madre cree que se quedará, como lo hizo mi padre, así que no la deja ir. En cualquier caso, mañana a las diez. Lleva algo para salir a cenar, y a bailar —colgó antes de que Clarissa pudiera pensar una respuesta.

Despacio, colgó el auricular. ¿Qué tramaba Jake? Se rio bajito. Apostaría cualquier cosa a que lo hacía para superar a su primo.

No era que necesitara hacer algo. Solo con su persona superaba a su primo. Pero Clarissa creía que no debía decírselo aún. La idea de pasar un par de días en París le parecía divertida. Sobre todo con un extraño que era desconcertante, exigente e irresistible.

Capítulo Ocho

Al día siguiente, el chófer llamó a la puerta de casa de Clarissa a las diez en punto. Ella le dio su maleta y lo siguió hasta el coche. Cuando le abrió la puerta, se reunió con Jake y Marie en el asiento trasero.

—Hola, Clarissa. ¿No te parece maravilloso? —La joven balbuceaba de emoción—. Vamos a alojarnos en el George Cinq. ¡Y voy a hacer lo que me apetezca! ¡Sin chaperones, ni guardianes!

Clarissa sonrió al ver a Marie tan emocionada. Saludó a los dos, pero centró la atención en Jake. Estaba muy atractivo. Ella intentó mantener la compostura, pero el corazón le latía tan rápido que le resultaba difícil.

—¿Así que vamos de compras? —preguntó cuando se acomodó en el asiento.

—No, esa es nuestra coartada —dijo Marie—. Perfecta, ¿no crees?

—¿Nuestra coartada? ¿Nos vamos de forma clandestina?

—Sin duda. Marie está abriendo las alas. Y no vamos a interferir. Tú y yo tenemos otros planes —dijo Jake.

Clarissa miró a Marie y después a Jake.

—¿Qué planes?

—Ya lo verás.

El jet de la Casa Real los estaba esperando y despegó enseguida. Cuando llegaron a París, los estaba esperando otra limusina. Una vez que se registraron en el George Cinq, Marie le dio un abrazo a Jake.

—Muchísimas gracias, primo. ¡Me reuniré contigo mañana, a las cuatro en punto!

—No te metas en líos —le advirtió.

Ella soltó una carcajada.

—Voy a pasármelo bien. No puedo meterme en líos.

Clarissa la observó marchar.

—¿Adónde va?

—A donde quiera —dijo él, guardándose las llaves y dirigiéndose al ascensor—. He pensado que podemos deshacer las maletas y luego ir a dar un paseo por la Rive Gauche. Puedes enseñarme lo que más te gusta de París.

—¿Has estado aquí antes?

—Una o dos veces.

—¿Y qué es lo que más te gusta?

—La vida nocturna.

Clarissa se preguntaba con quién habría compartido él la vida nocturna. No era que le importara, pero sentía curiosidad.

—¿Y Marie?

—Esto es una prueba. Si le va bien aquí en París, donde ya ha estado antes, entonces probaremos en Estados Unidos.

—¿Qué significa eso?

Se subieron en un ascensor y subieron a su planta.

—Marie quiere visitar Estados Unidos, pero sin el séquito. Así que si se encuentra a gusto paseando sola por aquí, intentará ir a Los Angeles. A visitarme a mí, por supuesto.

—¡A tu tía le dará un síncope!

Jake sonrió.

Se detuvo junto a una puerta y la abrió; después le entregó una llave a Clarissa.

—Ésta es tu habitación. La mía está al final del pasillo. Marie tiene la de enfrente a la tuya. ¿Cuánto tardarás en desempaquetar? ¿Puedes estar lista en, digamos, treinta minutos?

—Sí —había sido un vuelo corto. Ella no tenía que hacer nada más que colgar los vestidos y retocarse el maquillaje. Después, Jake y ella pasarían la tarde juntos… a solas en la Ciudad de la Luz. Entornó los ojos y preguntó—: En realidad, ¿para qué hemos venido?

Jake se apoyó en la puerta y se cruzó de brazos.

—Para demostrarte que Philippe no era el único capaz de darte sorpresas. Hoy, y esta noche, haremos todo lo que te apetezca. Iremos allí adonde queramos ir. Beberemos champán en la Savoy, y bailaremos toda la noche.

—¿Y qué sacas tú con todo esto? —preguntó ella. Se negaba a analizar lo contenta que estaba de que él le dedicara una noche y un día en París. Su madre no estaba allí, así que era libre, como Marie. Igual que lo había sido en Estados Unidos. Era una sensación curiosa. Podía olvidarse del deber y del protocolo. Era libre y podía hacer lo que quisiera sin que nadie la vigilara para ver si cometía un error.

Sin estar en contacto con la realeza, se sentía mucho más libre.

¿Cómo no se había dado cuenta antes?

—El placer de tu compañía. No seas tan desconfiada, Clarissa.

Ella lo observó alejarse por el pasillo hasta su habitación. Cerró la puerta y examinó la habitación en la que iba a alojarse. ¿Desconfiaba cuando no debía hacerlo? ¿O era que él intentaba que se confiara demasiado?

¿Y después qué? ¿Saltaría sobre ella?

Jake no era ese tipo de hombre. Era más el tipo de hombre seductor, que cortejaba a una mujer y la convencía para que hiciera lo que él quería.

Ella tendría que estar alerta.

A menos que deseara lo que él deseaba.

Clarissa se acercó a la ventana y observó la noche parisina. Estaba hecha un lío. No sabía lo que quería. Cuando estaba con Jake, disfrutaba de cada momento.

Pero cuando estaban separados, le aparecían las dudas y las preocupaciones.

El botones llamó al timbre para entregarle el equipaje y la hizo volver a la realidad. Desempaquetaría y se iría a pasar el día en París, con el príncipe renuente. Se olvidaría del futuro, y de que él pensaba marcharse. Olvidaría la fuerte atracción que sentía hacia él cuando estaban juntos. Se prometió un día de pura diversión. Al día siguiente, se enfrentaría a la realidad.

Era un perfecto día de primavera. En el cielo azul no había ni una nube, y en el aire se percibía una fragancia característica de París. Cuando Jake llegó a la puerta de la habitación de Clarissa, ella supo enseguida cómo se sentía Marie cuando salió del hotel. Ella se sentía igual. Y cuando a Jake se le iluminaron los ojos al verla, ella se sintió radiante.

Tomaron un café con leche en una terraza de la calles, pasearon por Montmartre, vieron el exterior de Notre Dame, y pasearon por la Rive Gauche, comentando los cuadros de los artistas y discutiendo sobre cuál de ellos se haría famoso.

Mucho antes de que el sol empezara a ponerse, ella supo que había sido un día perfecto. Habían reído, discutido y encontrado varias cosas en común, sobre todo que ambos les gustaba el impresionismo. Era el mejor día que había pasado hacía mucho

tiempo.

Cuando caminaban por calles bulliciosas, Jake le ofrecía el brazo a Clarissa para que se agarrara. Cuando cruzaban una calle muy transitada, él le rodeaba los hombros con el brazo y la hacía sentirse segura. Cuando se reían, él se detenía y le robaba un beso, dejándola sin respiración y deseando más, durante largo rato.

Una vez que ella mencionó Marique, él le cubrió los labios con un dedo y negó con la cabeza.

—Hoy somos Jake y Clarissa. No tenemos deberes, ni obligaciones, lazos familiares ni viejos lamentos. Solo tú y yo, muñeca.

París nunca le había parecido tan mágico. Los viejos edificios tenían cierto brillo romántico. El Sena resplandecía con el sol de la tarde, como si estuviera cubierto de diamantes.

Durante la tarde, Clarissa conoció mejor a Jake. La única parte dolorosa era que empezaba a admitir que había algo especial en él. Algo que quería en su vida… y que sabía que nunca tendría.

Clarissa estuvo tentada de decirle a Jake que no podría cenar con él. Tenía miedo de cómo sería la noche. El día había sido perfecto y no quería tentar al destino tratando de alargarlo.

Pero la idea de acortar el tiempo de estar juntos era insoportable. Cuando él llamó a la puerta, ella ya estaba vestida para salir.

—Estás preciosa —dijo él cuando la vio.

—Gracias —quería devolverle el cumplido. Estaba sexy y muy masculino con el traje oscuro que llevaba. Lo recordó en la obra, vestido con vaqueros y el torso desnudo. Daba igual lo que se pusiera, estaba estupendo.

—Marie llamó y dejó un mensaje… sin problemas, de momento —dijo él mientras se dirigían hacia el ascensor.

—Espero que se esté divirtiendo. Ha tenido una vida muy controlada. Es bastante más joven que Philippe. Creo que no esperaban tener más hijos y se quedaron encantados cuando ella nació.

—¿Así que trataron de mantenerla segura? —preguntó Jake.

—Algo así. ¿No te gustaría que tus hijos estuvieran seguros?

—Una cosa es la seguridad y otra el agobio. Los niños necesitan explorar para descubrir su lugar en el mundo. Aprovechar cualquier oportunidad para expandir sus horizontes.

—¿Y tú cómo eras de niño? —preguntó ella. Llegó el ascensor y ella se alegró al ver que eran los únicos ocupantes.

—Inquieto y salvaje.

—Oh, oh. La tendencia de los LeBlanc. ¡Un pequeño diablillo!

—Pero solo cuando era pequeño. En la adolescencia, trabajaba a media jornada para ayudar económicamente en casa. No tenía tiempo para ser salvaje.

—¿Y ahora?

—Ahora ya estoy formado.

—Hablas como si tuvieras cien años —dijo ella entre risas.

Jake miró a Clarissa de reojo, pero fijamente, y ella contuvo la respiración. Justo cuando creía que se estaba acostumbrando a ese hombre, una simple mirada hacía que se le derritiera el corazón y que le flaquearan las piernas.

La cena había sido divertida. La música seductora y sensual. Mientras bailaban, él la agarraba muy cerca de su cuerpo, pero ella no se quejó. Cerró los ojos y trató de no pensar en nada más, de abandonarse a la música y al placer de estar entre los brazos de Jake. Se alegraba de haber ido, y deseaba que la noche no terminara nunca.

En algún momento del tercer baile, reconoció que se estaba enamorando de Jake White, y sintió pánico. No podía enamorarse de un hombre que no la amaba. Y que además vivía a miles de millas y no tenía intención de trasladarse a Marique.

Al sentir la caricia de la respiración de Jake en su mejilla, se puso tensa. No podía esperar a que terminara la música. Necesitaba separarse de él.

¡No podía enamorarse de Jake!

Era un tormento que él la abrazara y que ella no pudiera abandonarse a sus deseos. Quería que él la abrazara, la besara con pasión y le dijera que todo iba a salir bien.

Había estado enamorada de Philippe, pero no de la misma manera. Con él no sentía el deseo de estar a su lado en todo momento, de conocer sus opiniones, sus ideas, y de sentir el calor y el sabor de su cuerpo.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Jake.

—Sí. Un poco cansada. Hemos hecho muchas cosas hoy. Y creo que me está entrando dolor de cabeza.

¿No podía habérsele ocurrido una idea mejor? Clarissa estaba desesperada, y necesitaba la intimidad de su habitación.

—¿Quieres que regresemos al hotel?

—Quizá sea lo mejor —contestó ella.

Jake se detuvo en mitad de la pista de baile y miró a Clarissa a los ojos. Ella sintió que se ruborizaba. ¿Se daría cuenta Jake de que era mentira?

—Siento que no te encuentres bien del todo. Nos marcharemos ahora mismo.

Sin embargo, ella no quería que terminara la noche. No quedaba mucho tiempo para que Jake se marchara para siempre. ¿Cómo se le ocurría acortar el tiempo que le quedaba para estar con él?

Al cabo de unos instantes, estaban dentro de un taxi sorteando el tráfico de la ciudad.

Una vez en el hotel, tomaron el ascensor hasta su piso. Clarissa sacó la llave de su bolso y Jake se la pidió para abrir la puerta de su habitación.

—Me lo he pasado muy bien hoy —le dijo.

—Yo también. Ha sido… maravilloso. Gracias —dijo ella con una sonrisa. Deseaba que la besara una vez más y se acercó un poco a él.

—Mañana nos marcharemos sobre las cuatro, así que tienes tiempo de ir de compras, si te apetece —dijo él, mirando el reloj—. Por la mañana, vendrá a verme uno de mis socios, así que estaré ocupado. Deja un mensaje si necesitas algo y no estoy por aquí.

—¿Un socio? ¿Desde Los Angeles?

Él asintió.

—¿Viene a París para reunirse contigo?

—He tanteado el terreno para construir un centro vacacional en Marique. Él está interesado en visitar el país. Si le gusta lo que le voy a contar mañana, vendrá a Marique con nosotros.

—¿Construir un centro vacacional? —Clarissa no comprendía nada. Deseaba que Jake la besara ¡y él hablaba de negocios!

—Si le parece un lugar prometedor, sí. Sería bueno para aumentar el turismo. Vete a la cama. Espero que se te pase pronto el dolor de cabeza.

Jake se volvió y se dirigió hacia su habitación.

Clarissa lo observó, pero él no miró atrás.

Despacio, ella cerró la puerta de su habitación. Estaba confusa.

Ese hombre no quería saber nada de Marique, pero estaba calibrando la posibilidad de construir un centro vacacional para crear puestos de trabajo y mejorar la economía. Le había dado su nombre a un par de amigos por si estaban interesados en invertir en la pequeña industria del jabón. Otra vez, ayudando al pueblo de Marique.

¿Qué más pensaba hacer? Para alguien que no estaba interesado, estaba haciendo muchas cosas.

Jake dejó un mensaje a Marie y a Clarissa para que se encontraran con él, en la recepción, a las tres, en lugar de a las cuatro. Él se había reunido con Hugh Cartier y este estaba deseando conocer Marique. Jake quería regresar al pequeño país de los Pirineos antes de que oscureciera, de forma que Hugh pudiera verlo desde el aire.

Cuando las dos mujeres bajaron del ascensor, Jake se percató de que solo tenía ojos para Clarissa. Se arrepentía de que la noche anterior hubiera terminado tan pronto. Deseaba que hubieran podido pasar juntos esa mañana. Pero él había tenido que reunirse con Hugh.

¿Podría pasar otro día a solas con Clarissa? El tiempo pasaba deprisa, y pronto estaría de regreso en Los Angeles sumido en el mundo de los negocios. Ella continuaría con la industria de jabones, y quizá consiguiera expandirla si conseguía algún socio capitalista. ¿Iría a Estados Unidos en viaje de negocios?

Después de las oportunas presentaciones, se dirigieron al aeropuerto. Hugh y Jake eran amigos desde hacía mucho tiempo… desde que Jake había construido la casa de Cartier en Malibú muchos años atrás.

—Ha sido una sorpresa que Jake me llamara para mostrarme una posible oportunidad para construir —dijo Hugh mientras la limusina se alejaba del hotel—. Hoy día no quedan muchas cosas como estas. Todos los lugares buenos están ocupados. Lo sé porque yo he construido muchos de ellos.

—No sabía que Marique pudiera considerarse un destino atractivo —dijo Clarissa.

—Podemos hacer dos cosas —dijo Hugh—. O un centro de lujo,

con estación de esquí, balneario y cabarets elegantes, o algo más familiar. Qué diablos, puede que haga las dos cosas, si el lugar es tan bueno como Jake dice. Terrenos a bajo precio, mucha mano de obra, y un paisaje precioso.

—Ya lo verás por ti mismo —dijo Jake. No había apartado la vista de Clarissa. ¿Qué pensaba ella de su idea? No se lo había mencionado a nadie por si no salía bien. Hugh tenía que indagar muchos aspectos antes de comprometerse. Pero Jake quería hacer el trato lo antes posible. Si Hugh no aceptaba, quizá se lo ofreciera a otras empresas. Y su amigo lo sabía.

No sabía qué diría su abuelo cuando se enterara. Pero Jake había hecho sus deberes, y le había encargado a su secretaria de Los Ángeles que indagara sobre el clima del país, la demografía, las leyes y las restricciones. El país reunía las condiciones perfectas para cualquier tipo de centro vacacional… o para los dos.

—¿Vives en Los Ángeles? —preguntó Marie a Hugh.

—En Malibú, pero está muy cerca de Los Ángeles.

¿Has estado allí alguna vez? —preguntó Hugh con una sonrisa.

—Todavía no, pero iré pronto. Me quedaré algunas semanas en casa de Jake.

Clarissa la miró sorprendida, y después miró a Jake.

Él asintió.

Jake deseaba sentarse con Clarissa en el avión, pero tuvo que contenerse y sentarse con Hugh. Durante el viaje, continuaron hablando del proyecto, pero Jake no prestaba toda su atención. Intentaba enterarse de la conversación que mantenían Clarissa y Marie al mismo tiempo.

Cuando aterrizaron, Hugh sonreía ampliamente.

—Hasta el momento, perfecto. No creo que te hayas equivocado al traerme aquí, Jake. No puedo esperar a ver la zona.

—Hay partes del país que no conozco todavía. Podemos explorar juntos la zona oeste.

—Yo puedo ir con vosotros y contestar todas las preguntas que tengáis —se ofreció Marie—. Me gustaría adoptar un papel más activo en todo lo que concierne a Manque.

—Buena idea. Clarissa, ¿y tú que dices?

—Ojalá pudiera, pero mañana estoy ocupada. ¿Quizá otro día? —dijo ella, abrumada por lo rápido que iban las cosas. «Es la velocidad

de un magnate», pensó ella, y deseó que Jake se diera la misma prisa en reforzar su amistad. O algo más.

¿Se había hecho ilusiones falsas acerca de la relación? «Quizá sí», pensó y permitió que la conversación continuara sin su participación.

Cuando llegaron a su casa, se sorprendió al ver que se sentía fuera del grupo. Escuchar cómo los demás compartían ideas sobre cómo atraer el turismo a Manque hizo que quisiera formar parte del plan.

Al menos, Jake la llamaría desde Estados Unidos para ver cómo progresaba el centro vacacional, e incluso iría a visitarla de vez en cuando.

La tarde siguiente, Clarissa acudió a la llamada de Gustine. Tomaron el té juntas, y ella trató de evitar el interrogatorio lo mejor que pudo. Gustine quería saber todos los detalles sobre su visita a París, y no se conformaba con las vagas respuestas que le daba Clarissa.

—¿Cómo va la reforma de la residencia de Jean-Antoine? —preguntó Gustine, abandonando su intento de saberlo todo sobre la excursión a París.

Clarissa bebió un poco de té. ¿Por qué Gustine se empeñaba en llamarlo Jean-Antoine cuando todo el mundo lo llamaba Jake? ¿Por respeto a su título? ¿O para molestarlo?

—Poco a poco —contestó Clarissa.

—Debe de resultarte muy difícil. No sé lo que Su Majestad estaba pensando. ¿Cómo espera que tú ayudes a Jake a amueblar su residencia, cuando Philippe y tú deberíais estar viviendo ahora en la vuestra y disfrutando de la vida de casados? Yo diría que no tiene escrúpulos.

Clarissa se encogió de hombros. No quería discutir con Gustine sobre ese tema. Ni desvelarle que, aunque Philippe viviera, quizá no se habrían casado.

Le resultaba difícil imaginarse casada con él. Jake inundaba sus pensamientos. Con su primo, ella habría tenido que quedarse en casa cuando él viajara. Lo había sabido siempre, aunque tratara de convencerse de lo contrario.

Con Jake nunca le pasaría eso. Si él se marchaba a algún sitio, llevaría a la mujer que amaba a su lado.

«La mujer que amaba». Clarissa sintió que le daba un vuelco el corazón al pensar que ella podría ser esa mujer. Jake era muy atento con los desconocidos, así que ¿cómo sería con los miembros de la familia que quería?

Solo había que ver cómo había ayudado a Marie. Ella estaba radiante, más de lo que Clarissa pensaba que era posible.

Era seguro que a la mujer que amara no le faltaría atención, ni cuidados, ni amor.

—¡Clarissa!

Ella pestañeó y miró a Gustine.

—Lo siento. De pronto estaba pensando en otra cosa.

—No me extraña. Con todo lo que está pasando, y con la recepción de este sábado. Su Majestad podía haber esperado un poco.

—Está deseoso de presentar a Jake a todo el mundo. De decirle a la gente que hay un heredero y que la sucesión al trono está asegurada —y cuando la recepción terminara, ¿Jake se marcharía?

Clarissa no podía detener el rumbo de las cosas, pero sí podía contarle a Su Majestad cuáles eran los planes de Jake. Al menos, podría ahorrarle la humillación de su marcha.

—Perdona, Gustine. Muchas gracias por invitarme al té, pero hay algo que tengo que hacer.

Clarissa siempre había sido bien recibida en el palacio, pero nunca había pedido audiencia con el rey. No estaba segura de que fuera a recibirla, pero debía intentarlo.

Resultó más fácil de lo que creía.

—Hola, Clarissa. ¿Deseabas verme? —dijo el rey cuando Clarissa entró en su despacho.

Ella miró a su alrededor y se sorprendió al ver que era como el despacho de un ejecutivo. Había dos teléfonos sobre la mesa, un ordenador a un lado, y una pila de papeles ordenados.

Ella asintió y se sentó cuando él se lo indicó.

—Gracias por recibirme, Majestad.

—Creo que podemos evitarnos las formalidades cuando estemos a solas. Tenía esperanzas de que algún día llegaras a ser mi nieta y me brindaras una nueva generación.

—Yo también tenía esas esperanzas. Todavía echo de menos a Philippe.

—Aun así, uno se pregunta qué tal rey habría sido —Clarissa pestañeó. Creía que era la única que tenía esos pensamientos—. Pero supongo que no has venido a recordar o a especular sobre Philippe.

—No, he venido por Jake. Quiero decir, Su Alteza, Jean-Antoine.

—Parece que prefiere que lo llamen Jake —dijo el rey.

—Puede que me esté metiendo donde no deba, pero debería saber que creo que Jake planea regresar a Estados Unidos justo después de la recepción. Nunca ha pensado en quedarse en Manque.

El rey se quedó en silencio durante un instante.

—Me temía que algo impediría la sucesión. El dijo desde el principio que no pensaba quedarse. No le hice caso, pensando que una vez que viera cómo estaban las cosas… No fue suficiente.

—A él no le importa la sucesión al trono. ¡Le importa la familia! —dijo ella.

—Ah, y la suya lo decepcionó —la verdad era evidente, así que Clarissa no tuvo que contestar—. No debí haberte implicado en nuestros problemas familiares —dijo el rey.

—Siempre estaré contenta de ayudarlo donde crea que me necesita —contestó con formalidad, deseando que hubiera algo más que pudiera hacer para calmar la tristeza que le estaba haciendo sentir.

—¿Y su residencia? ¿Habéis hecho algo en ella?

—Pensé que no tenía sentido.

—Puede que sea así. Pero me gustaría que trazaras algunos planos. Tú conoces a mi nieto mejor que yo.

—¿Quedan algunos muebles de los que tenía Joseph? Le pregunté a Gustine, pero me dijo que no estaba segura.

El rey asintió.

—Le diré a Stephan que te ayude en todo lo necesario. Quién sabe, quizá si tiene un lugar que sienta como suyo, en Marique, lo anime a volver algún día.

—Eso espero, Majestad —Clarissa se puso en pie—. Siento ser la portadora de tan malas noticias.

—Gracias por avisarme. Esto hará que las cosas me resulten más fáciles cuando él se marche.

Clarissa deseaba que los dos hombres no fueran tan testarudos. Podía ser que nunca llegaran a sentirse cercanos, pero eran familia y debían hacer algo por romper la distancia.

Una vez fuera del despacho, agarró un cuaderno de la mesa del ayudante del rey y se dirigió a lo que serían las habitaciones de Jake. La puerta no estaba cerrada con llave. Entró y se imaginó el eco de la risa y de la música. Por lo que Philippe le había contado, Joseph era un hombre alegre y divertido que siempre estaba haciendo travesuras. ¡Otro diablillo! ¿Jake habría sido de la misma manera si se hubiera criado con todo tipo de lujos en lugar de tener que buscar su camino en el mundo?

Recorrió las habitaciones y se preguntó si debía trazar algunos planos preliminares. ¿Sería en vano? ¿O si amueblaba las habitaciones tal como las tenía su padre, Jake quedaría contento?

Cuando entró en lo que había sido la habitación principal, se acercó a la ventana y descorrió la cortina. Al hacerlo, una nube de polvo invadió la zona, y ella dio un paso atrás. Había que limpiar los cristales y cambiar las cortinas.

La vista era preciosa. Ella contempló los jardines, y el laberinto, recordando su primera noche con Jake.

—¿Clarissa?

Se volvió despacio, y no se sorprendió al ver a Jake. ¿Había oído algo, o estaba soñando?

—¿Sí?

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Soñar.

—¿Soñar?

—Sobre cómo podría quedar esta residencia. He pedido los muebles y las cosas decorativas de tu padre.

Todavía quedan algunas. Si las encontramos, podemos amueblar esto de forma parecida a como estaba. ¿Eso cambiaría las cosas?

—¿Respecto a qué? —Jake entró en la habitación.

—Respecto a que te quedes.

Él negó con la cabeza. Se acercó a ella y la abrazó.

—Ven conmigo cuando me vaya.

Capítulo Nueve

La besó en la boca y la atrajo hacia sí. Los labios de Jake eran cálidos y exigentes. En menos de un segundo, Clarissa se alejó de la realidad y se dejó invadir por la magia que habían compartido en París.

Se abandonó a su abrazo y se dejó llevar por las deliciosas sensaciones que recorrían su cuerpo. Se sentía más mujer que nunca.

Jake le acarició los labios con la lengua y ella los separó. Clarissa le acarició el cabello, saboreando su espesura y su calor. Sus pechos rozaban el torso de Jake, y los pezones se le pusieron erectos a medida que él la besaba. La ropa le parecía un estorbo. Quería sentir y acariciar su piel bronceada que cubría la musculatura de su cuerpo.

Jake le sujetó la cabeza y, acariciándole el cabello, se la inclinó para besarla mejor. Era como si no pudiera saciarse. Y deseara más.

Ella no podía pensar, no podía razonar. No podía hacer nada más que sentir.

¿Irse con él? En esos momentos podría seguirlo al fin del mundo.

Jake le acarició el cuello. Y cuando metió la mano por debajo de su vestido, ella no se quejó. Tenía los dedos calientes, pero parecían fuego al rozar su piel.

Le desabrochó un botón, y después otro. Le acarició un pecho y ella se estremeció de placer. Cuando le rozó el pezón con el dedo pulgar, Clarissa sintió que le flaqueaban las rodillas y gimió.

Despacio, se tumbaron en el suelo. Ella ni siquiera notó el suelo duro, estaba inmersa en una nube de pasión. La única realidad que existía era Jake.

Recorrió sus anchas espaldas con una mano, y la otra la metió bajo su camisa. Con un movimiento rápido, él desnudó su torso y dejó la camisa a un lado. Abrió el vestido de Clarissa y se retiró un poco para verla mejor.

—Eres preciosa. Te deseo, Clarissa —ella sonrió pero no dijo nada. Él le desabrochó el sujetador y contempló sus pechos desnudos —. Eres preciosa —repitió en un susurro.

Se sentía preciosa. Más preciosa que nunca.

Él la abrazó con fuerza, de forma que sus pechos presionaban su

torso desnudo. Ella cerró los ojos. Nunca había hecho eso antes. ¿Cómo se lo había perdido?

Jake la besó en los labios y ella lo rodeó con los brazos, sujetándolo como si no fuera a soltarlo nunca.

—¿Jake?

Pararon de golpe, al oír que alguien lo llamaba desde el salón. Era el rey.

Jake se puso en pie y ayudó a Clarissa. Buscó la camisa y se la puso, metiéndosela en los pantalones al mismo tiempo que se dirigía hacia el pasillo.

Clarissa no podía moverse. Se puso la parte de arriba del vestido, se humedeció los labios y saboreó el aroma de Jake. ¡No podían pillarla así! Nadie, pero menos aún, el rey.

Se abrochó el sujetador, y después el vestido.

Jake ya había llegado al salón. Ella podía oír el murmullo de sus voces. Se peinó con los dedos y deseó que hubiera un espejo en la habitación.

Clarissa miró hacia abajo. Por lo que parecía, tenía buen aspecto. Agarró el papel y salió de allí despacio. Esperaba que no se notara que había estado a punto de hacer el amor. El corazón le latía muy rápido, y se sentía como si le apretara la piel. ¿Y si los hubieran sorprendido? Se estremeció solo de pensarlo.

Al oír hablar al rey, se detuvo antes de entrar en el salón. Se apoyó contra la pared, preguntándose si podría salir sin que la vieran. Debería haber esperado en la habitación, pero después de lo que había pasado, no quería arriesgarse a que la pillaran.

Excepto Jake, nadie sabía que estaba allí. ¡Era mejor que fuera así!

—¿Querías verme? —preguntó Jake con tono duro.

—Uno de los lacayos me dijo que te había visto entrar aquí. ¿Qué te parece la residencia?

—Como todo el palacio, es magnífica.

—Tu padre eligió esta residencia cuando cumplió dieciocho años —Clarissa oyó pasos que se acercaban hacia la ventana—. No imaginé que el abandono pudiera afectar tanto a las cosas. Tu abuela estaría muy triste si lo viera. Ordenaré que lo limpien inmediatamente —Jake permaneció en silencio. Clarissa se preguntaba si debía intervenir. Entonces, el rey habló de nuevo—.

Cuando uno se hace viejo, comienza a cuestionarse las decisiones que tomó de joven. No te lo creerás, pero Joseph era mi hijo favorito. Y no está bien que un padre tenga favoritismos. Michael era un buen hombre. Y lo echo de menos todos los días. Pero no era el temerario extravagante que era tu padre. Ni tenía el sentido del humor de Joseph. ¡Cómo lo he echado de menos!

—¿Muestras el favoritismo mediante el repudio? —dijo Jake con escepticismo.

—No. Intentaba controlar a mi alocado hijo. Esperaba que si lo amenazaba con desheredarlo, pondría freno a sus extravagancias. Intentaba protegerlo de su propia imprudencia, pero debería haber confiado en su buen juicio. Dejarle que sacara la locura. La sabiduría de los años me hace pensar que él habría regresado para ocupar su puesto. También debería haber confiado en que sería capaz de distinguir a una cazafortunas y de mantenerse alejado de ella. Tenía que haber confiado en él y dejarle que viviera la vida como él quería. Y que se casara donde él quisiera.

—Lo hizo de todos modos.

—Lloramos mucho el día que nos enteramos de su muerte.

El ruido de unos pasos hizo que Clarissa se preguntara qué estaban haciendo. ¿Estarían el uno frente al otro? No se atrevía a mirar, pero deseaba que Jake estuviera escuchando las palabras del rey. Sus ojos se llenaron de lágrimas al oír que el rey hablaba con lástima. Era un padre llorando por la muerte de su hijo.

—El orgullo y la cabezonería son rasgos con los que hay que tener cuidado —continuó el rey—. Aunque yo no era muy testarudo, debí haber estado más abierto a conocer a tu madre. Y a conocerte a ti cuando eras pequeño. Te ofrezco mis más sinceras disculpas por lo que pasó en el pasado. Si pudiera cambiarlo, lo haría —«¡di algo!», pensó Clarissa. Pero Jake permaneció en silencio—. Tengo entendido que te marcharás después de la recepción de este fin de semana.

—¿Clarissa? —adivinó Jake.

—Ella creía que yo debía saberlo. Lo siento. Esperaba que incluso a estas alturas tú y yo podríamos encontrar algo en común. Sin embargo, a menos que rechaces la corona, seguirá siendo tuya cuando yo no esté. Reflexiona sobre la posibilidad de aceptarla. Lleva muchas generaciones en nuestra familia.

—¿Y si no la quiero?

—Las reglas de sucesión son confusas. Nunca, en la historia de nuestra familia se ha dado el caso de que no tuviéramos un heredero varón. Estoy seguro de que los ministros y los abogados establecerían la sucesión legítima. Pero te pido que no permitas que los errores del pasado alteren el futuro. Incluso si esperas a que yo no esté, piensa en tu patrimonio antes de darle la espalda.

—Quizá Marie pueda ser tu sucesora. Se ha criado aquí, y conoce lo que el país y el pueblo necesitan —dijo Jake.

—Es posible. Es una descendiente directa. Nunca hemos tenido una reina que se encargue de gobernar el país. Una posibilidad interesante —Clarissa se percató de que ya no se oían pasos—. Antes de que me olvide. La razón por la que he venido. Esto es para ti. Era de tu padre. Te diría que sería un placer si te la pusieras en la recepción, pero si lo hiciera seguro que no te la pondrías. Es tuya, para que hagas lo que quieras con ella.

Los pasos se oyeron más cerca, y desaparecieron cuando el rey salió de la residencia.

Clarissa se quedó donde estaba por un momento, y después entró en la habitación.

—¿Tenías que decírselo, no? —dijo Jake, volviéndose para mirarla. En la mano, llevaba el medallón pinchado en un lazo ancho. Era difícil saber si estaba enfadado o no.

—Sí. No estoy dispuesta a ver que alguien hace sufrir a una persona a propósito, y lo que tú pensabas hacer habría sido devastador.

—Parece que lo ha asumido bien.

—Ha visto más revuelo y sufrimiento en su vida de lo que probablemente veas tú nunca. Por supuesto que lo ha asumido bien, es nuestro rey.

Jake miró el medallón. Clarissa se acercó y lo observó mientras Jake lo sostenía en la palma de su mano.

—Es el sello oficial del Estado… un medallón para un príncipe. Lo que tú eres —dijo ella—. Se usa con la vestimenta adecuada para las cenas de Estado y las recepciones.

—Ha dicho que era de mi padre.

—Lo he oído. Escuché todo lo que él te dijo, y me siento triste por cómo han salido las cosas. ¿Crees que si tu padre no hubiera muerto tan joven, se habrían reconciliado? Tu padre podía haber

regresado a casa y haberos traído a ti, y a tu madre. Las cosas habrían sido muy diferentes.

—¿Quién sabe? El pasado no puede cambiarse.

—Pero el futuro sí —dijo Clarissa.

Él cerró la mano sobre el medallón y miró a Clarissa, con los ojos brillantes.

—¿Vendrás conmigo a Los Ángeles cuando me vaya?

Ni una palabra de amor o devoción. Ni una expresión sobre sus sentimientos. Solo: «Vente conmigo». ¿Por qué? ¿Para darle otro escarmiento al rey? ¿Por una aventura salvaje y apasionada? De eso no le cabía ninguna duda.

¿Con qué fin?

—Mi sitio está aquí. Mi casa está aquí. No hay nada para mí en Los Angeles.

—Yo vivo allí.

—Así es.

—Yo pensaba… —miró a otro lado—. No importa. Es evidente dónde yacen tus lealtades.

—¿A qué has venido aquí hoy? ¿A esta residencia? ¿Dónde está Hugh?

—Es pronto en California. Quería hablar con algunos de sus socios por teléfono y comentarles los lugares que hemos visto hoy antes de que empiecen a hacer otras cosas.

—¿Así que le han gustado?

—Está tratando de ocultar sus cartas, pero sí, le han gustado. Y si podemos hacer concesiones, estoy seguro de que empezará la obra la próxima primavera.

—¿El hotel lo construirá tu empresa?

Jake negó con la cabeza.

—No es una empresa internacional.

—Podrías abrir una rama aquí, en Marique.

—¿Por qué iba a querer hacer eso?

—Para asegurarte de que construirás el centro vacacional, y de que se hace tal y como tú lo has imaginado. Tienes lazos con este país, aunque no quieras admitirlo.

—¿Jean-Antoine? —Gustine abrió la puerta y miró dentro. Satisfecha, al ver que él estaba allí, entró.

—Este sitio es peor que la Grand Central Station —murmuró

Jake.

Gustine miró a Clarissa y comentó:

—Tú sabías desde el principio que este hombre no pensaba quedarse. ¿Por qué no nos lo dijiste desde el principio? Eres como una hija para mí. Si Philippe no hubiera muerto, ahora serías mi nuera. Y pensar que le has dado la espalda a tu propia familia por un extraño.

—No considero que Jake sea un extraño —murmuró Clarissa—. Si alguien lo es, soy yo.

—Tonterías. Tú eres de la familia. Hasta el rey lo piensa —Gustine fulminó a su sobrino con la mirada—. Y tú, ¿qué haces diciendo que vas a regresar a Estados Unidos? Ya tuvimos suficiente cuando llegaste. Eso es únicamente los rasgos orgullosos y testarudos de los LeBlanc. Ser príncipe es mucho mejor que carpintero. Tu sitio es este. Tu abuelo no va a vivir para siempre, y tú tienes mucho que aprender antes de tomar el mando del gobierno.

—Si hubieran contactado conmigo un poco antes, quizá habría tenido oportunidad de aprender más.

—Ahora estás aquí. Y es más de lo que pudo disfrutar mi hijo. Aprovecha el tiempo que tienes para estar con Su Majestad. La vida puede desaparecer en menos de un segundo.

Clarissa se acercó y tocó a Jake, esperando calmar cualquier comentario atroz que pudiera hacer. Gustine había hecho un gran esfuerzo al ir a pedirle que se quedara. Clarissa lo sabía, aunque él no quisiera verlo.

Jake la miró impasible. Ella deseaba saber lo que él pensaba.

—Me sorprendes, tía —dijo él—. Creía que tus sentimientos hacia mí eran de todo menos cálidos.

—Puede que en mi afán por ofrecer sugerencias para mejorar las cosas he dado la impresión de ser un poco severa. Siempre ha sido mi intención hacer lo mejor por el país. Eres el siguiente en la línea sucesoria. Si puedo ayudar a que te conviertas en un gran rey, sé cuál es mi deber.

A Jake le brillaron los ojos. Clarissa se volvió para evitar la tentación de sonreír. Gustine tenía el corazón en el lugar adecuado, a pesar de que su comportamiento fuera un poco extremo. No debía de ser fácil perder a un hijo y ver cómo alguien ocupaba su lugar. Pero igual que Clarissa, conocía sus deberes.

—Lo consideraré —dijo Jake.

Gustine asintió. Después, miró a Clarissa.

—Veo que tú continúas trabajando en la residencia a pesar de lo que él diga —Clarisa asintió, y agarró el cuaderno con más fuerza. Esperaba que Gustine no pudiera descubrir lo que Jake y ella estaban haciendo antes de que llegara el rey—. Haz un buen trabajo —Gustine miró a los dos y se volvió para marcharse.

Cuando cerró la puerta, al salir, Clarissa miró a Jake.

—Nunca dijiste a qué has venido aquí.

—Tú no dijiste por qué estás aquí. Deduzco que no estarás pensando en la decoración de este sitio.

—Se me ocurrieron algunas ideas —dijo ella encogiéndose de hombros—, así que vine a ver cómo quedarían.

—Hoy es jueves. La recepción es el sábado y yo me voy el domingo. ¿Por qué perder el tiempo en una tarea inútil?

Clarissa se encogió de hombros otra vez.

—Hugh y tú, ¿vais a ir a ver más sitios o crees que él elegirá alguno de los que le has mostrado?

—Él y Marie van a ir a la zona del oeste por la mañana, y no regresarán hasta el sábado por la tarde. Ella conoce un par de sitios que creía que él debía conocer antes de tomar una decisión.

—¿Y tú no vas?

Jake negó con la cabeza.

—Tengo muchas reuniones con los ministros. Después quiero ir a dar una vuelta, por mi cuenta.

—¿Como despedida?

—No me atribuyas sentimientos que no tengo. Es un lugar nuevo, y quiero verlo antes de marcharme.

Llamaron a la puerta y alguien abrió.

—Disculpe, Alteza —era uno de los lacayos—. El señor Cartier lo está buscando.

—Definitivamente, este sitio es peor que la Grand Central Station —murmuró Jake—. Ahora mismo voy.

Clarissa abrazó el cuaderno. Miró a Jake y deseó tener algo que decir. Quería que él la tomara otra vez entre sus brazos, la besara y le hiciera el amor.

Pero él se dirigía hacia la puerta. Lejos. Y después de la recepción, se marcharía.

¿Debería haber aceptado su invitación? ¿Podría vivir ella en Los Ángeles?

Al día siguiente por la tarde, Jake estaba a punto de tirar la toalla. Esa mañana se había reunido con varios ministros. Era evidente que el rey los había aleccionado, y los comentarios, nada sutiles, para que se quedara, hicieron que Jake se pusiera nervioso. Les había seguido el juego, pero si no iba a quedarse, ¿para qué fingía?

Al mediodía, Jake les agradeció sus consejos y se despidió de ellos.

De camino a sus aposentos, se preguntó para qué iba a quedarse a la recepción. Su presencia daría lugar a falsas esperanzas. Él era una persona franca. No le gustaba adornar las malas noticias. Entonces, ¿por qué seguía actuando cuando sabía que iba a marcharse?

¿Para apaciguar a su abuelo?

Esa idea lo sorprendió. No quería hacer nada para apaciguar al anciano. Él se lo había buscado.

Jerome lo esperaba en la habitación.

—Pensaba que estarías fuera, haciendo algo.

—¿Como qué, señor? —preguntó él y se acercó para ayudar a Jake a quitarse la chaqueta.

—Se suponía que iba a estar reunido todo el día. ¿Cómo sabías que iba a regresar más pronto?

—Es mi trabajo saber esas cosas.

—Me marcho el domingo.

Jerome agachó la cabeza.

—¿Necesitará mis servicios en Los Angeles?

Jake soltó una carcajada.

—Lo dudo. Me las he arreglado solo durante treinta y dos años, creo que podré arreglármelas una vez más cuando regrese a casa.

—Quizá pueda trabajar para usted desde aquí. Mandarle informes sobre cómo está Su Majestad, y noticias sobre su tía y su prima.

—Eso no será necesario. Marie vendrá a visitarme a Los Angeles.

—Estoy seguro de que lo pasará muy bien con usted, señor —

Jerome siguió a Jake por la habitación.

—Ya puede retirarse —masculló Jake. No le gustaba que ese hombre revoloteara a su alrededor.

—Si me permite una sugerencia, quizá un cambio de escenario lo ayude a tomar la decisión correcta.

—¿Como qué? —él sabía cuál era la decisión correcta para Jerome. La misma que para Gustine, Marie, Clarissa y el rey. Quedarse en Marique.

—Belle Terrace. Es un lugar famoso. Tiene una vista espectacular. Está en la montaña, se va en coche y después hay un tranvía que sube hasta la cima. Hay varias rutas para pasear. No creo que haya visto la ciudad desde el mejor lugar.

—Puede.

—Pediré un coche por si desea ir —Jerome hizo una reverencia y salió de la habitación. Jake se quitó la corbata y la camisa. ¿Y por qué no? Le sentaría bien un poco de aire fresco.

Y una acompañante.

Media hora más tarde se detuvo frente a casa de Clarissa. Llamó al timbre y esperó a que abriera.

—Jake, no esperaba verte aquí. ¿Pasa algo?

—¿Solo esperas verme si pasa algo?

Ella negó con la cabeza.

—Pasa.

—¿Estabas haciendo algo?

—Estaba hablando por teléfono con Paulette sobre un envío de envoltorios para el jabón que no hemos recibido. Eso nos retrasa todo un día. Es frustrante, pero no terrible —Jake entró en la casa—. Vas igual que cuando te vi en Los Ángeles —murmuró ella al ver que iba en vaqueros y con la camisa arremangada.

—Me voy de paseo a la montaña. Cámbiate de ropa y ven conmigo —Jake notó que dudaba un instante. Sabía que quería rechazar la invitación—. Es una orden, acompáñame a Belle Terrace.

Clarissa lo miró a los ojos.

—Sus deseos son órdenes para mí.

—Ponte los vaqueros.

—Sus deseos…

—Ya lo sé. Date prisa.

—No vamos a escalar, ¿solo a pasear?

—A dar un paseo por los senderos de montaña. Nada demasiado osado. No soy el aventurero salvaje que era mi primo.

—A mí me parece que eres bastante aventurero.

—Ah, pero es que tú has llevado una vida muy tranquila.

—No tan tranquila —murmuró ella, dispuesta a demostrarle que se equivocaba. La única pregunta era… ¿pero cómo?

El tiempo pasaba muy deprisa. Dentro de dos días, él pensaba regresar a Los Angeles. Así que solo le quedaba ese día para conocer mejor el país y pasar tiempo con Clarissa. Al día siguiente, por la tarde, celebrarían la recepción para que conociera a aquellas personas que el rey consideraba de rango. Jake había incluido a algunas personas a la lista de invitados… uno de los dueños de un puesto de La Rouchere, a dos de las fabricantes de jabón que le había presentado Clarissa y a los propietarios de los terrenos que le gustaban a Hugh.

Era consciente de los momentos fugaces. Deseaba acercarse a Clarissa y besarla en los labios. Pero el beso del día anterior le había hecho perder el control. Clarissa no era una mujer para tener una aventura de una noche. La respetaba demasiado como para deshonrarla de esa manera.

Y ella le había dejado claro que no quería ninguna relación con él al rechazar su invitación a Los Angeles.

Pero la tentación de continuar lo que el día anterior habían dejado a medias era demasiado fuerte.

A media tarde, cuando llegaron al tranvía, el andén estaba casi desierto. Mientras esperaban a que llegara el tranvía, Jake y Clarissa señalaron los lugares de interés que podían verse desde el mirador. Cuando llegó el tranvía, había dos parejas más en el andén. Una de ellas reconoció a Jake y susurró algo a la otra pareja.

Jake se estaba acostumbrando a que lo mirara todo el mundo. Sonrió y asintió.

Clarissa lo observó, y cuando él la miró, sonrió. Él hizo todo lo posible para no tomarla entre sus brazos y darle un beso.

Esperaron a que las otras parejas se bajaran y después salieron ellos.

—¿Quieres caminar un poco primero? Hay varios miradores —

sugirió Clarissa.

—Adelante.

Caminaron en silencio durante un rato; después, Clarissa dijo:

—Se te dan muy bien los desconocidos. No parece que te moleste que te miren.

—No importa si me molesta o no, van a hacerlo de todos modos. La mayoría de la gente que he conocido en Marique es muy agradable.

—Y están encantados de conocer al príncipe.

—No empecemos.

—Tienes razón, por supuesto. Nada de lo que yo diga marcará la diferencia. ¿Crees que tu madre habría aprobado tu plan?

Jake se acercó a uno de los miradores y caminó hasta el borde. La vista era perfecta. La ciudad estaba en un valle, rodeado de grandes montañas. El verde de los prados contrastaba con el azul del cielo. El aire era puro y fresco.

—Mi madre quería que yo regresara a Marique y ocupara el puesto que me corresponde. Pero yo no iba a venir sin ella, y ya sabes lo que piensan la tía Gustine y el rey. Toda la familia, por lo que parece.

—Philippe habló sobre ir a buscarte, una vez —murmuró ella.

—¿Para qué?

—Para conocer a su primo. Pero se le daba muy bien dejar las cosas para otro momento, y creo que se le agotó el tiempo.

—¿Qué vas a hacer ahora? ¿Desarrollar tu negocio de jabones?

—Sí. Ya me ha llamado una de las personas que tú me dijiste. La conversación resultó ser esclarecedora. Estoy contenta con las posibilidades.

—¿Nada de formar una familia, de tener un montón de niños alrededor?

Al ver que no contestaba, la miró a los ojos, y se quedó de piedra al ver que los tenía llenos de lágrimas. Se merecía una bofetada. No tenía intención de hacerla llorar. Por supuesto, echaba de menos a su primo. Estaba enamorada de un hombre al que él nunca había conocido. En Los Angeles, le había dicho que no quería enamorarse otra vez. Era una mujer de un solo hombre.

—Venga, vayamos a ver los otros miradores antes de que se haga tarde.

Para él ya era demasiado tarde.

Capítulo Diez

El sábado por la mañana Jake permaneció en sus aposentos. Marie seguía en la parte oeste del país, mostrándole la zona a Hugh. Jake la echó de menos durante el desayuno. Era extraño lo rápido que podían cambiar las cosas. Había desayunado solo desde que murió su madre, excepto los últimos días con Marie, y le gustaba su compañía.

Ese día no tenía ninguna reunión, como si todos necesitaran descansar para asistir a la recepción. Quizá su abuelo necesitaba descansar. Tenía ochenta y cuatro años.

Jake se dirigió hacia la galería de delincuentes. Así era como él llamaba al pasillo donde estaban los retratos de los reyes y reinas que había habido en Marique. Los observó uno a uno, empezando por el de su abuelo cuando era joven. Sus ojos brillaban de una manera que Jake nunca había visto en la realidad. ¿Se habría apagado tras la muerte de su esposa y de sus hijos?

Miró el retrato de su abuela, y se preguntó qué habría sentido al convertirse en reina. Si amaba a su marido, o si lo que amaba era el título.

En la pared colgaban los retratos de otras personas que él no conocía. Había suficientes como para cubrir trescientos años de historia.

Todo aquello era un gran cambio, comparado con el pequeño apartamento en el que vivía con su madre en la zona pobre de Las Vegas, Nevada. De pronto, se volvió y se marchó. Iría a ver el laberinto otra vez, pasearía por los jardines a la luz del día y, posiblemente, le diría a Jerome que hiciera su maleta.

Quizá también le pidiera a Jerome que le mandara un mensaje de vez en cuando, solo para mantenerlo al día de lo que estaba pasando.

La recepción empezaba a las siete. A las siete menos diez, Jake apareció en la sala que su abuelo había designado para que se reuniera la familia. Gustine ya estaba allí. Llevaba un elegante vestido plateado y un collar de diamantes a juego con los

pendientes.

Jake se había puesto un frac, camisa blanca y fajín. A pesar de lo que su abuelo había pensado, también se había puesto el medallón… para honrar a su padre…

Su abuelo llegó justo después que él. También iba de frac, y llevaba una banda cruzada en el pecho con medallas resplandecientes y otro medallón. Su postura era erguida, su comportamiento tranquilo.

Si estaba disgustado porque su único nieto iba a marcharse, dándole la espalda a todo lo que él podía ofrecerle, no lo mostraba.

Marie llegó corriendo a la sala, casi sin aliento.

—Siento llegar tarde. Aunque en realidad no llego tarde, la recepción no empieza hasta dentro de unos minutos.

—Nos reunimos con anticipación para asegurarnos de que no llegaremos tarde —dijo su madre.

—Yo no he llegado tarde —Marie sonrió a Jake—. Estás muy atractivo. Todas las mujeres se derretirán al ver al príncipe soltero.

—Tonterías. Nadie va a derretirse. Y todas los que están aquí saben cuáles son las técnicas adecuadas para que un príncipe elija una novia.

—¿Y eso qué conlleva?

—Un comité familiar para investigar a la posible prometida —dijo Marie, y echó una mirada rápida a su abuelo—. Y el abuelo es quien toma la decisión final.

Así es como había vetado la elección del padre de Jake. Solo que el comité familiar nunca conoció a su madre.

—Esta noche tenemos otras cosas en las que pensar, aparte de casar a Jake —dijo Gustine—. ¿Estás seguro de que una fila de recibimiento es lo adecuado para presentar al príncipe?

El rey asintió.

—Jean-Antoine lo ha pedido así.

—¿En lugar de las reverencias formales? —preguntó Marie—. ¿Cómo no me he enterado de eso? Me habría puesto unos zapatos más cómodos. Pensé que estaríamos sentados.

—Si hubieras llegado a casa a una hora razonable, te habrías enterado —le dijo su madre—. Es demasiado tarde para ir a cambiarte. Tendrás que aguantarte.

—El señor Cartier estaba muy interesado en ver todo lo posible, y

se nos hizo tarde. Ya te lo he explicado. ¿Y por qué una fila de recibimiento?

—Para que tu primo pueda conocer a la gente cara a cara.

Marie se rio.

—Supongo que eso es a causa de su educación democrática.

Jake asintió. El se había sorprendido de que el rey hubiera aceptado. Pero Jake no era el tipo de persona a la que le gustara estar sentada en un estrado mientras la gente le hacía una reverencia.

¿Cómo se habría encargado de las cosas si se hubiera quedado en Marique? ¿Cómo se adaptaría un estadounidense a la monarquía?

—Es la hora —el rey miró a Jake durante largo rato—. Espero que recuerdes que la gente que vas a conocer esta noche no tiene nada que ver con la rebeldía de tu padre ni con mis decisiones.

Jake inclinó la cabeza ligeramente. ¿Es que pensaba que era tan maleducado como para montar una escena?

¿Es que su abuelo no había aprendido nada de él en el tiempo que llevaba en el palacio?

El anciano abrió camino hasta el salón de baile donde iba a celebrarse la recepción.

Los candelabros de cristal estaban iluminados, y el suelo pulido reflejaba la luz. Un cuarteto de cuerda tocaba en una esquina. Junto a las paredes había sillas doradas y, en el otro extremo de la habitación estaban los tronos reales.

Justo antes de que un lacayo abriera las puertas, el rey se sentó en el de la derecha, y Jake, a su lado. Gustine y Marie, detrás de él. Cuando el rey asintió, se abrieron las puertas y el mayordomo anunció al primer invitado.

Cuarenta y cinco minutos más tarde, Jake se arrepintió de haber pedido que le hicieran una fila de recibimiento. ¿Es que el rey había invitado a todo el país? Le dolía la mano de tanto estrecharla. Tenía una sonrisa constante y no confiaba en recordar la mitad de los nombres.

Cuando Clarissa se detuvo frente a él, se sintió aliviado.

—¿Informalidad *yankee*? —preguntó en voz baja, sonriendo y ofreciéndole la mano—. ¿Nada de reverencias? Asombroso.

Él le agarró la mano.

—¿Hasta dónde llega la cola?

Ella soltó una risita y miró alrededor de la habitación.

—Creo que ya has saludado a la mitad.

—Puede que me haya precipitado al sugerir esto. ¿Pero cuánto habríamos tardado si cada pareja hubiera tenido que acercarse al trono para hacer una reverencia?

—Más, supongo, pero al menos habrías estado sentado. Ups, tengo que continuar, o si no haré que todo vaya más despacio.

Alguien había avisado a los invitados de que él no hablaba francés, así que se dirigían a él en inglés o en español. Para cuando llegó el último invitado, Jake deseaba una copa y una esquina tranquila. Nada de eso ocurriría pronto.

El rey se dirigió a él.

—Sacaré a tu tía a bailar. Cuando hayamos dado una vuelta al salón, tú saldrás con Marie. Los demás no pueden empezar hasta que hayamos cumplido con las formalidades —dijo su abuelo—. Una vez que haya empezado el baile no tienes que continuar, si no te apetece. Supongo que hay varias personas que conocían a tu padre y que querrán hablar contigo sobre él.

El rey hizo una señal para que la banda comenzara a tocar un vals. Gustine y él salieron al centro del salón. Justo después, salieron Jake y Marie.

—Es una tradición —dijo Marie—. Por un lado es agradable, aunque a veces la rechace. Al menos, sé lo que se espera que haga y lo que tengo que hacer. Creo que cuando visite Estados Unidos me sentiré un poco perdida.

—Pero te adaptarás.

—Por supuesto. Es lo que hacen los LeBlanc. Además, tendré a mi primo mayor allí para que me oriente. Y es solo una visita. Terminaré regresando a casa —Jake asintió, y recorrió el salón con la mirada—. Clarissa está a tu derecha, cerca del señor Cartier. Puedes sacarla a bailar una vez. Más veces, suscitaría comentarios.

—Me temo que entre tu madre y nuestro abuelo, me han informado de todos los detalles para cumplir con el protocolo que hay que seguir en Marique.

—¿Es diferente del que se sigue en Estados Unidos?

—Algunas reglas y tradiciones sí lo son. El resto son solo buenos modales… universales en cualquier cultura, supongo.

El vals terminó. Marie agarró a Jake por el brazo y caminó con él

hacia Clarissa. Antes de que llegaran donde estaba ella, una pareja mayor se detuvo para hablar con Jake. Ellos habían conocido a su abuela y a su padre.

Marie se despidió de él y dejó a Jake a solas con ellos. Otra pareja se unió al grupo, y después un hombre de la edad de su padre. Se presentó como Claude Monsarot.

Jake lo escuchó atentamente mientras hablaba de su padre, pero siempre sin dejar de mirar a Clarissa. Estaba bailando con un hombre alto que parecía muy atento con ella. Se movía de forma majestuosa. Habría sido una princesa perfecta. ¿Se arrepentiría de no haberse casado ante de que Philippe muriera? Al menos, habría tenido el título.

Sin embargo, nunca había mencionado que el título fuera importante para ella. E incluso, a pesar de que no podía conseguirlo, seguía comportándose de manera atenta con la mujer que había estado a punto de convertirse en su suegra.

Aunque Jake agradecía que le contaran cosas sobre su padre, se moría de ganas por bailar con Clarissa. ¡Y qué diablos! A lo mejor bailaría varios temas con ella.

Solo que al paso que iba, la recepción terminaría antes de que consiguiera llegar hasta ella. Jake se preguntaba si podría librarse del grupo con el que estaba hablando y conseguir que Clarissa saliera a los jardines. La puerta del salón estaba abierta y podrían salir con disimulo. La llevaría al laberinto. ¡Allí tendrían la intimidad que él buscaba! Era su última noche en Marique, y quería bailar con ella, al menos, una vez.

Y otro beso.

—Tengo fotos de tu padre y yo cuando éramos jóvenes —dijo Claude—. Me gustaría enseñártelas algún día.

—Me encantaría verlas —no iba a decirle al hombre que eso no sucedería.

—Si él no se hubiera dejado llevar por la rabia, se habría convertido en heredero de la corona cuando murió el príncipe Michael. Siempre fue un exaltado. Con un poco de paciencia habría conseguido lo que siempre había deseado.

—¿Mi padre quería heredar el trono? —esa posibilidad nunca se le había ocurrido a Jake. Joseph era el hijo pequeño y desde pequeño sabía que era difícil que pudiera acceder al trono.

—Ésa fue la causa de la última pelea que tuvo con su padre. La de historias que yo podría contarte…

—Quizá deberías hacerlo —Jake sonrió al resto del grupo, y se disculpó para marcharse con Claude. Salieron de la habitación buscando la tranquilidad de los jardines. Clarissa quedó olvidada por unos momentos.

Media hora más tarde regresaron a la recepción. Jake recorrió el salón con la mirada para localizar a Clarissa. Estaba con un grupo entre el que se encontraban Marie y Hugh. Jake se dirigió hasta donde estaban ellos, sonriendo con educación cuando la gente se dirigía á él, pero sin disminuir el paso.

La noche era demasiado corta.

Cuando llegó al grupo, Clarissa lo miró con cara de sorpresa.

—¿Ocurre algo? —le preguntó.

—Si pudieran disculpar a Clarissa, la necesito —les dijo a los otros. La agarró del brazo y la guió hasta la puerta de los jardines.

—¿Me necesitas?

—Sonaba mejor que: «Quiero pasar un rato con Clarissa, sin nadie más», ¿no crees?

—Shh, alguien puede oírte.

—Tengo entendido que solo puedo bailar una vez contigo. ¿Quieres que sea ahora, o luego?

—Cuando tú quieras —contestó ella.

—¿Y qué pasaría si empezamos a bailar esta canción y yo no te dejo escapar?

—El país nunca se recuperaría de semejante escándalo.

Él continuó andando y salió al jardín.

—Solo si nos vieran.

—¿Qué quieres decir?

—Si entramos en el laberinto, ¿cuántas personas podrían llegar al centro?

Ella se rio.

—Jake, no puedes abandonar la recepción. Es en tu honor.

—Era para el rey.

—En cierto modo, pero también para presentarte al pueblo.

—Pensé que él había invitado a casi todo el país.

—Tonterías, no hay más de trescientas personas ahí dentro. Nuestra población es mucho mayor.

Saludaron a una pareja mientras Jake se dirigía por un camino hacia el laberinto.

—En serio, Jake, no puedes hacer esto.

—¿Sabías que mi padre quería ser rey?

—¿Ah, sí? No lo sabía.

—Y que si no se hubiera marchado y no se hubiera matado tan joven, lo habría conseguido… ya que Michael y Philippe fallecieron. Sin embargo, él se largó sin más, cuando nació Philippe.

—Así que habrías terminado en el mismo lugar que estás ahora, como heredero al trono.

Él dudó un instante y la miró.

—Supongo que tienes razón.

—No se puede luchar contra el destino —dijo ella con tono animado.

Llegaron a la entrada del laberinto y Jake miró a su alrededor. Había varias parejas paseando por los caminos iluminados, pero ninguna lo bastante cerca como para seguirlos. Él traspasó la entrada, pero Clarissa se detuvo.

—No. No iré contigo. Es una ofensa hacia tu abuelo. A pesar de todo, él no se merece que lo insultes delante de todo el mundo.

—¿Y tener unos momentos de intimidad es una ofensa?

—Sospecho que estaríamos más de unos minutos.

Él le acarició la mejilla con el dorso de la mano.

—Eso espero. ¿Y sería tan malo? Es mi última noche. Y puesto que no vendrás a Los Ángeles, puede que no te vuelva a ver nunca más.

—Ya sabes dónde encontrarme.

—Y tú sabes dónde vivo.

Clarissa no podía soportar aquello. Era peor que cuando perdió a Philippe. Había creído que amaba a su prometido, pero después de pasar esos días con Jake, había descubierto lo que era amar. Deseaba pasar el resto de sus días con él.

No aprobaba su plan de darle la espalda a su patrimonio, pero admiraba que defendiera sus principios.

—Tengo que decirte adiós, Jake —dijo ella, con el corazón dolido. Esperaba que él no se percatara de lo difícil que le resultaba aquello.

—No hemos bailado juntos.

—Adiós, Jake. Sé feliz —se volvió y se alejó por el camino. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

Tenía que marcharse. Había asistido a la recepción y la había visto todo el mundo. Si se marchaba pronto, la gente lo achacaría al dolor que sentía porque el príncipe no estaba con ella. Pero ella era la única que sabía qué príncipe era el que le causaba tanto sufrimiento.

A la mañana siguiente, Marie acompañó a Jake y a Hugh al aeropuerto.

—Bajaré a deciros adiós —les dijo cuando llegaron.

La primera persona que Jake vio cuando se bajó de la limusina fue Clarissa. Tenía dos maletas a sus pies y sonreía con nerviosismo.

—¿Te vas a algún sitio? —preguntó él, consciente de que Marie y Hugh estaban a su lado.

—A Los Ángeles. Si la oferta sigue en pie.

—¿Qué oferta? —preguntó Marie.

Hugh murmuró algo, la agarró del brazo y la llevó hasta el interior de la terminal.

Jake se acercó a ella.

—La oferta seguirá siempre en pie —la besó en los labios con delicadeza—. ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

—La conversación que tuvimos anoche en el jardín.

—¿No puedes luchar contra el destino?

—Supongo que eso tiene algo que ver con todo esto. Pero sobre todo, estaba pensando en lo mucho que te admiro por defender tus principios. Anoche decidí que debería enfrentarme a la vida y hacer lo que quiero… aunque no dure mucho.

—Espero que dure para siempre —dijo él, acariciándole la mejilla y mirándola a los ojos.

Ella sintió que le daba un vuelco el corazón.

—¡Oh, Jake, te quiero con locura!

—Yo también te quiero, Clarissa —le dijo, y la besó de manera apasionada—. Te he deseado desde el primer día en que te vi. ¿Te casarás conmigo?

—¿Casarnos? ¿Tú y yo? Oh, Jake, ¡Sí!

—¿Aunque eso signifique vivir en Los Angeles, sin el boato de la

realeza, ni lacayos, ni grandes recepciones?

Clarissa lo abrazó, sin importarle el asombro del chófer. No le importaba quién los estuviera mirando. ¡Se amaban!

—¡Solo te deseo a ti! Tendremos una vida maravillosa. Yo seguiré trabajando para las mujeres de Ambere desde Estados Unidos, y de vez en cuando vendré a visitar a mi familia, pero por lo demás, deseo estar donde tú estés.

Él la estrechó entre sus brazos durante largo rato. Después, al ver que todo el mundo los estaba mirando, la soltó despacio.

—Empezamos a tener público.

—Bueno, durante los próximos minutos, seguirás siendo el príncipe Jean-Antoine, pero en cuanto nos vayamos volverás a ser Jake White. Estoy segura de que a nadie le importará si nos besamos en las calles de Los Ángeles.

—Solo si las bloqueamos —le agarró la mano y se la besó—. Me preguntaba cómo un príncipe sabría si una mujer lo ama por él mismo o por el boato de la realeza.

—Yo no… —comenzó a decir ella.

—Nunca pensé que tú fueras así. Y que hayas venido aquí hoy, lo demuestra. En cualquier caso, yo también he cambiado de planes.

—¿No quieres que vaya a Los Ángeles? —preguntó asustada.

—Te quiero conmigo, en Los Ángeles o en cualquier otro lugar. Podemos casarnos ahora mismo, si quieres. Pero puede que prefieras regresar a casa para casarte… que tu padre me entregue tu mano. Y que tu madre llore en tu boda, y tus hermanas asistan a la fiesta.

Clarisa se humedeció los labios y asintió. Era el tipo de boda que siempre había deseado tener.

—Creía que no pensabas regresar a Marique una vez que nos fuéramos.

—Ése es el cambio de planes. Anoche aprendí muchas cosas sobre la familia, mi padre, y otras circunstancias que hay detrás de los edictos de mi abuelo. Tenías razón. No puedo luchar contra el destino. Ésta es mi tierra. Me gusta este país. Me gusta la gente que he conocido. Y veo muchas posibilidades de disfrutar de la vida aquí —la miró a los ojos y sonrió. Ella sintió que se le aceleraba el corazón y deseó besarlo una vez más—. Voy a Los Ángeles para ver cómo puedo solucionar mis cosas, pero regresaré. Si mi abuelo y yo podemos aclararlo todo, supongo que se celebrará una ceremonia de

coronación. Y seré rey, después de todo. Pero no antes de que tenga una esposa para convertirla en reina.

—¿Vas a regresar? ¿A tomar tu cargo de príncipe heredero? —Clarissa nunca había imaginado tal cosa.

—¿Algún problema? ¿No es de eso de lo que has intentado convencerme todo este tiempo?

—Sí, pero eso era antes de que te dijera que me casaría contigo.

—¿Y cómo cambia eso las cosas?

—No puedo casarme con un príncipe. Ya estuve comprometida con uno. ¿Qué pensará la gente?

—Que después de todo, has conseguido un final de cuento de hadas.

—O lo que tú dijiste en Los Angeles, que solo me interesaba el título, y nada más.

Jake soltó una carcajada.

—Cualquiera que te conozca nunca pensaría tal cosa. ¿Y qué te importan las opiniones de otra gente? Haz lo que tú creas que debes hacer. Cásate conmigo, ten hijos conmigo. Enséñame cómo tratar a mi abuelo. Ayúdame a gobernar el país.

Clarissa lo miró. Lo decía en serio. Despacio, sintió cómo el amor florecía y la envolvía.

—Tus deseos son órdenes para mí —dijo ella, y a pesar de los años de formación sobre protocolo que había recibido, se acercó para besar a su futuro marido delante de una docena de extraños.

Epílogo

Cincuenta años más tarde, un rey venerado le escribiría una carta a su querida esposa el día de sus bodas de oro, cumpliendo la promesa que le hizo muchos años atrás acerca de que la mantendría informada de cómo habían salido adelante sus hijos… los cinco hijos que habían tenido juntos. ¡Y ni uno de ellos era un diablillo!

Fin